

ANTON ARRIOLA

EL NEGRO Y LA GATA



erein

ANTON ARRIOLA

EL NEGRO Y LA GATA



Diseño de la colección y portada:
Cristina Fernández
Maquetación:
Erein
© Anton Arriola
©EREIN. Donostia 2016
EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300 F 943 218 311
e-mail: erein@erein.eus

ISBN de versión digital:
978-84-9109-191-2

Digitalizado por Adimedia, id="calibre_pb_3">

ANTON ARRIOLA



(Durango, 1967). Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Deusto y MBA por la Universidad Luigi Bocconi. Tras pasar su infancia y juventud en Bilbao, vivió en Milán, Nueva York y Londres. Actualmente combina el ejercicio de la docencia con los estudios de Filosofía y la escritura.

En su primera novela, *Rjukan* (2014), se muestran algunas de sus pasiones tales como el alpinismo, las cuestiones éticas y los interrogantes existenciales. Su segunda novela, *La travesía del Voga* (Premio de Narrativa Playa de Ákaba, 2015), es una reflexión sobre la inteligencia artificial y la inmortalidad, enmarcada en una travesía por el Mediterráneo. Con *El Negro y la Gata* inicia una nueva serie de novela negra.

*Para Ainhoa, Mikel y Anton,
nuestro peso y nuestra levedad.*

*A Pedro Echebarria y Javi Villar,
que sembraron las semillas de esta historia.*

“El peso es la búsqueda de una continuidad, el intento fútil de solidificar el ser y el estar. Pero en realidad los momentos de plenitud, aquellos en los que tocamos con las yemas de los dedos la eternidad, tienen la naturaleza de la levedad, conllevan indefectiblemente un desprendimiento de toda la pesadez de este mundo: es la experiencia mágica y siempre efímera de la pura belleza, del puro amor”.

MILAN KUNDERA

EL NEGRO

1



Fue la víspera de San Pedro Canisio cuando el Negro me habló por primera vez de lo que dio en llamar tentativa de asesinato, término que repetía sin atisbo de duda y con miradas de loco que requerían continuos gestos de asentimiento por mi parte. Apareció de mañana en la sacristía, a una hora desacostumbrada, y pude atenderle solo porque Kundera se había retrasado aquel día. Unas marcadas ojeras sobre el rostro sin afeitar y pálido en extremo –el Negro era muy blanco de tez, sin duda origen de su apodo– me infundieron la certeza de que había vuelto a las andadas, pero él negó con un movimiento brusco de su cabeza y una mirada entre ofendida y resignada. “Llevo cinco días sin dormir, Padre”, dijo como explicación. Aclaró que tenía los nervios desquiciados, pero que no se había metido nada. Entonces le pedí que quemase un poco de incienso, sabiendo que aquello le calmaba. Pasados unos minutos comenzó a contarme el incidente. Habló sin pausa durante una buena media hora, tomándose su tiempo y sin obviar los pequeños detalles. Por momentos relataba con voz crispada y juramentos, y en otros de forma entrecortada y con silencios que, a pesar de que disimulaba, era evidente que le servían para contener una desazón que de otra manera hubiera podido acabar en balbuceos o incluso en llanto. Y no era cosa de llegar a esos extremos.

Había ocurrido días atrás, debió de ser hacia San Urbicio, cuando conducía por la A-8 en la entrada a Bilbao, a la altura de Barakaldo. Lo primero que le venía a la memoria era el momento en que había aferrado con fuerza el volante y reducido bruscamente la velocidad. Hacía ya un rato que el aguacero golpeaba el parabrisas con una violencia desatada, “una furia incomprensible”, añadió mirándome con asombro, como si en ello hubiera

algún misterio que entre los dos pudiéramos desentrañar. Para su desconcierto, el chubasco había seguido creciendo en intensidad, hasta que la lluvia pareció querer reventar en pedazos su pequeño y destartado Peugeot. Por unos instantes, el Negro se había preguntado con sarcasmo si realmente era posible que el cielo tuviera algo contra él; pero acto seguido, a tiempo de evitar caer en uno de sus frecuentes raptos de autoconmiseración, recordó que conocía desde niño los arrebatos sin fundamento del clima del lugar.

Se había visto forzado a levantar el pie del acelerador hasta detener prácticamente la marcha. Ya ni siquiera veía las luces del vehículo que le precedía. A aquella hora, once de la noche, el tráfico era escaso, lo que le había tranquilizado algo. “Pero muy poco”, matizó. “Accidente por alcance”, había evocado de la época del carnet de conducir, y me contó que lo repitió en voz alta, a la vez que miraba por el retrovisor: estaba parado en la oscuridad de la tormenta en mitad de una vía donde los coches solían circular a más de cien kilómetros por hora. Para rebajar su creciente nerviosismo, se había recordado entonces que al fin y al cabo debía considerar la muerte como una opción aceptable, con numerosas ventajas sobre su estado habitual. Yo ya estaba al tanto de que desde hacía un tiempo se había acostumbrado a realizar aquel cálculo, con el que intentaba refrenar “la absurda impresión de que esté en juego algo valioso”; le ayudaba a mitigar la angustia —me había aclarado sin atisbo de ironía—, aunque yo estaba convencido de que en el fondo estaba lejos de aceptar el corolario de aquel cómputo. Se esforzó en cambio en ver algo, agachando la cabeza y proyectándola hacia el cristal, donde los limpiaparabrisas bailaban tan frenéticos como inútiles. Tras varios esfuerzos había conseguido volver a divisar las luces rojas, e intentó seguir aquella estela.

Unos centenares de metros más adelante, la lluvia había comenzado a disminuir su intensidad, tan repentinamente como la había incrementado un rato antes. Al percibirlo había suspirado con alivio. En realidad conocía de sobra aquel patrón de conducta, y sabía además que normalmente aquella calma se consolidaba, de tal manera que uno podía seguir su camino, con una cierta prudencia; y que por otro lado en ocasiones se trataba tan solo de un amago y la lluvia arreciaba de nuevo con fiereza renovada. Pero en esta ocasión las nubes oscuras y pendencieras habían seguido su rápido camino, permitiéndole a él seguir el suyo. Todavía llovía, pero se trataba ya de una leve circunstancia que apenas podía ser tenida en cuenta por los conductores acostumbrados a la cornisa Cantábrica. El Negro me contó, en un inciso, que

en condiciones como aquellas él solía recordar una lejana lección de ciencias naturales: “las nubes llegan del Atlántico y chocan contra la cordillera Cantábrica, que las retiene y hace que descarguen. Por eso llueve tanto y está todo tan verde”. O algo similar, él no había sido un buen estudiante. “Lo repetí en voz alta, como para relajarme”, añadió, “pero me sentí un poco imbécil”.

En este punto de la narración me miró algo perplejo, tal vez inseguro de si haberme relatado aquel preámbulo tenía alguna utilidad. Pero se ve que el recuerdo de aquella noche se le agolpaba en la mente, ansioso por salir al exterior, y no tardó en continuar su relato con redoblada intensidad.

Prosiguió hacia su destino, el diminuto apartamento en la zona alta de Cruces que un amigo le prestaba. Había olvidado ya su encuentro con el chubasco, pero el estado de alerta no le había abandonado todavía. Es probable que este fuese el motivo por el que se asustó más de lo normal cuando un vehículo –pudo ver después que se trataba de un Volkswagen Scirocco de color azul eléctrico– le pasó a gran velocidad, cercanísimo a su flanco izquierdo, salpicando una gran cantidad de agua que impactó con violencia contra su puerta, lo que hizo que el Peugeot se zarandeara peligrosamente. Y es probable también que un susto repentino como aquel actuara como una chispa en el polvorín de nervios del Negro, y que este fuera el motivo que le llevó a increpar al Scirocco con insultos y gestos ofensivos, en una reacción decididamente más violenta de su habitual. Matizó sin embargo que todo ello lo había hecho con timidez y sin abrir la ventanilla, “usted ya sabe que yo temo cualquier trato con desconocidos, incluso con conocidos”. Pero a pesar de ello, ya en aquel momento, cuando bajó el dedo, sintió una leve intranquilidad: pensó que no debía haberse exaltado, no sabía uno nunca con quién se la jugaba, y solo cabía presuponerle un carácter agresivo a aquel conductor anónimo –había podido comprobar que se trataba de un conductor sin acompañantes.

Ante esta afirmación no pude menos que adoptar un gesto de resignación y asentir con la cabeza. Y los hechos no tardaron en confirmar su aprensión y la mía: con el incidente había reducido la velocidad, pero comprobó con un escalofrío que a pesar de ello se estaba acercando con rapidez al Scirocco azul. Para cuando determinó con certeza absoluta que este le estaba esperando se encontraba ya casi a su altura. “Tras dudar un instante, me armé del valor suficiente para pisar el acelerador y pasarle por la derecha, sin ni siquiera mirar al conductor”, relató, simulando un ademán de velocidad. Nada más superarlo observó inquieto por el retrovisor, y siguió haciéndolo mientras

aumentaba paulatinamente la distancia. El Scirocco se iba quedando atrás, parecía seguir inmóvil, y él había comenzado a albergar la esperanza de que tal vez el incidente fuera a terminar allí; pero en realidad no se lo acababa de creer, no tenía sentido, se temía que aquello no había hecho más que empezar, “hay algo demasiado terrorífico en la imagen de un coche esperándote en mitad de la circunvalación”, me dijo, y yo volví a asentir.

Sus temores no tardaron en confirmarse: el primer movimiento del Scirocco fue volver a pasarle como un relámpago, meterse acto seguido en su carril, y frenar bruscamente. El Negro había frenado a su vez justo a tiempo de evitar el accidente, desde luego así se lo pareció, y con el miedo asentado ya con firmeza en sus tripas, había vuelto a adelantarle, esta vez por la izquierda. Aceleró de nuevo, con desesperación, preso del instinto de huida; “joder, me dije, si ni siquiera me ha podido ver, si solo he sacado el dedo un segundo, no es para tanto, joder, pero por qué hay tanto cabrón...”. El Scirocco no había tardado en volver a alcanzarle, pero esta vez no le superó, si no que se quedó a su altura. El Negro había intentado entonces obtener una imagen del conductor por el rabillo del ojo, más bien robar aquella imagen, sin que el otro se diera cuenta, sin que sus ojos se cruzaran. Había acertado a vislumbrar una mueca macabra, era lo que se esperaba, un gesto sonriente y determinado, dispuesto, si venía al caso, a hundirse en los infiernos. Acto seguido, aquel tipo había dado un volantazo al que él, que ya se temía algo similar, había podido responder. El Peugeot patinó sobre la calzada mojada y se acercó a escasos centímetros de la mediana. Siguieron varias embestidas acompañadas de un chirriar de ruedas y frenos, que me relató de forma atropellada. Al cuarto volantazo el Peugeot había impactado contra la mediana y rebotado con violencia hacia el Scirocco, que lo había esquivado con habilidad. El Negro no había podido dejar de admirar por un instante la pericia al volante de su atacante, pero al momento pasó a lamentar los nuevos daños al Peugeot, y seguidamente se acordó de su cálculo, qué más daba morir, aunque me reconoció que no le había tranquilizado lo más mínimo. La imagen que se le fijó por más tiempo en la mente había sido la del cazador y su presa, el pánico en la mirada del conejo. Mi amigo era adicto a los documentales.

Sin embargo, tras el golpe, en un vuelco inesperado, el agresor se había calmado, arrepentido tal vez de su arrebato: el Negro había advertido de refilón que había bajado la ventanilla y le estaba haciendo señas. De alguna manera había percibido la naturaleza conciliadora de aquellos gestos y se había atrevido a mirarle. El rostro poco antes demoníaco era ahora amistoso.

La secuencia de los gestos indicaban en primer lugar “perdona, se me ha ido la cabeza”, después “tranquilo, ya se me ha pasado”, finalmente “baja un segundo la ventanilla y lo hablamos con tranquilidad”. Había sentido cómo su cuerpo se destensaba, “realmente aquel tipo podía ser muy amistoso”, y él quería creerle, aunque claro, no podía fiarse. El otro pareció impacientarse, estaba haciendo todo lo posible por ser amable, ya había dicho que lo sentía, “baja la ventanilla, hombre”. Por un momento, pensó que había algo ridículo en que transitaran por la circunvalación de aquella manera, juntos y a la misma velocidad; y sin embargo no se atrevía a acelerar o a frenar, temía que cualquier movimiento brusco pudiera provocar la cólera del Scirocco. Fue este pensamiento el que le había llevado a bajar su ventanilla, no fuera a ser que el otro decidiera pasar de nuevo a la acción –aquí hizo un alto en su relato, para continuar con voz quebradiza después de unos segundos–. Estaba volviendo a fijar su mano derecha en el volante cuando el tipo del Scirocco, con rapidez extraordinaria, le lanzó un objeto que atravesó la ventanilla abierta para estallar con violencia contra la parte interior del parabrisas; “por increíble que parezca”, recordó, “tuve tiempo de registrar que una botella se aproximaba, y que por las estrías características del cristal parecía tratarse de una botella de Coca-Cola; tuve tiempo de pensar que el cristal de las botellas de Coca-Cola es muy grueso; y tuve el tiempo justo para cubrirme el rostro con el brazo derecho”. Sintió que pedazos de cristal impactaban en su mano y en la parte del rostro que no estaba protegida y lanzó un grito de dolor mientras recuperaba a duras penas, de forma instintiva, el control del volante. El Scirocco había vuelto de inmediato a la carga, empujándole con volantazos a la mediana, y él había sentido entonces la certeza de que aquel tipo quería cobrarse su vida, de que nada que no fuera su muerte le iba a contentar.

En este punto siguió un largo silencio, en el que al Negro no le salían las palabras y yo hice amago de tocar su mano, aunque me quedé a medio camino. “Durante unos segundos me vi superado por el terror a morir”, dijo finalmente con voz temblorosa. Pude percibir que había abandonado enteramente aquel resquicio de contención irónica que siempre aplicaba a nuestras conversaciones, y los dos nos miramos fijamente, con mayor sinceridad de la que nunca habíamos compartido, antes de que prosiguiera su relato. Afortunadamente, comprender que iba a morir allí, de forma absurda, una víctima cualquiera de la sinrazón de un perturbado, había producido en él una lucidez desesperada, de animal cercado, que fue la que le permitió focalizarse en encontrar una estrategia de supervivencia mientras seguía esquivando los

ataques del Scirocco. A cien metros vio una salida de la circunvalación; le parecía que había ejecutado la maniobra con gran pericia, y a mí me lo parecía también, dadas las circunstancias: faltando veinte metros pisó a fondo el pedal del freno y con un volantazo se metió por aquella vía de escape, que corría paralela un trecho para luego desviarse hacia la derecha. El Scirocco se pasó la salida y quedó parado varios metros más allá. En otro destello de lucidez, o tal vez no, apuntó mentalmente la matrícula. Después se había largado de allí, forzando al máximo el motor de su pequeño Peugeot.

Cuando pensó que estaba ya fuera del alcance del asesino del Scirocco había parado en un arcén y apuntado la matrícula en su móvil: “BI-2633-CR”. Los dedos le bailaban nerviosos sobre el teclado y tuvo que corregirse varias veces. Fue entonces cuando al verse en el retrovisor se dio cuenta de que sangraba de la sien; “¡joder!, grité, ¡joder!”. Se había quitado un par de trozos de cristal adheridos a la piel, limpiado la sangre con la manga de la camisa y comprobado que las heridas no eran profundas. Había vuelto a gritar y seguidamente comenzó a sollozar; “pero muy bajito, Padre, muy bajito”. Lloró un buen rato, me dijo, alternando el alivio con la desesperación: alivio por haber logrado salvar el pellejo, desesperación por su mierda de suerte. Cuando se calmó pensó que tenía que seguir –“con el camino a casa, y también con mi vida”– y sollozó un poco de nuevo, para comenzar después a recitar una letanía incoherente de la que al parecer al día siguiente no recordaba nada, salvo que no cesó hasta que se quedó dormido en su piso prestado.

Cuando el Negro terminó su relato aparentó desinflarse paulatinamente ante mis ojos, hasta parecerme que se hacía pequeño e indefenso como un niño. Realmente era un tipo enjuto y no muy alto, pero su mirada y una cierta predisposición latente de sus músculos transmitían una fiereza que le hacía parecer más voluminoso de lo que era. Sin duda un recurso de defensa aprendido a base de golpes. Pensé que ni en sus peores momentos, en el centro penitenciario de Basauri, le había visto tan deshecho. Toqué –esta vez sí– brevemente su mano antes de levantarme a por la botella de vino que guardaba en la sacristía. Mientras servía un par de vasos, cavilé con pena que aquel chico tenía verdaderamente una suerte de mierda, y me vino a la mente, junto con una sonrisa ácida, la tercera de las bienaventuranzas, que dictamina que los que lloran deben sentirse bienaventurados, dado que “serán consolados”.



No me iba a acostumbrar jamás a despertarme a las seis de la mañana. Siempre había sido una persona que dormía mucho, desde luego no menos de ocho horas, y había pasado un auténtico calvario con las viglias en el Seminario. Sin embargo, desde hacía años y por voluntad propia, me veía forzado a repetir todas las mañanas el mismo ritual mental: tras apagar el despertador, me debatía en la cama durante cinco o diez minutos, sin llegar a comprender el mecanismo interno por el que una obligación autoimpuesta se convertía en un deber ineludible. Estaba en mi mano volverme a recoger bajo las mantas –faltaban casi un par de horas para el amanecer y el frío era intenso–, y sin embargo, no lo estaba, preso de una voz interior que me impelía a levantarme. Entendía que era mi propia voz, pero por otro lado, no lo era. No, desde luego no era la voz de Dios, creo que ni siquiera la de mi conciencia; se trataba más bien de un mecanismo automático, instintivo, reflejo de esa ecuación que nos encadena a los humanos a nuestros afanes: con sacrificio hay recompensa, sin sacrificio frustración y vacío. Todavía tendido saqué la pierna izquierda por debajo de las mantas y la utilicé a modo de gancho para retirarlas de encima de mi cuerpo. A pesar de llevar los calcetines de lana noté los pies fríos. Me forcé a alzarme y caminé –más bien arrastré dolorosamente mi cuerpo– hasta la diminuta cocina. Mientras comenzaba a preparar el café asomé la mirada a la ventana, la única del apartamento que de día permitía ver el mar. Las brumas y la humedad se intuían en la oscuridad. Agucé entonces el oído hasta captar el rugido de las olas batiendo en la playa de Atxabiribil, un clamor violento y amenazante que invitaba a rehuir aquel comienzo de día, que era a su vez comienzo de año, de siglo y de milenio. No recordaba haber estado en mucho tiempo tan cerca de mandar todo al carajo y volverme a meter en la cama –algo que mi formación en el sacrificio hubiera tardado en perdonar–, pero decidí que empezar con

mal pie el tercer milenio hubiera sido demasiado perturbador.

Uno de enero: Santa María, Madre de Dios, Virgen. Al salir al frío exterior sentí una serie de retortijones fastidiosos en el bajo estómago, recuerdo de la cena en la residencia del obispado. La última cena del año. Me vino a la mente aquella otra última cena: ¿sabría realmente Jesucristo que Judas Iscariote le iba a traicionar? De saberlo, por pura lógica, hubiera huido en lugar de cenar con sus discípulos. Pero es ciertamente posible que sabiéndolo no quisiera rehuir su responsabilidad; más difícil es que intuyera que Pedro le iba a negar tres veces. El caso es que Judas le traicionó y Pedro le negó, y lo novedoso es que él los perdonó; y sobre esto último yo no tenía ninguna duda. ¿Sabría el Obispo que el Padre Azurmendi, a quien tanto apreciaba, era también un traidor, un negador? ¿Me perdonaría? Comencé a trotar bajo las fúnebres farolas de la calle Kukullu, preguntándome como cada amanecer sobre la incoherencia de mi posición, sobre el compromiso y la traición.

Creo que a todos nos ocurre que determinados lugares posean la peculiaridad de referirnos de forma automática a recuerdos recurrentes; de la misma manera, mis refutaciones teológicas y existenciales habían ido adhiriéndose a lo largo de los años a los diferentes tramos y recodos de aquel recorrido que repetía al trote cada día. Y la primera parte del mismo, que consistía en salir de la urbanización de pisos Sopelmar –un atentado urbanístico en toda regla sito en la localidad costera de Sopelana, en la que habito desde que me ordené sacerdote– para, en los meses cálidos, bajar a la playa y recorrerla de punta a punta, correspondía al momento de mayor desazón. Y este era aún mayor en invierno, cuando pareciéndome el arenal demasiado inhóspito, incluso peligroso, tomaba el camino de barro que bordea los acantilados. Hacia allí me encaminé también aquella mañana, a la luz de mi frontal, especialmente mortificado como cada vez que una reunión fraternal con mis hermanos en la fe ponía en mayor evidencia la hipocresía de mi posición. Peor todavía, en eventos como la cena de Nochevieja del día anterior, se disparaba el más acuciante de mis temores, el de que todos mis camaradas conocieran ya sobradamente mi traición. La cuesta arriba que desemboca en el paseo que une Sopelana con La Galea solía ser el peor momento, y también aquel día coincidió con mi mayor desánimo. Influía, además, que era una cuesta bastante dura –y haber pasado ya de los cincuenta no ayudaba–. En esta ocasión no dejé de dar vueltas en la cabeza a ciertas palabras que me había dirigido el Padre Sebas después de las uvas, y que

ahora me parecían llenas de insinuaciones, incluso de alusiones muy explícitas. No era infrecuente que al final de aquellas rampas, profundamente atribulado, adoptara la firme decisión de acercarme a Bilbao a confesar ante el Obispo; también aquel primero de año sucedió así, y como ocurría siempre, me relajé por completo después de tomar aquella decisión absolutoria. Fue entonces cuando la posición del Negro volvió a rondarme la cabeza. Al encarar a trote cochinerero la suave pendiente que discurre unos cien metros por encima de La Salvaje, mi playa preferida, había olvidado ya por completo la presunta confabulación del Padre Sebas, para pasar a centrarme en un peligro mucho más acuciante: el que corría aquel pobre diablo.

La llamada del subcomisario Barrutia me había pillado la tarde anterior montado en el Metro, camino de la cena en el obispado. El subcomisario, por algún extraño motivo, era un hombre mucho más parco y seco al teléfono que en persona. Curiosamente a mí me pasaba lo contrario, era recibir una llamada y avivarse mi locuacidad; quizás se tratase de un distintivo de la soledad que nos acompaña a los curas en nuestra profesión. “Ave María Purísima”, había contestado yo. Así solía hacerlo a veces cuando me encontraba de buen humor. Alguna vez aquella pequeña irreverencia me había puesto en un aprieto con algún hermano un poco rígido, pero bueno, al fin y al cabo era Nochevieja. “Déjese de coñas, Padre, ya tengo lo del Negro”, había contestado Barrutia, con seriedad creo yo que un poco fingida.

Aquí debo explicar que era “lo del Negro”. Y es que en una demostración más de los misterios inescrutables de la casualidad, mientras paseaba por una calle de la periferia de Sopelana el atardecer del día de Navidad, es decir, pocos días después del relato del Negro, me había topado de bruces con un Scirocco azul eléctrico. Y no es un coche que se vea mucho, al menos no entre la tradicional sobriedad de los vascos (en nuestra concepción de las cosas –o al menos así lo entiendo yo– el Sirocco es un viento africano y con fama de alocado que por fortuna no llega hasta aquí, y el azul eléctrico un color que chirría con nuestro modo de ser). El caso es que el coche se hallaba aparcado en batería frente a la acera de la calle Haizeder. Apunté mentalmente la matrícula: “BI-2633-CR”. Estaba casi seguro de que se trataba de la misma que me había referido el Negro. Me quedé un rato por allí, motivado por ese impulso detectivesco que suele aflorarnos en este tipo de situaciones. A falta de otra cosa, observé las viviendas de la zona: a un lado de la calle se alzaban edificios residenciales de ladrillo rojo, de dos y tres plantas, y al otro viviendas unifamiliares de construcción variopinta, la mayoría modernas pero

también algún caserío de toda la vida. A ese mismo lado, un poco más adelante de donde yo me encontraba, había un descampado con una excavadora Komatsu y un burro, que me examinaba con esa curiosidad imprecisa y alelada de los burros. No se veía a nadie más por allí, y tan solo pasó un coche en el rato que estuve fisgando e intercambiando miradas recelosas con el animal. Ninguno de los dos parecía entender qué hacía el otro en aquel lugar. Los vecinos por su parte debían de hallarse disfrutando todavía de la larga sobremesa propia de la festividad. Cuando se encendieron las farolas de la calle me decidí por fin a seguir con mi paseo, aunque continué lanzando miradas esporádicas al Scirocco según me alejaba. Hubiera estado bien verle la cara y el ademán a aquel siniestro conductor suicida, pero me tuve que resignar a esperar a mejor ocasión. Fue entonces cuando se me ocurrió aprovechar mis conexiones entre las fuerzas de seguridad para indagar sobre la identidad de aquel tipo: pensé que incluso podíamos contemplar la posibilidad de denunciarle, aunque imaginé que sin testigos iba a ser tarea difícil. En cualquier caso, el subcomisario Barrutia, que conocía al Negro de su periplo en Basauri, era la persona indicada para echarnos un cable. Tras corroborar con mi joven amigo que en efecto aquella era la misma matrícula – sin darle más precisiones del motivo de mi pregunta –, se la había pasado a Barrutia para que realizara las comprobaciones pertinentes.

“Fidel Otxoa, calle Haizeder 16, 2º izquierda; cosa fina, ya puede el Negro andarse con ojo”, había afirmado lacónico el subcomisario, tras lo cual habían transcurrido unos segundos en silencio antes de que se decidiera a ofrecer más detalles. “El propietario del vehículo tiene antecedentes para dar y regalar en los apartados habituales”, había añadido al fin con cierta impaciencia en la voz, seguramente motivada por verse forzado a dar más información de la que le hubiera gustado, “altercados, desacato a la autoridad, agresiones y maltrato de género; lo conocen bien en la comisaría de Getxo. Un tipo violento, lo que técnicamente llamamos un psicópata peligroso”. Tras aquella tremenda aseveración, el subcomisario había pretendido cerrar la conversación con un escueto “que empiece bien el año, Padre”, y debía estar ya a punto de colgar cuando conseguí retenerlo. Aquella relación de los méritos criminales del “homicida del Scirocco” me había alarmado, y no poco. La posibilidad de que el Peugeot y el Scirocco volvieran a cruzarse no era en absoluto descartable. De hecho, yo la consideraba hasta probable, dado que el Negro se pasaba todas las semanas por la cercana parroquia de Berango, y además tenía muy mala suerte. “Barrutia, esto me parece muy

serio”, le había interpelado con urgencia y preocupación en la voz, “¿no hay nada que podamos hacer?” Mi interlocutor había callado un rato más, sopesando qué me podía decir. “Si el Negro le denuncia se mete en un lío y no llega a nada; no hay testigos, no lo denunció en su momento, es un expresidiario... lo mejor es que cambie de coche”. He de decir que de primeras me sorprendió aquella ocurrencia, cambiar de coche, como si nada. Pero enseguida había caído en la limpieza y sencillez de la solución: qué le importaba al Negro intercambiar su Peugeot por cualquier otro trasto. Qué grande era Barrutia, escueto y eficaz. Me lo había imaginado entonces sosteniendo el teléfono con el cuerpo erguido y los músculos en tensión (el subcomisario era lo que suele denominarse “un tío cachas”, pero de una forma peculiar, no ociosa, sino profesional). Con el rictus serio y concentrado, y el leve aroma de su colonia masculina reafirmando su autocontrol... y sin embargo, toda aquella pose traicionada por el brillo bondadoso de sus ojos azules. Le había agradecido su ayuda de corazón, y tras desearnos un buen año nos habíamos despedido.

Recordando todo aquello había llegado ya con mi trote cansino al viejo bunker de la Guerra Civil, el que se asoma al mar Cantábrico por encima de la playa de Aizkorri. A esta altura del recorrido tenía el hábito de abandonar el paseopara tomarme un pequeño descanso, a la vez que me asomaba yo también a los imponentes acantilados. Muchas veces, en especial cuando el día amanecía sereno y prometedor, fantaseaba allí unos minutos con lo que hubiera sido mi vida de no haber sido cura. Porque mi primera vocación había sido la de marino. Pero aquella mañana no di con mi vena romántica, y las brumas que cubrían el mar en formación cerrada, acercando el horizonte a la luz de mi frontal, no me ayudaron a inspirarme. Acepté resignado que el día no estaba para fastos de la imaginación, y volví casi de inmediato al asunto del Negro; y lo hice en aquel punto reavivando por unos instantes el cabreo que me había cogido el día anterior. Porque aquel terco como una mula había dicho que no, que él no pensaba cambiarse de coche. No sirvió de nada que le reiterara repetidas veces que sabía de buena tinta que aquel tipo era un psicópata muy peligroso. Nos habíamos enzarzado entonces en una discusión telefónica que duró hasta la puerta del obispado, y que por momentos habría podido tildarse de subida de tono. Al parecer el Negro y yo estábamos pasando a nuevos niveles en nuestra relación, algo que tiende a ocurrir cuando no dejan de llamarte “Padre”. Me afectó en especial el que utilizara mi propia medicina para defender su posición: me espetó que él se sabía un pobre paria

desgraciado, pero que “como el Sísifo de Camus”, se acogía “a la única dignidad posible para el hombre, la rebeldía”. Me había parecido un golpe bajo que utilizara las lecturas que yo mismo le había recomendado para afear mi pretensión, que solo buscaba su bienestar, o más bien su supervivencia. Y encima el muy obtuso parecía haber comprendido bastante bien a Camus.

La larga cuesta abajo que lleva hasta la fuente de Gorrondatxe me sirvió para calmarme, y entonces no pude menos que enternecerme durante unas decenas de metros con el pundonor de aquel chico. Era tratado como la escoria sobrante de la sociedad, vivía acosado por un mundo hostil, suponía una excepción asombrosa a la distribución normal de la mala suerte, y sin embargo, aún estaba dispuesto a defender con uñas y dientes su dignidad. Era una decisión a todas luces absurda, en especial teniendo en cuenta que el propio Negro reconocía que aquel coche no podía importarle menos, pero no por ello dejaba de alumbrar una pequeña luz en mi corazón, que reavivaba mi amor por ese indefenso y denodado “ser arrojado al mundo” que somos todos. Sentado al lado de la fuente, después de haber dado un par de largos tragos, contemplé ensimismado cómo iba cogiendo vigor la primera claridad, a la vez que los pajarillos comenzaban a piar en el bosque de pinos situado un poco más arriba. Aquel era sin duda el mejor momento del día. Sin embargo, aquella paz que me embargaba tras haberme reconciliado una vez más con el ser humano se vio pronto truncada. Porque acababa de determinar con claridad qué era lo que me estaba inquietando realmente aquella mañana, más allá de las sospechas del Padre Sebas o de la terquedad del Negro. Y es que en el fragor de la discusión, extraviada por momentos toda noción de sensatez, había cometido la imperdonable imprudencia de contarle al Negro dónde había encontrado yo al Scirocco azul eléctrico.

3



La parroquia de Santo Domingo de Guzmán en Berango, donde yo ejercía una buena parte de mi labor pastoral, es una coqueta iglesia del siglo XVIII en la que destaca su peculiar torre del campanario. “Rematada por una cúpula de piedra rodeada de pináculos que se alzan en los ángulos, y coronada por una afilada linterna sobre la que luce una cruz de forja”, a decir de la descripción oficial. Situada a un par de kilómetros escasos de Sopelana, a mí lo que me agradaba más que nada era la serenidad del paisaje circundante y su reflejo en la sensatez y buen sentido de los feligreses, que contrastaba de forma aguda con las turbulencias de mi otro ministerio, el de sacerdote capellán de la prisión de Basauri. Sin embargo, mi amigo Kundera era una marcada excepción a la medida de mente y espíritu imperante en el pueblo, de la que por otra parte participaban por igual los escasos parroquianos habituales y los que no aparecían nunca por misa, gran mayoría popular entre la que se encontraba el propio Kundera. Su apodo, porque se trataba de eso, de un apodo, que no del nombre de un determinado emigrante checo venido a vivir al pueblo, se debía a una fuerte obsesión que le había entrado al hombre con este autor por la época en la que nos conocimos, hacía ya unos quince años. Aún recordaba nuestra primera conversación: Jaime Ellacuría, que así había sido bautizado y así era llamado todavía por aquel entonces, había entrado en la iglesia mientras yo ordenaba alguna cosa en el altar, finalizada la misa dominical. Tras atravesar la nave por un lateral a paso apresurado y como atribulado, me había señalado sin más preámbulo la puerta de la sacristía. Una vez en el interior, mientras yo me quitaba la casulla, había permanecido en posición rígida y con un ademán que ya entonces intuí retador. Tras cambiarme le había ofrecido una silla y nada más sentarnos me había interpelado exaltado: “Entonces, ¿qué hemos de elegir? ¿El peso o la levedad?”.

Ante mi perplejidad, Kundera se había agitado impaciente, y en su mirada

había aflorado la duda de si merecía la pena o no mantener una conversación con aquel cura joven que le observaba con la angustia dibujada en el rostro. En aquel entonces yo era dolorosamente consciente de mi bisoñez de cara a encaminar la vida espiritual de nadie, y la pregunta, aun no enteramente inteligible, venía con una evidente carga de profundidad. Con los años comprendí que mi labor solo podía consistir en acompañar, que no encaminar, los pasos vacilantes de mis congéneres, pero en aquella época aún conservaba un alto concepto de “mi misión”.

–¿El peso o la levedad? –había acertado a repetir.

Tras escudriñarme unos segundos más, Kundera se había decidido a darme una oportunidad.

–Sí, eso es, el peso o la levedad –había repetido él a su vez–, ustedes deberían saberlo.

–¿Ustedes?

Kundera me había mirado con una impaciencia algo atónita.

–Sí, ustedes, los curas... ¿Tiene Tomás que aceptar la carga de Teresa por compasión, traicionando su naturaleza libre, negando la dulce levedad del ser? ¿Consiste realmente la grandeza del hombre en cargar con su supuesto destino?

–¿Tomás? ¿Santo Tomás?

En este punto Kundera se había levantado como sobresaltado y había abandonado la sacristía murmurando algo inaudible.

Tardé unos días en enterarme, a través de discretas preguntas a feligreses de mi confianza, de qué iba aquel asunto del peso y la levedad. Había llegado a la certeza de que el tal Tomás era algún pariente cercano de los Ellacuría y que yo había metido la pata miserablemente, pero resultó que se trataba del personaje central de una novela que obsesionaba desde hacía un par de meses a aquel solterón, el menor de cuatro hermanos con amplia raigambre en el pueblo. Para más señas, de *La insoportable levedad del ser*, título que había pasado a ser conocido por buena parte de los habitantes de Berango, y que por aquel entonces, en un giro casual pero pleno de ironía, ya habían trocado algunos por el de *La insoportable pesadez del secre*, habida cuenta de que ese era el oficio que Jaime Ellacuría –al que comenzaban entonces a apodarar como “Kundera”– ejercía en el ayuntamiento. Cosas de los pueblos. Por lo visto, el hombre andaba de aquí para allá con aquellas preguntas raras, y se empezaba a temer que hubiese perdido definitivamente la cordura. Yo por mi parte creí una obligación pastoral leer aquel libro: hablaba en efecto de las cargas que asumimos y que hacen que nuestra vida nos parezca más real y verdadera, y de

cómo, por el contrario, el hombre se vuelve libre y ligero y alcanza su plenitud efímera precisamente cuando siente una ausencia total de cargas. De la elección entre peso y levedad, de la búsqueda de un sentido y de las contradicciones de la naturaleza humana. En cualquier caso, pasadas unas semanas al Secretario se le pasó aquella extravagancia, o al menos así lo aparentó ante los vecinos, y de aquel episodio solo quedaron el apodo y mis reuniones con el susodicho, con el que en todo este tiempo no he dejado de mantener conversaciones semanales, a veces estafalarias pero siempre interesantes, y en las que frecuentemente afloran de nuevo el peso y la levedad.

Nuestras charlas estaban fijadas todos los sábados a las diez y media de la mañana, y también aquel día, a pesar de ser el de Año Nuevo, Kundera apareció puntual por la parroquia. Era un hombre muy grande, como todos sus hermanos, con un rostro que parecía sobresalir de la cabeza, como si se tratara de una gran careta en la que la nariz y las orejas hubieran sido sobredimensionadas para dar risa. En resumen, una cara muy de aquí. Destacaban también en él sus gigantescas manos, que movía sin embargo con gran armonía. Había sobrepasado ya los sesenta sin perder un ápice de su inquieta vitalidad de percherón irritado. Al entrar en la sacristía, cosa que siempre hacía sin llamar y como con excesivo ímpetu, le comuniqué que aquel día no tenía mucho tiempo ya que debía preparar la Misa de Año Nuevo.

–Solo quería comentarte algo que escuché ayer en la televisión –manifestó, mirándome con una seriedad que pretendía aseverar que él no era hombre de andar molestando–. Es sobre los sodomitas –añadió, con un ligero titubeo.

Lo de los sodomitas, gais, o, ya cuando la conversación se calentaba, los maricones, era un asunto que Kundera había sacado a relucir en repetidas ocasiones a lo largo de los años. Parecía intrigarle sobremanera la naturaleza profunda de aquel asunto; en concreto, si se trataba de una inclinación natural, parte de la esencia ancestral del ser humano, o por el contrario había que considerarla una lúdica invención del hombre civilizado. Los dos éramos bastante agnósticos sobre el asunto, y solíamos debatir los diferentes puntos de vista sin llegar a concluir nada definitivo. En esta ocasión, Kundera traía un nuevo elemento de prueba.

–Se trata de lo siguiente –dijo–, en un programa sobre la evolución del hombre dijeron que ya los homínidos practicaban el sexo anal entre machos del mismo grupo.

La información me pareció interesante, pero concluí, tal vez con

demasiada rapidez, que no aportaba nada novedoso a la sustancia del asunto. Observé que ya habíamos hablado anteriormente de que aquello era también una práctica habitual entre algunos animales, pero que eso no aclaraba de forma definitiva si se trataba de un comportamiento natural o de algún tipo de divertimento.

–Por supuesto que es un dato relevante –replicó Kundera con vehemencia–, eso querría decir que el ayuntar entre machos humanos es un acto pre-cultural, de naturaleza esencial y no modal.

Kundera solía utilizar un lenguaje enrevesado y algo misterioso, pero yo ya me había habituado, y pude apreciar en una segunda reflexión que en efecto el dato tenía su enjundia. No era lo mismo verlo en los animales, que al fin y al cabo podían tener una esencia diferente a la nuestra, que verlo en nuestros directos antecesores. Tras ponderarlo unos segundos asentí con un movimiento de la cabeza, y mi naturaleza provocadora me indujo a llevar aún más lejos el argumento.

–Entonces, si dicha práctica estaba realmente extendida –reflexioné–, podría querer decir que lo que es un hecho cultural, contrario a nuestra verdadera esencia, es el no desear yacer entre machos.

Ante mi aseveración, Kundera se agitó nervioso en su silla y me miró con una mueca extraña. Siguió un silencio ambiguo y embarazoso que corté con celeridad.

–Pero supongo que no hay manera de saber si era una práctica extendida o no –observé–. De hecho, tampoco se me ocurre cómo han podido llegar a determinar que sucediera.

Kundera relajó su expresión y entonces volvió a incidir en una curiosidad recurrente que él tenía.

–Pero vosotros, en el Seminario...

–Nosotros en el Seminario nada –atajé–, no volvamos con lo del Seminario, Jaime.

Aceptó de inmediato mi negativa a entrar en aquello e incluso pareció querer disculparse, pero sin acabar de decidirse. Acto seguido pasó a comentar asuntos banales de la vida del pueblo –Kundera estaba muy alarmado con el coste de los adornos y luces de Navidad, que había sufragado el ayuntamiento–, y para las once abandonó la sacristía. Me dispuse entonces a realizar los preparativos de la misa mayor, y, mientras anotaba las lecturas recomendadas y repasaba los puntos principales de la homilía, comenzaron a agolparse en mi cabeza recuerdos de aquel lejano tiempo en el Seminario, que

Kundera con su mención había vuelto a traer a mi memoria. De todas maneras, quizás sea ya hora de contar de dónde vengo.

Los Azurmendi siempre fuimos pobres; nuestro caserío familiar, Itxaistan, siempre fue pequeño y siempre estuvo lleno de gente. Era sin lugar a dudas uno de los más modestos y más sobrepoblados de entre los que se esparcían por las campas de Itziar, asomadas al mar Cantábrico. La abuela Blanca Iturraspe solía decir, cuando estaba de mal humor, que se debía a que los Azurmendi éramos demasiado *txotxolos*; por otro lado, si aquel día se sentía compasiva, decía que éramos demasiado buena gente. A su entender el problema radicaba en que, desde antiguo, en lugar de seguir la tradición que dictaba que el mayor heredaba el caserío y los demás *ospa*, los Azurmendi acumulaban hombres en casa por pena de obligarles a enfrentarse al mundo “sin nada más que un par de pantalones”. Gracias al Señor, las mujeres de la familia solían ser guapas y encontraban acomodo, sin embargo los hombres, que también eran agraciados pero sacaban poco provecho de ello, merodeaban por allí como zánganos en un panal, desde el nacimiento hasta que la tierra volvía a acogerles en su seno. Ya solo quedaban vivos dos de mis hermanos, y allí seguían.

Mis primeros años trascurrieron por tanto en un ambiente en el que, como digo, abundaban los hombres; sin embargo, la que mandaba era la *amona* Blanca, que en aquellos años era la única mujer en el caserío aparte de mi madre. En términos generales la familia no era dada a la conversación, ni tampoco a interrumpir innecesariamente las elucubraciones de cada cual, con lo que el ambiente, así lo recuerdo yo, era sosegado pero algo sombrío. Los hombres –mis tres hermanos mayores, dos tíos, mi padre y el *aitona*– se sentían cómodos en aquel silencio, que interrumpían únicamente de cuando en cuando para comentar algún aspecto de la siembra, el ganado, la caza o la tormenta. Mi madre por su parte, del caserío Malkorre, era tímida y delicada de salud, con lo que el ritmo lo establecían principalmente los mandatos y comentarios de la abuela Blanca. Llegado el momento, fue ella la que decidió mi destino.

La familia sobrevivía con esto y con aquello: las cuarenta ovejas, la venta de quesos, la huerta, los trabajos esporádicos que mis tíos conseguían en las fábricas que se instalaron en el pueblo... Mi padre por su parte se encargaba de las ovejas y con él subí más de una vez a las campas de pasto en las laderas del monte Andutz. Poco más recuerdo de aquella época, salvo el mar: mi mundo estaba delimitado entre la cima de seiscientos metros del Andutz al sur

y los escarpados acantilados de Sakoneta al norte, distantes entre sí tan solo un par de kilómetros; y mi imaginación, a diferencia de lo esperable dada la fuente de nuestro sustento y de las parcas conversaciones en el caserío, siempre se dirigió hacia el océano, que parecía prometer algo inefable, algo que iba mucho más allá de lo que podían expresar aquellas campas domesticadas por el hombre.

Tenía once años cuando murió mi madre. Esta vez, la *amona* impuso la sensatez sobre la tradición familiar: el lugar idóneo para aquel chiquillo despierto y soñador, ahora huérfano, solo podía ser el Seminario. Así entré en religión, como la mayoría, sin comerlo ni beberlo.



No se puede creer en la naturaleza divina de Jesús sin la intercesión del Espíritu Santo: la fe es un don, dicen, y creo que no hay mayor verdad. Pero también lo es que el hábito y una predisposición a la credulidad y al acatamiento pueden llevar muy lejos en materia de creencias. Así como la falta de imaginación o de alternativas; y el rechazo o el miedo al mundo exterior. O necesitar ser algo, sea lo que sea, pero a lo grande. Diferentes caminos de entrar y vivir en religión. Y después viene lo otro, lo mío, que es un estar pero no creer, un vivir en el hábito y en la práctica, incluso en la misión, pero ajeno al Señor. Ser un Judas.

Pero volvamos a mi entrada en el Seminario. Aquello no fue una cuestión de fe, ese asunto llegaría mucho más tarde. Mi madre había muerto, ya no había cabida para mí en el caserío y yo necesitaba otra casa; que fuera o no la casa de Dios era secundario. Mi padre se despidió de mí con un escueto pero sentido “sorte on, semea” (buena suerte, hijo) y acarició tímidamente mi cara, a la vez que a floraba en su rostro una leve sonrisa resignada. Aquel gesto, minimalista, expresaba sin embargo con absoluta claridad la realidad de las cosas de la vida: estamos a merced del azar y hay que resignarse a aceptar con una media sonrisa aquello que venga. Por otro lado, éramos de misa semanal, uno de mis hermanos incluso había ejercido un periodo de monaguillo, y yo mismo conocía al “reclutador”, un cura viejo que se pasaba una vez al año por la parroquia de Itziar para ver qué “chavales majos” había por allí para el Seminario. También conocía a los dos chicos del pueblo que se habían “enrolado” en los últimos años, Santi y Zaca. De tal manera que no me sentí del todo desamparado: al fin y al cabo el mundo de la Iglesia era una realidad cotidiana con la que había convivido desde siempre.

Sin embargo, por razones de números y disponibilidades que no concernían a un chiquillo de once años, pero que la *amona* aceptó sin grandes

aspavientos, me enviaron al Seminario de Derio, en el valle de Asua en Bizkaia, en lugar de al más cercano de San Sebastián –perdía así de buenas a primeras la posibilidad de tener algún apoyo interno; sobre todo había contado con Santi, con el que siempre me saludaba–. Tras la mala noticia, mi primera visita al magno complejo fue para realizar el preceptivo examen de entrada, porque en la época la Iglesia no se contentaba con generar vocaciones, si no que se podía permitir la pretensión de que los que pisaran los umbrales del Seminario fueran solo “los mejores”. Seríamos más de un centenar para el examen escrito y oral; quizás fuera mi última oportunidad de ser pastor de un rebaño de ovejas –en lugar de pretender “pastorear” feligreses–, o de ser marino, pero aprobé y fui admitido. Ingresé así en uno de los cuatro descomunales pabellones –el correspondiente al Seminario Menor–, que en conjunto podían dar cabida con facilidad a un regimiento de soldados, de futuros curas, o de locos: las primeras e inevitables bromas que recibían a los nuevos comparaban el número de locos con el de seminaristas, ya que el destino original de aquellos inmensos edificios había sido el de manicomio; de hecho, dos de los pabellones, en construcción cuando yo llegué, no llegaron nunca a completarse. Quizás los locos tampoco hubieran sido capaces de llenarlos, pero en cualquier caso, la idea de que pudiera haber tantos dementes me maravilló y consternó a partes iguales durante un tiempo, en el que mi mente infantil e impresionable lo tomó como fiel reflejo del mundo al que había sido arrojado.

Yo era un muchacho sensible e introvertido y de primeras mis compañeros de Seminario me parecieron muy brutos. Eran sobre todo chavales de pueblo, tanto de la zona rural como de la pesquera, aunque también los había de las barriadas obreras –por lo general mucho más avispados para la vida–, y alguna excepción de buena familia. Años más tarde, caería en mis manos una misiva del Obispo Diocesano de la época, que establecía con detenimiento “los trabajos de diligencia necesarios para la correcta selección de candidatos al sacerdocio”: debían ser niños con cualidades morales, perseverancia, rectitud de juicio, amor al trabajo... y se debía evitar a toda costa una acusada testarudez, anomalías del desarrollo, sonambulismo, enuresis nocturna... Sonreí al leerlo y recordar a algunos de mis compañeros: en realidad teníamos de todo, incluida la dosis habitual de cafres y un par de pobres desafortunados que mojaban la cama y eran el blanco fácil de las burlas. En definitiva, y habida cuenta de los peligros evidentes para un niño de mis características, he de decir que me las arreglé bastante bien. En ello me debió ayudar que evitaba

cualquier tipo de protagonismo, competencia o contienda, y que tenía una habilidad innata para pasar desapercibido.

En lo principal el Seminario Menor no debía ser muy diferente a los internados de la época: se impartían la enseñanza primaria y la secundaria en un entorno rígido y estricto, consintiendo también que nos desfogáramos con artes plásticas, deportes, paseos y otras actividades extraescolares –entonces nació mi afición a correr–; se exigía esfuerzo y disciplina en toda actividad, y nos cascaban si hacíamos el imbécil o nos despistábamos; y sobre todo, lo que más marcaba era la vida en común con otros cientos de chavales. Dormíamos en lo que se denominaba “camarillas”, unas grandes salas con lechos puestos en fila con una pequeña separación entre sí. Por fortuna, mis vecinos resultaron ser gente que atendía a sus asuntos y dejaba vivir en paz. Fueron años en los que cada quién tenía que hacerse su lugar entre los compañeros, para lo que existían básicamente dos vías: la académica, sacar buenas notas, o el deporte, destacar en el fútbol o en el frontón. Yo me desenvolvía decentemente en todo, y excepcionalmente en nada, pero bastó para no caer en el grupo de los inadaptados, el temido “pelotón de los torpes”.

Por otro lado, la formación espiritual exigía el ejercicio diario de las prácticas piadosas. El día comenzaba con las oraciones de la mañana en la capilla: ofrecimiento de la obras, meditación dirigida por el director espiritual, santa misa y acción de gracias por la sagrada comunión. A mediodía, antes de comer, visita al Santísimo, el rezo del Ángelus y el canto a la Virgen. A la tarde, antes de cenar, rezo del santo rosario, lectura espiritual o plática instructiva y, en determinados días, exposición del santísimo sacramento. Por la noche, antes de retirarse a dormir, examen de conciencia y oraciones nocturnas. Los domingos se cantaban *Completas* en latín.

Huelga decir que tal abundancia diaria de práctica piadosa, en niños de esa edad, consistía al noventa por cien en un ejercicio mecánico y apenas reflexivo. Una rutina aburrida pero moderadamente agradable, en la que podías dejarte llevar sin más, sintiéndote uno más entre tus compañeros, o pensar en el examen de Latín o en la proximidad de las vacaciones y las olas batiéndose en los acantilados de Sakoneta. Todo ello, eso sí, enmarcado en la certeza de Dios, que generaba en tu interior una sensación reconfortante de orden y sentido –empañada sin embargo por la inquietud de no estar obedeciendo suficientemente Sus mandatos–. Una certeza no pensada, asumida, un parámetro más de la realidad, como el sol, el mar o la lluvia.

A estas prácticas diarias de piedad se añadían la confesión semanal y el

retiro mensual, con la oportunidad de confesarse con sacerdotes de fuera del Seminario. Aquí la cosa se complicaba, ya no podías dejarte llevar sin más, te veías forzado a reflexionar sobre tus pecados de obra –estos tenía que inventármelos– y de pensamiento –ahí ya cabía todo–. Al principio eran momentos terroríficos, pero con el tiempo aprendías a contar las historias que querían oír. Las confesiones, al igual que los ejercicios espirituales, servían sobre todo para cimentar un profundo sentimiento de culpa personal, esa imprecisa pero continua sensación de incumplimiento que conforma uno de los rasgos esenciales de la conciencia cristiana. No fueron pocos los curas que nos mortificaron con su visión de la vida como un valle de lágrimas, en el que todo consistía en hacer méritos para lograr la salvación, que no se sabía muy bien en qué consistía, pero que nunca se mostraba como algo cercano y alcanzable; se nos transmitía la imagen de un Dios severo, legislador y eternamente enojado.

De una manera u otra, a lo largo de aquellos seis años de Seminario Menor maduré, convirtiéndome en un joven adolescente que por fin salió del cascarón y comenzó a interactuar de una manera más activa y reflexiva con su entorno. Aquella etapa acabó dándome amigos, aficiones deportivas y un gusto profundo por la lectura. Y también unos valores de honradez, disciplina y exigencia personal, que vinieron junto con una losa de ciega culpabilidad. En mis visitas a casa por vacaciones seguí disfrutando del sosiego sin exigencias del caserío y de la promesa del mar, pero paulatinamente, según mi visión del mundo se fue ensanchando, aumentó mi extrañamiento con aquellos seres anclados a la rutina ancestral de la siega y la esquila, mi familia. El verano que cumplí diecisiete años me preparé para la entrada en el Seminario Mayor. Las dudas existenciales y teológicas no habían llegado todavía: seguía aceptando a Dios con la certeza no pensada del que espera que amanezca cada día. Comenzaba a prefigurarme con seriedad la idea del sacerdocio, y ahora, además de llevar el sello de lo inevitable, la idea me llenaba de expectativas ilusionantes.

No quiero acabar estos recuerdos de mis inicios en el Seminario sin responder, siquiera evasivamente, a la cuestión que los ha originado –la curiosidad de Kundera–. Periódicamente debíamos pasar por el examen del “prefecto de disciplina”, que se encargaba de fiscalizar nuestro comportamiento. De estos encuentros se me ha quedado grabada una escena, ocurrida teniendo yo doce años. En un momento de la entrevista me preguntó si tenía “amistades particulares”. Con la mayor naturalidad le contesté que por

supuesto, y comencé a referirle la lista completa de mis mejores amigos en el Seminario. La cara del prefecto se fue poniendo colorada, y la intensidad extraña de su mirada y el nerviosismo repentino de sus gestos me hicieron comprender que algo no iba bien. Luego intentó explicarme a qué tipo de relaciones se refería, explicación que no le dejé terminar, porque me levanté de aquella silla que me quemaba y salí del despacho confuso y aterrado.

5



La víspera de la Epifanía del Señor –día de San Simeón el Estilita, que fue de joven pastor de ovejas, y a decir de algunos más tarde triste inventor del cilicio–, me encontraba a primera hora reunido en la sacristía con Josune y Asier, con lo de los preparativos de su matrimonio. Él era del mismo Berango, yo lo conocía de siempre, y ella de la cercana localidad de Algorta. Asier – desde niño apacible y *disfrutón*– acababa de terminar una ingeniería, mientras que Josune –qué decir de mi Josune– cursaba todavía tercero de derecho. Pero tenían prisa por casarse, algo poco habitual hoy en día. Asier paseaba por la sacristía, curioseando lo poco que allí había –tan solo armarios y cajoneras, aparte del crucifijo de la pared y la mesa de mármol con dos sillas en las que estábamos sentados Josune y yo–. Ella por su parte ojeaba por enésima vez un papel que descansaba sobre su regazo, y que contenía una lista de obras musicales para bodas. Por alguna razón estaban empeñados en que yo debía dar el visto bueno al repertorio musical de su matrimonio, un asunto que a mí me traía sin cuidado. Pero les había cogido cariño, sobre todo a ella, y no me importaba perder un poco de tiempo con aquello.

–En general queremos seguir el repertorio clásico –dijo Asier sin dejar de fisgar–, pero Josune tiene alguna idea más moderna para la salida.

Josune fue a corroborar aquella afirmación con un movimiento torpe, que hizo que el papel volara de su regazo y que una de las muletas que había apoyado sobre la silla cayera también al suelo. Me miró sonriendo.

–Si le parece repasamos el orden de las canciones –añadió entonces Asier, volviendo a colocar el papel cuidadosamente sobre su regazo y recogiendo la muleta del suelo–. Empezamos con *Pompa y circunstancia* para la entrada del novio y el *Canon* de Pachelbel para la de la novia.

Me limité a devolverle la sonrisa a Josune.

–Para las lecturas el *Benedicat Vobis* de Haendel, y para los anillos, un

aria de Bach –prosiguió Asier con orden ingenieril.

Josune dejó escapar entonces una risa desproporcionada, espasmódica, que contrastaba con su expresión de reparo.

–De poner... los anillos... se encarga... Asier –matizó. Su voz me impactó: había adquirido desde nuestro último encuentro una forma nasal, mecánica y artificial, que anulaba su calidez original. Hacía un año que le habían diagnosticado ELA, una enfermedad neurodegenerativa sin cura conocida. Según ella misma me había explicado, todos los músculos de su cuerpo se irían paralizando hasta solo poder mover los ojos. Y la enfermedad progresaba en su caso con rapidez y voracidad, la decadencia de su cuerpo era perceptible de semana en semana.

–Basta que os deis las manos y os miréis a los ojos –contesté. Asier se acercó entonces y acarició su mejilla.

–En el ofertorio el Agur Maria –añadió, y seguidamente continuó enumerando arias que me entraban por un oído y me salían por el otro, mientras contemplaba el brillo lleno de vida, y sí, también de esperanza, en los ojos de Josune. Por fin llegamos a la última pieza.

–*La Vida... es... Bella...* de... Piovani –señaló Josune.

Fue poco después de que la pareja abandonara la sacristía, mientras meditaba con cierto desprecio de mí mismo sobre la fuerza de aquella joven, cuando recibí una llamada del subcomisario Barrutia que me trasladó de golpe a problemas más prosaicos e inmediatos.

El subcomisario respiró con fuerza un par de veces antes de comenzar a hablar.

–Me cago en la leche, Azurmendi, me cago en la leche –me espetó, una vez que se decidió–. Espero que el Negro no haya tenido nada que ver, si no usted y yo tenemos un problema. Un problema muy gordo.

Supe de inmediato que solo podía referirse a una cosa y sentí una aguda punzada de culpabilidad.

–¿Pero qué es lo que ha pasado, Barrutia? –pregunté, temiéndome lo peor aún sin saber exactamente en qué podía consistir. Mi voz debía sin duda delatar mi nerviosismo, aunque no dejé de intentar hacerme el tonto–. ¿De qué me habla?

Barrutia respiró de nuevo un par de veces.

–Me cago en la leche –repitió–. Ha pasado que el Scirocco azul eléctrico ha ardido esta madrugada, en un incendio provocado...

Un tenso silencio siguió a aquellas palabras. La imagen del Negro con un

bidón de gasolina y una caja de cerillas vino a mi mente.

–¿Estáis seguros de que ha sido provocado? –intenté, de forma instintiva, marear la perdiz.

–Esa no es la cuestión –contestó inusualmente raudo el subcomisario.

Ante mi silencio culposo, Barrutia aclaró cuál era la cuestión.

–La cuestión es si usted le dijo al Negro que había localizado el Scirocco.

Me vi obligado a “cantar la gallina”, muerto de vergüenza y preocupación.

–Me temo... sí, creo que es posible que lo mencionara... de pasada.

Esta vez el subcomisario sonó realmente cabreado.

–Me cago en... todo, Azurmendi, me cago en todo –soltó con violencia–. ¿Cómo puede cometer semejante imprudencia... gilipollez?

Yo me quedé mudo, como un niño pillado in fraganti robando del cepillo, sin nada que alegar.

–Lo siento, Barrutia –acerté a disculparme–, se me escapó.

Transcurrieron unos segundos más en silencio y el subcomisario pareció calmarse un poco.

–Mire –dijo–, lo primero es que usted le saque al Negro si ha sido él, después ya veremos. –Tras un breve titubeo continuó–. Pero que sepa usted que le he dado información que no debía y que me puedo meter en un lío.

Tras lo cual colgó sin añadir más.

Llamé al Negro y nos citamos aquella misma tarde. Adelanté que tenía un asunto importante que comentarle, pero intenté no sonar preocupado o amenazante, temeroso de que se cerrara en banda. Muy al contrario, apareció en la sacristía con una sonrisa complacida, incluso eufórica, acompañada de un brillo orgulloso en la mirada. La demacración de su rostro había dado paso a una jovialidad que, aun siendo todavía algo cadavérica, era sin duda exultante. Supe de inmediato que había sido él.

–¿Has quemado el coche, verdad, hijo? –pregunté de sopetón.

Él se agitó en la silla, con una alegría nerviosa. Intentó adoptar un ademán serio pero la risa se le escapaba.

–Digamos que lo he visto arder –dijo.

Lo miré algo perplejo, a la vez que lamentaba para mis adentros haber contactado con Barrutia. Pensándolo bien, ese era el único problema de todo el asunto, su involucración. La realidad era que yo no lograba encontrar demasiado reprobable aquel acto de venganza del Negro, es más, en el fondo, mi rabioso concepto de la justicia lo encontraba reconfortante. Recordé sin embargo mis funciones –era un automatismo al que tenía que recurrir con

frecuencia— y me puse serio.

—Nada se gana con la venganza —acerté a decir, con voz que pretendía ser grave y admonitoria.

El Negro soltó entonces una carcajada contagiosa. Después adoptó un ademán mordiente.

—Ese cabrón ha tenido lo que se merecía, Padre, y yo me he quedado de pelotas —me largó, con una vehemencia y una grosería que me resultaron violentas, impropias de una sacristía.

De inmediato moderó la acritud de su rostro y alzó levemente su mano pidiendo disculpas. Decidí que más valía dejar el asunto de la venganza, que no iba a convencernos a ninguno de los dos. Pasé a centrarme en las implicaciones prácticas del caso.

—Tenemos un problema —comencé a explicar—. ¿Recuerdas al subcomisario Barrutia? —Asintió con la cabeza—. Pues fue él quien me informó sobre tu amigo el del Scirocco, el psicópata peligroso. Y ahora sospecha con fundamento que tú has quemado el coche.

El Negro sopesó aquello unos instantes. Se puso algo más serio pero no pareció excesivamente preocupado.

—No tiene ninguna prueba —señaló—, he sido muy cuidadoso, estoy seguro de que nadie me ha visto. Salvo el burro —añadió con una sonrisa.

Yo imaginé la sucesión de escenas: el Negro con las cerillas, el Scirocco en llamas, el pasmo del burro cotilla, y la cara del psicópata al descubrirlo — le había asignado de forma arbitraria la fisonomía de Txapela, un carnicero un poco bruto del pueblo—. A pesar de mi preocupación con el asunto, me subió un buen humor repentino.

—Cuéntame cómo ha sido —le pedí entonces.

Me explicó que la misma tarde de Nochevieja, seguido de nuestra conversación, se había acercado a la calle Haizeder. Tras localizarla en un callejero se había dirigido a Sopelana en Metro y había caminado hasta allí. El Scirocco no estaba en la calle, pero lo había esperado toda la noche. Necesitaba ver de nuevo la cara del tipo que había querido matarle sin razón aparente alguna. A las nueve de la mañana, ya de día, lo había visto aparecer. Escondido entre los coches observó cómo se bajaba del Scirocco y se metía en un portal. Su semblante era tal como lo recordaba: transmitía una determinación salvaje, peligrosa, irracional, aunque algo desdibujada por un cierto atolondramiento, debido seguramente a la noche de juerga. Poco después vio que la luz de una ventana del segundo se encendía, para apagarse

al de un rato. Se acercó entonces al Scirocco con sigilo y lo rayó con una llave todo lo que pudo.

Suspiré con resignación. Aun simpatizando con aquella particular aplicación de la ley del talión me incomodaba el detalle algo morboso con el que el Negro se recreaba en su relato. Resuelto a acabar cuanto antes le hice una seña para que continuara.

A partir de entonces había jugado a un peligroso juego con el conductor suicida. Decidido a resarcirse del brutal ataque, se parapetó tras un seto frondoso que había en un linde del descampado, con la intención de espiar sus movimientos. Los siguientes días pasó allí la mayor parte de la jornada, observando las salidas y entradas del Scirocco. El agresor por su parte se escondía un rato en el portal cada vez que volvía, y se podían percibir también los leves movimientos en la cortina de la ventana del segundo. Ahora los dos estaban buscando su venganza. Y era evidente que, a pesar de que la posibilidad de ser descubierto le aterrorizara, el Negro había disfrutado con la excitación propia de aquel juego.

Los tres primeros días el agresor desapareció de dos a cinco de la tarde. Al comprobar que el cuatro de enero también partía, el Negro volvió a su casa a por el Peugeot y condujo a una gasolinera donde compró dos bidones de gasolina. Se acercó de nuevo hasta su escondite y dejó los bidones allí, resuelto a buscar la ocasión de perpetrar su plan durante la noche. No tuvo que esperar mucho, aquella misma madrugada el Scirocco llegó a la calle Haizeder hacia las tres. El psicópata salió del coche tambaleando. El Negro entendió que debía de estar muy bebido o drogado, y vio su oportunidad. Una vez que la luz del segundo se apagó esperó otra media hora antes de acercarse sigilosamente con su bidón. Temblando de excitación, roció el coche de gasolina y le prendió fuego, para luego salir corriendo de allí como alma que lleva el diablo. Paró ya sin aliento antes de doblar la larga calle, a observar desde la distancia cómo las llamas devoraban aquel maldito coche. No pudo evitar soltar un alarido de alegría.

Al terminar su relato se acomodó sobre el respaldo de la silla. Ya no reía ni exhibía aquella agitación nerviosa, estaba relajado y mostraba más bien una expresión de paz consigo mismo. Medité un rato qué debíamos hacer. Cuando lo hube determinado le hablé tratando de hacer acopio de todo el ascendente que pudiera tener sobre él.

—Escucha —dije—, lo primero es que no vuelvas a acercarte nunca más por allí.

Asintió, con una mueca con la que daba a entender que su venganza le había dejado suficientemente colmado.

–Por otro lado –añadí–, tengo el deber moral de decirle a Barrutia que el coche lo has quemado tú, pero te prometo que haré todo lo posible por convencerle de que no te delate.

El Negro se alzó entonces de la silla con un ademán de nuevo nervioso y dio unos pasos por la sacristía.

–¡Pero cómo no me va a delatar! –exclamó–, ¡es un *ertzai-na*!

–Déjalo de mi cuenta –contesté, intentando aparentar un mayor control de la situación del que sentía–. Él tampoco tiene mucho que ganar aclarando este asunto.

Le expliqué que el subcomisario había cometido una falta grave al darme información concreta sobre el dueño del Scirocco, y que probablemente no querría darle más vueltas al incidente. Al fin y al cabo eran tan solo daños materiales, y la Policía no le tenía ningún cariño a aquel maltratador y asesino en potencia. El joven acabó aceptando a regañadientes.

–Y una cosa más –añadí finalmente con severidad–, deshazte cuanto antes de ese maldito Peugeot.

Esta vez asintió sin protestar.

6



Al día siguiente, tras officiar una misa ajetreada con la parroquia repleta de niños alborozados, acordé comer con Kundera en El Peñón, un bar-restaurante que se asoma a la playa de Atxabiribil y que ofrece una vista inmejorable del arenal y del tramo de costa que se extiende hacia el oeste, con la entrada al puerto de Bilbao en primer término y la costa cántabra más allá: el imponente peñón de Santoña y el cabo de Ajo en la lejanía. Teníamos un precioso y cálido día de viento sur, y los surfistas hacían sus piruetas sobre las olas, que mostraban un tamaño considerable. Habitualmente me quedaba ensimismado contemplando cómo subían y bajaban la ola aquellos intrépidos –la temperatura del agua y la fuerza del mar de invierno requerían una buena dosis de coraje o de inconsciencia–, pero aquel mediodía me encontraba demasiado inquieto para entrar en tal estado de relajación: temía que la conversación con Barrutia no iba a ser fácil, y no cesaba de darle vueltas. Por quitármelo de la cabeza, según degustábamos unas cañas y unos platos combinados, interpele a Kundera con un pronunciamiento provocativo.

–Sin duda, Jesús debía ser un hombre casado –manifesté sin previo aviso.

–¿Y eso? –Kundera dejó de trajinar con sus cubiertos por un momento.

–Con esa edad un hombre judío tenía que estar casado –contesté–. Y más un hombre respetable.

Mi amigo reflexionó unos segundos. Para no ser un hombre religioso le fascinaba todo aquello que concernía a la religión, en especial si se alejaba de la ortodoxia.

–Pero en su vida pública nunca apareció con una mujer, ¿no es así?

–Sí, así es. Es posible que se quedara viudo, o tal vez los evangelistas ocultaran a su mujer.

Kundera puso cara de no estar muy convencido. Después pasó a adoptar su ademán habitual cuando pretendía entrar a degüello en algún asunto.

–Siempre me he preguntado de dónde os viene la obsesión con el tema sexual –me soltó.

Suspiré antes de contestar.

–Un exceso de ascetismo de los primeros tiempos, posiblemente motivado por las condiciones de clandestinidad y por la obsesión con el adulterio del propio Jesús primero y de San Pablo más tarde. Un asunto secundario que terminó por irse de las manos...

Kundera vio su oportunidad de hacer sangre.

–Hasta el punto de ningunear a la mujer, condenar al homosexual, perseguir salvajemente los procesos naturales del onanismo y la relación sexual...

–Así es, así es –contesté poniéndome a la defensiva, incómodo por tener que responder a acusaciones que sentía ajenas. Pero en fin, yo me lo había buscado–. La exaltación enloquecida de la pureza ha tenido unas consecuencias abominables, y las sigue teniendo aun hoy en día –admití.

Mi amigo pareció contentarse con mi contricción.

–Sí, tal vez Jesús tuviera mujer después de todo y tus ascetas la ocultaran de la historia –dijo con una media sonrisa después de unos instantes en silencio.

–Eso es lo que yo me decía... –convine.

No dejé de advertir entonces el breve guiño de complicidad en la mirada de Kundera, que inicialmente agradecí como apoyo a mis tesis, pero que enseguida reinterpreté como algo más ambiguo y confidencial. Me sobresalté por un instante, para tranquilizarme al observar que Kundera volvía con aparente naturalidad al lomo con pimientos. Deseoso de borrar cualquier señal de agitación que hubiera podido traslucir, pasé a quejarme del exceso de celo con el que los padres de hoy en día miman a sus hijos, un tema que nos apasionaba a los dos y venía muy a cuento en aquella fecha –día de los Reyes Magos–. Dedicamos el resto de la comida y la sobremesa a denigrar la nueva forma de esclavitud paterno-filial. La escueta luz de primeros de enero comenzaba ya a decaer cuando abandonamos por fin El Peñón y nos dirigimos a tomar el coñac en el Sunset, uno de los tres o cuatro bares que se agolpan en un mirador sobre la playa de Atxabiribil. La zona era frecuentada sobre todo por jóvenes del pueblo y de los alrededores que buscaban beberse una cerveza y fumarse “un canuto” con vistas al mar, pero esto no importunaba nuestro hábito ya de muchos años de tomarnos allí el coñac. Yo vivía a poco más de quinientos metros, e incluso solía pasarme de vez en cuando por el Sunset a

desayunar. Teníamos un trato cordial con el par de camareros habituales, un rastafari algo atolondrado y una chavala simpática, y solíamos elegir siempre la misma mesa en una esquina del interior. En definitiva, allí estábamos como en casa.

Nos sentamos y observamos el ambiente, mientras dábamos breves sorbos a nuestras copas. La mayor parte de los jóvenes estaban instalados fuera, en la terraza del local, aprovechando los últimos rayos, mientras que un grupito, que no recordaba haberme topado antes y que llamó mi atención por desentonar del resto de la clientela, jugaba al billar situado enfrente de nuestra mesa. Desde siempre me había entretenido en analizar –se podía además considerar parte de mis funciones– las corrientes dominantes entre los jóvenes, interesándome en establecer categorías generales, excepciones habituales y rarezas inclasificables. En general, la juventud de Sopelana se dividía en dos grandes grupos: los *surferos* y los *borrokas*. Los primeros, que lógicamente eran mayoría en la zona de la playa, vivían embebidos por la sensación inefable que produce el cabalgar las olas, y todo lo demás les traía sin cuidado. Era el suyo un ideal de vida sencillo y romántico: sentirse uno con la naturaleza y adaptar los ritmos vitales a la fuerza del mar de fondo, el viento y las mareas. Tenían una estética playera muy definida, adoptada de California, y las formas y hábitos de ese tipo de juventud alegre y despreocupada que centra sus intereses en la gallardía, el sexo y el deporte. Aunque no era estrictamente imprescindible hacer surf para formar parte del grupo –podía bastar con mimetizarse–, sin duda los miembros más populares eran hábiles surfistas.

En cuanto a los *borrokas*, el suyo era un tipo de romanticismo más tremendo, dirigido nada menos que a la liberación de su país del supuesto enemigo que lo oprimía. A estas alturas de la historia algunos comenzaban a replantearse la urgencia de aquel asunto, pero las bases sobre las que se sustentaba su lucha seguían teniendo gran actualidad: rebeldía contra el sistema, ecologismo, anticonsumismo, raíces ancestrales, rock radical vasco... en cualquier caso, los miembros de este segundo grupo aparecían poco por la zona de la playa, solían encontrarse más bien en algunos bares del centro del pueblo, que está apartado unos dos kilómetros del mar.

Aquella tarde, como digo, me interesaron especialmente los que jugaban al billar, que conformaban un grupo diferente, que no tenía encaje claro ni entre los *surferos* ni entre los *borrokas*. Kundera y yo habíamos caído en uno de nuestros frecuentes y largos silencios, por lo que pude dedicarme con calma a

su estudio. Se trataba de cuatro jóvenes de alrededor de veinticinco años, tres hombres y una mujer. Mostraban indicios evidentes de estar algo “colocados”, y en consecuencia el juego resultaba bastante caótico y desordenado. Solo uno de los hombres atinaba con el taco, mientras que tanto los otros dos como la mujer golpeaban las bolas con poca precisión y reían sus fallos: se veía que estaban de fiesta, el juego era más que nada una excusa para hacer el ganso. Pero lo que en realidad llamó mi atención fue la dinámica que se había montado alrededor de la chica. Ella era una belleza exótica, una chica muy morena de ojos verdes con una figura espléndida; por su acento y sus suaves y melosas maneras se trataba sin duda de una latinoamericana –tal vez colombiana o venezolana–. Me parecía, el Señor me perdone, una auténtica pájara: tenía a los tres chicos abobados, encadenados a su embrujo. Los manejaba a su antojo con continuas aproximaciones y requiebros, sonrisas deliciosas y breves rozamientos. Cada pocos minutos uno de los chicos, el que tenía pinta más seria y jugaba decentemente al billar, con una camisa de leñador por encima de los vaqueros, se le aproximaba y la abrazaba. Actuaban entonces por unos breves instantes como pareja, pero enseguida ella volvía a hacer la ronda. Observé que también Kundera estaba siguiendo el cuadro, con una mueca bastante explícita de antipatía. Su enorme rostro había enrojecido, acalorado por la escena y el coñac. Claramente compartía mi disgusto: a esto en el Seminario Mayor –en raras e infrecuentes conversaciones confidenciales a altas horas de la madrugada– lo llamábamos ser una “calientapollas”, y era considerada una de las más insidiosas perversiones. En fin, no estábamos en el Seminario, pero el muchacho de la camisa de leñador daba bastante lástima; parecía además un buen chico, algo bajito pero robusto, con el pelo rubio y corto, rasgos delicados y una sonrisa muy franca. Se veía que los otros dos eran mala gente, al menos no ponían el mínimo reparo al juegucito de la bella Patricia, que así escuché que se llamaba. El más alto tenía una mirada especialmente aviesa, con el pelo lacio y pegado al cráneo, ligeramente engominado –o tal vez solamente muy sucio y grasiento–, y una nariz aguileña y desagradable. De tez era muy pálido y de físico delgado y desgarrado, pero aquella pinta enfermiza contrastaba con la viveza de sus movimientos, que transmitían un nerviosismo peligroso. El otro respondía algo más a la imagen surfera circundante, con el pelo rizado de un rubio tostado y una camiseta andrajosa de Rip Curl. Era robusto y musculado, con uno de esos cuellos cortos y gruesos que dan un poco pinta de bestia, y su mirada resaltaba por apagada y pasmada, aunque podía ser también que estuviese más fumado que

los demás.

Pasado un rato, aburrido de aquellas maniobras, me decidí por fin a hacer el acopio de fuerzas que necesitaba para llamar a Barrutia. Le dije a Kundera que volvía en un minuto y salí al exterior del local. Empezaba a hacer frío, pero el bullicio de la terraza no había comenzado todavía a decaer. Me alejé con paso ligero hasta la entrada de un aparcamiento cercano que daba servicio a aquel extremo de la playa y marqué el número. El subcomisario me cogió al momento; imaginé que debía estar esperando con inquietud el resultado de mis gestiones con el Negro. Opté por soltarle de la misma la noticia, que sí, que había sido él. Barrutia volvió a cagarse en todo unas cuantas veces. Entonces intenté razonar que sin el Scirocco nuestras carreteras iban a estar más seguras, y que por añadidura tal vez el tal Fidel aprendiera la lección. Él no dijo nada. Yo pasé a asegurarle que el Negro no se iba a acercar nunca más a su agresor y que podíamos por tanto dar el incidente por finiquitado; no estaba bien lo que había hecho, pero afortunadamente se trataba tan solo de daños materiales. Y así seguí un buen rato, sin que el silencio del subcomisario me dejara entrever si se estaba dejando convencer o no. Como colofón le indiqué, no sin cierta aprensión, que me había comprometido con el Negro a hacer todo lo posible por que no fuera denunciado, que yo la verdad pensaba que no era necesario, que a ver cómo lo veía él. Tras unos segundos más de tenso silencio, Barrutia se resignó por fin a soltar un lacónico “ya veremos, ya veremos”, que, aun no siendo definitivo, no me sonó nada mal.

Después de despedirnos y colgar me encaminé hacia el Sunset, aliviado por haberme quitado aquello de encima y esperanzado con el resultado. Antes de volver a entrar, a unos pasos de la terraza, volví la vista hacia la playa, donde las olas rompían con estruendo a unos cien metros de la orilla. Algunos valientes seguían caracoleando con arrojo, a pesar de que la luz había dado paso ya a una difusa penumbra. Al girarme de nuevo hacia el local, observé que el grupito del billar había salido fuera mientras yo realizaba la llamada y se encontraba ahora en un extremo de la terraza. Escuchaban lo que les relataba con ademán agresivo y gesticulante otro joven, que debía tratarse de un amigo recién llegado. Me di cuenta entonces de que casi toda la terraza estaba pendiente de sus imprecaciones. Lanzaba juramentos y movía sus puños como si estuviera machacando a un ser invisible. Me fijé en su semblante: una mirada violenta, alocada, viciosa. La sospecha me golpeó con fuerza repentina y avanzando unos metros agucé el oído. No tardé en captar palabras sueltas que confirmaron aquella intuición: “hijo de puta... mi Scirocco... si lo cojo lo

mato”.

Continué mis pasos como el que no quiere la cosa y entré en el Sunset, donde Kundera seguía con sus pensamientos. Apuré lo que quedaba del coñac de un largo trago. El tal Fidel podía darle escalofríos al más pintado, y yo no me consideraba precisamente un tipo valiente. Me dediqué a observar al grupito con disimulo desde dentro del local, hasta que partieron juntos hacia el aparcamiento, con pinta de ir a quemar el pueblo. Salí entonces de nuevo, esta vez a llamar al Negro, al que exigí acaloradamente que no se le ocurriera coger nunca más el Peugeot, ni acercarse por Sopelana; ahora que había conocido de primera mano a aquel criminal, estaba convencido de que si encontraba a mi amigo este era hombre muerto. El Negro pareció aceptar mis advertencias.

Volví al Sunset y al cabo de un rato me despedí de Kundera. Fui directamente a casa a por mi vieja Vespa; había decidido adelantar mi visita al caserío de Ane, deseoso de borrar cuanto antes el mal cuerpo que aquel encuentro me había dejado.



La propia encíclica *Sacerdotalis Caelibatus*, principal enseñanza del Magisterio Pontificio sobre el celibato sacerdotal, nos recuerda que la virginidad “no es exigida por la naturaleza misma del sacerdocio, como aparece por la práctica de la Iglesia primitiva y por la tradición de las Iglesias Orientales”. Ciertamente es que no tarda en establecer su conveniencia, basada en que “el propio Cristo permaneció toda la vida en el estado de virginidad”, lo que permitió su dedicación total al servicio de Dios y de los hombres. Conveniencia versus exigencia: esta era la capital distinción que rumiaba en la cabeza mientras conducía mi Vespa por la carretera de Gatzarrine, postergado ya a un segundo plano mi encuentro con aquel psicópata. Si el debate lo situábamos en el ámbito de la conveniencia había que hablar, me parecía a mí, de ventajas e inconvenientes. No niego yo que el celibato pueda otorgar cierta mística al sacerdote, además de ahorrarle un montón de problemas de naturaleza mundana. Pero por otro lado, un sacerdote casado podría dar un testimonio más completo de la vida cristiana, incluido el campo de la familia; y sobre todo, yo estaba convencido de que el celibato coloca al cura en una situación física y psicológica antinatural, dañina para su equilibrio mental. No podía ser parte del plan de Jesús que sus sacerdotes se vieran privados del calor humano, abocados a una soledad que era fuente de desaliento y grandes amarguras. Bastaba recordar que Él no puso esta condición en la elección de los doce. Reconfortado por este pensamiento, me recreé en aquella y en otras consideraciones similares según conducía la moto por las suaves rampas que me acercaban a mi destino. Al doblar en la estrecha senda que llevaba al caserío de Ane, delimitada a ambos lados por una densa muralla de arbustos, había logrado ya atemperar aquel brote de ansiedad culpable que me había atribulado y que no dejaba de hacer aparición cada vez que subía por aquella carretera. Pasé entonces a verme dominado por una nueva agitación, que

tampoco faltaba nunca a su cita: el nerviosismo infantil que la expectativa de nuestro inminente encuentro me producía.

Llevábamos seis meses viéndonos. Hacía poco más de un año que ella había comprado aquel viejo caserío y había abierto una herboristería. Era la primera vez, la primera mujer de mi vida. Aparqué la Vespa al lado del murete y acaricié a Loi, que se había acercado como de costumbre a saludar con alegres ladridos. Un pastor vasco inteligente y bienhumorado como su dueña. ¿Cómo había llegado yo a aquella situación? Pensaba en ello mientras me entretenía en aquel rincón antes de entrar: encontraba un gozo indescriptible en alargar un poco más la anticipación del reencuentro con, me sobresaltaba pensarlo, “mi amada”. El murete –de piedra antigua recubierta de hiedra– y un roble robusto de copa muy amplia cuyas ramas ofrecían un techo a aquella especie de vestíbulo de entrada –apenas treinta o cuarenta metros cuadrados–, daban a aquel recodo un especial encanto. Ane había colocado allí una mesita de mármol y un banco de hierro donde yo había esperado alguna vez el pasado verano, mientras ella atendía a los clientes. Decidí sentarme en aquel lugar un momento, a pesar de que era una zona umbría y que a aquella hora hacía ya frío; pensaba con deleite y terror en el vuelco vertiginoso que ella había traído a mi vida, llenándola de pasiones extremadas que hasta entonces me eran totalmente desconocidas: tanto angustias desgarradoras como gozos inimaginables.

Nos habíamos conocido de una manera bastante ridícula a comienzos del verano anterior, dando un paseo por La Salvaje. Era un día nublado y lunes, el día de la semana que yo me tomaba un cierto asueto y aprovechaba para bajar a la playa si no brillaba demasiado el sol y la playa no estaba por tanto abarrotada. Había hecho un alto en mi paseo por la orilla y observaba a un individuo de mediana edad, que leía el periódico encima de la toalla recostado sobre su brazo derecho, bajo una sombrilla y con un aparato de radio a sus pies. Unos suaves acordes de música clásica llegaban hasta donde yo me encontraba. Me había llamado la atención la elegancia de la pose y las maneras de aquel señor anónimo, según pasaba las hojas del periódico, a pesar de que solo llevaba sus gafas encima; como buena parte de los asiduos a La Salvaje, practicaba el nudismo. Sin darme cuenta, me quedé observándole un rato seguramente bastante más largo de lo recomendable, sorprendido como estaba de que se pudiera ser tan elegante en pelota picada. A Loi, que también paseaba por allí, se le había ocurrido acercarse en aquel momento a olisquear mis piernas, seguido muy de cerca por Ane. Al llegar hasta donde yo estaba,

ella había fijado su mirada en el punto al que se dirigía la mía, y pasados unos segundos me había interpelado con una sonrisa divertida, sobresaltándome: “¿usted es el cura de Berango, no?”.

Es muy difícil para un sacerdote aclarar que no se es gay –desde luego no hay nada malo en serlo, sencillamente yo no lo soy–, y que de hecho a uno le gustan mucho las mujeres. Hoy en día una gran cantidad de gente tiende a pensar que un cura, salvo que sea ya anciano, o es un raro o es homosexual. Y sin embargo a la mayoría –al igual que ocurre con el resto de la población masculina– nos gustan las mujeres, y supone un enorme sacrificio personal el renunciar a ellas. En el Seminario Mayor nos hablaban constantemente de “la sublimación de ese amor legítimo en la figura de Cristo”, y de la “vida virginal como imagen de la felicidad que nos espera en el mundo futuro”, pero al menos en mi caso el truco no funcionó, y el celibato no dejó nunca de suponer una feroz y continua batalla contra los instintos propios de mi ser, además de ser fuente de una cruda soledad que el servicio a mis feligreses no alcanzaba a doblegar. Y una desventura añadida era el tener que soportar que todos sospecharan de tu hombría. Fue precisamente un impulso de rebelión hacia esta sospecha el que motivó que, en lugar de esconder la cabeza, como había hecho en tantas ocasiones, me empeñara en hacerle ver a Ane que aquello era un malentendido. Y no se me ocurrió otra forma que decirle la verdad: que efectivamente yo era el cura de Berango, y que estaba asombrado de la elegancia con la que se podía leer el periódico en cueros. Aquello le hizo gracia, la suficiente como para que continuáramos el paseo juntos. Después nos animamos a tomar un café y una manzanilla en La Triangu, un “surf bar” cercano. Y al despedirnos quedamos en vernos el siguiente lunes –resultó ser el día en que ella cerraba la herboristería y bajaba también a la playa–. Al término de nuestro segundo paseo me invitó a conocer el caserío y sus plantaciones de hierbas. Comenzamos así una amistad que fue desenvolviéndose con una maravillosa naturalidad, sin las cortapisas y sobrentendidos que por lo general cercenan la relación entre un sacerdote y una mujer. La atracción mutua que los dos sentimos desde el primer día –que más tarde, al besarnos por primera vez, nos confesamos– no tardó en complementarse por el afecto, y este se cristalizó en amor carnal una noche calurosa de finales de julio.

Seguramente sorprenderá la aparente facilidad con la que me zambullí en una relación tan contraria a los preceptos que regían mi vida. No faltará quien no lo entienda, o dude de que fuera la primera vez, o incluso me considere un

pervertido. Ni por supuesto faltará quien se sienta traicionado. Serán pocos los que comprendan y acepten que los sacerdotes, como cualquier otro hombre o mujer, nos enamoramos. Ese es un derecho al que renunciamos al ordenarnos, y lo hacemos en nombre de la causa más grande que pueda haber – Dios–; y esa renuncia nos da un ascendente, constituye un raro ejemplo de vida sobre el que se asienta nuestro ministerio. “Quién jamás podrá dudar de la plenitud moral y espiritual de una vida de tal manera consagrada”, nos dice la propia *Sacerdotalis Caelibatus*. Y por ello repugna especialmente a la moral colectiva que un cura, habiendo disfrutado de las prerrogativas de dicho ascendente, se haga indigno de tales privilegios entregándose a relaciones carnales, como cualquier otro hombre que no haya pretendido jamás ser mejor que los demás. A los más comprensivos les quedará alegar que no es posible controlar el nacimiento de los sentimientos y las pasiones humanas. Pero la mayoría biempensante sentenciará que sí que es posible: se puede evitar la tentación y se puede arrancar de raíz el pensamiento apenas nace. Y en última instancia, se puede ocultar el sentir, enterrarlo en lo más profundo de uno mismo y encadenarlo con la razón.

Y yo lo acepto, entiendo que se puede asumir tal amargura y aprender a vivir con ella. Pero a mí me faltó la convicción para hacerlo. La disciplina y la costumbre me habían mantenido hasta entonces alejado de tales relaciones, y quizás no por falta de oportunidad, ya que, como el resto de los Azurmendi, era de buena planta y facciones agraciadas, y de joven –e incluso más recientemente, a pesar de haber superado ya los cincuenta– había creído provocar de vez en cuando cierto impacto en alguna que otra mujer. Pero, a pesar de que no compartía la doctrina del celibato y de que me enervaba profundamente el recelo de la Iglesia respecto a la condición humana de la carne –y a pesar de que, como ya he dicho, me gustaban mucho las mujeres–, había mantenido hasta conocer a Ane una distancia ambigua y culposa pero en cualquier caso estricta y disciplinada con el otro sexo. Sin embargo, al conocerla, al ser tratado por ella como hombre y no como cura, cayeron aquellas barreras artificiales y no conseguí encontrarle ya justificación ni sentido alguno a aquella mutilación de mi ser. Ante todo, me embargó una profunda convicción de que la naturaleza de aquella relación era recta y honesta, era, en realidad, lo más sagrado que puede haber entre un hombre y una mujer. Y no lograba concebir ninguna idea de lo divino que pudiera estar en desacuerdo con nuestro amor.

Porque era y es amor, de una pureza y de una intensidad que yo nunca antes

había ni sentido ni imaginado; amaba cada gesto, cada sonrisa y cada palabra que salía de su boca, y el corazón me daba un vuelco y el pánico me atenazaba al pensar en la posibilidad de volver a una vida sin Ane. Y sin embargo, los remordimientos me perseguían a todas horas. El sentimiento de culpa ha sido inoculado hasta el último resquicio de mi ser, y no es rebatible ni mediante argumentos ni con filosofías. Por mucho que desaprobara el celibato y estuviera convencido de la bondad de nuestro amor, no podía quitarme de encima el sentimiento de haber fallado y de haber traicionado, y de merecerme la inclemente censura de todos mis congéneres. Así, a mi angustia por no ser capaz de creer en Dios había unido la de vivir en pecado carnal: era un auténtico dechado de sacerdote.

Más de uno se preguntará, ahora que mis secretos quedan al descubierto, por qué no actuaba con un mínimo de valentía y coherencia y abandonaba el sacerdocio. También yo me lo preguntaba constantemente; es más, todas las semanas había algún día en que me decidía a hacerlo, aunque después no fuera capaz de llevarlo a cabo. No era, a pesar de la angustia que el sentimiento de culpa me procuraba, por temor a ser acusado de apóstata y traidor; sé que lo soy y lo acepto, no es algo que humille a mi razón, estoy convencido de mis ideas y las defendería ante cualquier tribunal, humano o divino. Me causa dolor el haber defraudado la confianza depositada en mí, pero no así los motivos por los que la he defraudado. Mi temor era otro, a la vez más sencillo y más profundo: amaba mi trabajo y no quería abandonarlo. Amaba mi misión y amaba los principios que Jesús, el hombre, trajo a este mundo. Y cada vez que me determinaba a dejar el sacerdocio, me oprimía el vértigo al preguntarme qué sería de mi vida si en la prisión de Basauri y en la parroquia de Berango no hubiera un puñado de almas que me esperaban, si no tuviera unos cuantos hombres y mujeres a las que poder dar un poco de aliento, a las que ayudar a enfrentarse con la dureza del mundo. No creo pecar de vanidad al pensar que esas personas me necesitaban, y desde luego, yo las necesitaba a ellas.



Abrumado por la difícil encrucijada en la que me encontraba comenzaba a angustiarme de nuevo cuando me asaltó un súbito escalofrío, que hizo que reparara en que allí fuera iba a acabar cogiéndome un resfriado. Hice entonces un alto en aquellas lúgubres reflexiones y me decidí a dejarlas para otro momento. Todo aquello me hacía ponerme demasiado serio y circunspecto, y no quería presentarme ante Ane de esa manera. Volví de inmediato a encenderme con el anhelo del encuentro, y con el ánimo recuperado me levanté para dirigirme a la parte trasera del caserío, donde se encontraba la puerta de entrada que utilizábamos normalmente.

Ane era una mujer alta y corpulenta, con un físico muy rotundo que cuadraba poco con su personalidad sensible y espiritual. No quiero decir con esto que no fuese atractiva, que lo era y mucho, pero ciertamente no se ajustaba al canon de belleza femenina más habitual. Quizás fuese precisamente el contraste de sus facciones enérgicas, incluso duras, con su carácter, siempre predispuesto a la ternura y a la delicadeza, lo que más inmediatamente me atrajo cuando la conocí. Cada vez que la veía, no dejaba de sorprenderme el brillo intenso de sus ojos sobre un rictus serio, me parecía incluso que estuviera enojada por algún motivo, pero al siguiente instante me regalaba una de aquellas sonrisas que iluminaban mi corazón. Cuando llegué a la parte trasera del caserío la encontré afanada en el pequeño invernadero que había montado con sus propias manos, donde cultivaba algunas de sus más preciadas plantas medicinales. Al verme hizo una señal para que me acercara.

—¿Cómo estás, Azur? —así era como me llamaba.

Le contesté con un movimiento de hombros que venía a decir que ni bien ni mal.

—¿Y qué santos tenemos hoy? —preguntó. Le parecía muy chistosa mi costumbre de nombrar a los santos y santas de cada día, una práctica que yo

había adoptado desde el Seminario, no como muestra de fervor religioso, sino simplemente como un pequeño juego de memoria que impresionaba a mis compañeros. Con el tiempo se había convertido en un hábito, de una naturaleza posiblemente algo ambigua.

–Hoy es un día grande, Ane, como sabrás se celebra la primera manifestación de Jesús ante los Magos de Oriente, en Belén...

Ella repitió el mismo gesto que yo había hecho con los hombros, que venía a decir en su caso que vale, que lo que yo dijera. Ane era totalmente ajena a cualquier precepto o rito religioso, siempre decía que no tenía sentido empaquetar de manera tan burda el sentimiento de lo divino.

–¿Y los santos? –insistió.

–San Andrés Corsini, San Carlos de Seze, San Félix Obispo de Nantes, San Juan de Ribera, San Pedro Tomás, Santa Rafaela María del Sagrado Corazón...

–Vale, vale, me basta... –rio ella–. Ayúdame a terminar de recolectar la salvia y hacemos algo de cena.

Mientras ella preparaba una ensalada –en los últimos meses me había acostumbrado a comer plantas de las que anteriormente no había oído ni siquiera el nombre, pero que a decir de Ane eran extremadamente saludables– y yo cortaba algo de queso, le relaté la historia de las desventuras del Negro con el Scirocco azul eléctrico. Ella siguió las peripecias del pobre diablo como si de una película dramática se tratara, hasta el punto de vitorear cuando el relato llegó al punto en el que el Scirocco ardía pasto de las llamas. Dio por hecho que el subcomisario Barrutia no cometería la enorme injusticia de denunciar al Negro –estaba siempre predispuesta a adivinar las mejores cualidades e intenciones en personas desconocidas para ella–, y se alarmó de mi encuentro con el sanguinario Fidel tal que si hubiera corrido un peligro grave y cierto.

–Date cuenta de que él no me conoce de nada –le recordé–, no hay manera de que sepa de mi relación con el Negro.

–¿Y a tu amigo? –preguntó– ¿Crees que ese Fidel podría reconocerlo si lo ve?

–Lo mismo le pregunté yo, y me contestó que al menos él no iba a poder olvidar en la vida el semblante de su agresor, con lo que supone que el otro también se habrá quedado con su cara.

Los dos nos miramos con un gesto de preocupación.

–No sería nada extraño que se encontraran algún día –dijo ella–. Vivimos

en un sitio relativamente pequeño, esto no es Nueva York. Y más si el otro se dedica a buscarle.

–Así es –convine–, va a tener que vivir a partir de ahora bajo la sombra de esa amenaza. Ya le he convencido de que se deshaga del Peugeot y de que por ahora no se acerque por Sopelana.

–¿Y tú no habías visto nunca a Fidel y a sus... secuaces? –preguntó entonces.

–Nunca. Y tienen un aspecto que llama la atención y que es difícil de olvidar. Pero en los últimos años ha venido mucha gente a las nuevas zonas residenciales, gente que hace poca vida en el pueblo. Quizás Fidel y sus compinches se hayan mudado recientemente a Sopelana, o quizás no todos vivan aquí.

Ane asintió moviendo despacio la cabeza. Más tarde, mientras cenábamos, pasé a comentar el juego de la bella Patricia con los amigos de Fidel, tildándolo de indecente. Ane me miró con un rictus escéptico, quizás porque no se fiaba de mis remilgos de cura, o tal vez porque pensaba que la culpa era más bien de los tipos que acompañaban a la chica. No se la podía encuadrar entre las feministas, pero desde luego tenía muy desarrollada la sensibilidad frente a cualquier género de observación machista. Al de un rato dejamos aquel tema para hablar de nuestras cosas, la herboristería y algún asunto banal de la parroquia, y poco después nos fuimos a acostar. Aquella noche me quedé a dormir con Ane, ese fue mi regalo de reyes.

Al día siguiente se casaban Asier y Josune. Tras desayunar con Ane –que no dejó de preguntarme con una sonrisa pícaro qué santos teníamos aquel siete de enero–, abandoné el caserío hacia las diez y me dirigí directamente a la parroquia, para asegurarme de que todo estaba en su sitio de cara a la celebración: las flores, mis ropajes para las misas importantes, los programas... Estaba terminando mi ronda de inspección cuando recibí la llamada de Barrutia. Imaginé que querría referirme su decisión respecto al Negro. Pero el motivo de la llamada del subcomisario era otro, y lo que tenía que contarme iba a convertir el incendio del Scirocco en un inocente juego de niños.

–¿Azurmendi, sabe dónde está el Negro? –preguntó. Su tono de voz me dio un vuelco al corazón. Algo muy grave había ocurrido. De inmediato imaginé que Fidel le había encontrado.

–No le he visto desde hace dos días –dije con la voz en un puño–, pero hablé con él ayer por la tarde y estaba bien. ¿Qué ha ocurrido?

–¿Sabe usted por dónde y con quién se mueve? –inquirió, sin contestar a mi pregunta, en un tono profesional que me chocó, y que dejaba bien claro que aquella no era una de nuestras habituales conversaciones entre amigos. Barrutia me estaba interrogando, y pude percibir un velo de recelo en su voz. La posibilidad de que yo pudiera ocultarle información parecía rondar la mente del subcomisario. Adopté a mi vez un tono sobrio, dispuesto a contarle lo poco que sabía; comenzaba a sospechar que aquello era algo distinto a lo que me había imaginado.

–Sé que de vez en cuando visita a su madre –dije–, en Bilbao La Vieja. Y tiene un hermano en la cárcel de Alcalá Meco. Aparte de esto no me ha hablado nunca ni de allegados ni de amistades. También sé que vive en Cruces en un piso que le prestan. ¿Habéis mirado allí?

Barrutia se lo pensó unos instantes antes de contestar.

–Una patrulla está ya en Cruces –dijo al fin–. Azurmendi, ¿seguro que no se le ocurre ninguna otra información sobre su paradero? –insistió, pero el tono de su voz era ahora algo más amable.

–No se me ocurre nada –contesté tras rebuscar en mi memoria unos segundos–. Le insistí en que no se acercara por Sopelana y en que se deshiciera del Peugeot... ¿Barrutia, qué ha pasado?

Percibí cómo el subcomisario vacilaba al otro lado de la línea. Después bajo el tono de su voz.

–Han encontrado a Fidel Otxoa muerto. Calcinado en su piso... otro incendio provocado.

Me quedé mudo, sin acabar de creer las palabras del subcomisario. Tras pronunciar mecánicamente “Santo Dios” un par de veces, lo primero que me vino a la mente fue preguntar si estaban seguros de que el incendio había sido provocado, pero recordé haber hecho anteriormente esa misma pregunta y me la callé. Rememorar el primer incendio me llevó a comprender el lío en el que estaba metido el Negro: sin ninguna duda todas las sospechas iban a recaer sobre él. Sin embargo, no podía haber sido él, yo estaba seguro de ello, con un poco de suerte tendría una buena coartada y todo se aclararía. Pensé entonces en la cantidad de enemigos que debía tener el difunto, y consideré que era mi obligación hacia mi amigo recordárselo al subcomisario, aun a riesgo de que entendiera que era una intromisión por mi parte.

–Qué horror... por desgracia tenía que haber mucha gente que le deseara lo peor a Fidel Otxoa –dije.

Barrutia no pareció tomarse mal mi comentario, me respondió con uno de

sus lacónicos “ya veremos, ya veremos”. Entonces carraspeó nervioso, y entendí que había algo más que me tenía que decir.

–Azurmendi, necesito su colaboración en este tema –dijo–. Un favor... personal.

Afirmé entonces que estaba a su disposición, que le llamaría de inmediato si llegaba a saber algo del Negro. Pero rápidamente comprendí que el subcomisario no se refería a eso.

–Padre –dijo, y aquel cambio en la forma de dirigirse a mí me alarmó levemente–, he informado a mis jefes de que el Negro fue el autor del incendio del Scirocco, de que usted me puso al corriente ayer por la noche, y de que esta mañana al llegar a comisaría tenía la intención de compartir esta información... pero, como comprenderá, he tenido que omitir toda mención relativa al incidente de la circunvalación y a nuestras conversaciones al respecto...

Tardé unos instantes en procesar aquello.

–Espero que usted pueda... mantener esta versión de los hechos –dijo entonces Barrutia, interrumpiendo mis pensamientos.

Caí en la cuenta de que la falta que había cometido al referirme la dirección y antecedentes del muerto podía convertirse ahora, habida cuenta de lo sucedido, en una infracción muy grave. No dudé entonces en tranquilizarle: si me preguntaban mantendría que no habíamos hablado del Scirocco hasta la pasada noche. Nos despedimos y después de colgar medité sobre las palabras del subcomisario. Entonces me golpeó una súbita certeza: me di cuenta de que en realidad el verdadero culpable de que el Negro hubiera dado con Fidel y su Scirocco era yo, no Barrutia. Pensé con amargor que había colaborado involuntariamente en lo ocurrido: el incendio del coche y las sospechas de asesinato que ahora recaían sobre el Negro... La pregunta me golpeó de improviso provocándome un escalofrío: ¿era también colaborador involuntario de un sórdido crimen? No, eso no era posible, estaba totalmente convencido de que el Negro no había sido el asesino.



Tan solo al entrar ella en la iglesia pude abandonar las cábalas sobre lo ocurrido y dejar de lado por un rato la inquietud que sentía. Sostenida por el brazo de su padre y la empuñadura de una muleta, Josune avanzó con pasos vacilantes bajo los acordes del *Canon* de Pachelbel. Sus sonrisas a un lado y a otro del pasillo, que a la vez se reían de la torpeza de su cuerpo y se excusaban por ella, semejantes a las de una adolescente que acabara de dar un traspie tonto e irrelevante delante de su chico, me llenaron de ternura y de compasión. Asier la acogió frente al altar como el tesoro que era. Iluminado por el coraje de aquel amor, logré contagiarme del espíritu apropiado y no caer en la repetición mecánica a la que invitaban aquellas palabras tan consabidas.

Con los sonos del *Benedicat Vobis*, después de las lecturas, volví a pensar en el Negro y recordé entonces lo que sabía de su vida, retazos que me había ido contando a lo largo de sus cinco años de cárcel. Su nombre real era Javier Borrallo. Había crecido en el barrio San Francisco de los años duros de la criminalidad y la heroína, cuando la desindustrialización y la crisis económica crearon varios epicentros de marginalidad en Bilbao. Los malos tiempos habían golpeado con especial saña aquel barrio, que pasó de ser una zona de diversión, varietés y putas alegres, a ser centro de operaciones de camellos marginales, inmigrantes desesperados y prostitutas duras y recalcitrantes. El que el Negro siguiera entre nosotros daba fe de su instinto de supervivencia; por lo que me había referido, casi todos sus amigos de adolescencia se contaban entre las víctimas de aquella droga maldita. Como partícipe en misiones sociales organizadas por el obispado, yo mismo había sido testigo de la degradación y el olvido institucional en el que se había sumido toda aquella zona en los años ochenta. Y desde luego la familia del Negro no había servido ni de ejemplo ni de ayuda: su madre debía ser una pobre alcohólica medio

loca, a tenor de las anécdotas tragicómicas que alguna vez me había relatado; de su padre había inferido yo que lo había maltratado con brutalidad desde niño, hasta que desapareció teniendo él trece años; y su hermano mayor cumplía sentencia por atraco a mano armada en la penitenciaría de Alcalá Meco. A pesar de todo, el Negro había asistido al instituto hasta los dieciséis años, pero a partir de ese momento su vida se perdía en un carrusel de malas compañías y delitos menores pero de gravedad creciente que habían acabado por llevarle a Basauri.

Al término del *Benedicat Vobis* me concentré en la lectura del evangelio y en la homilía, que mantuve especialmente breve por parecerme demasiado tópica, indigna del amor de aquellos chicos. Después, en la imposición de los anillos y las arras, disfruté con una sonrisa tonta de la torpeza de Josune y de su inocente ilusión. Creo que todos o al menos muchos de los asistentes – elegantes y pretenciosos, imbuidos de ese sentimiento de importancia que nos aflora en este tipo de ceremonias– se vieron golpeados por aquella maravillosa sencillez, que nos mostraba la banalidad de nuestros actos y pretensiones y la primacía absoluta del amor. Mientras sonaba el Agur Maria rogué a un Dios en el que no creía que detuviera la marcha de aquella horrible enfermedad, o que al menos evitara que esta llegara hasta sus últimas consecuencias. Pedí sin creer pero con ardor, en un gesto irracional; aunque solamente fuera por si acaso.

Durante la firma protocolaria del compromiso matrimonial por parte de los novios y los padrinos –que se alargó con la sesión de fotos habitual–, volví a mis preocupaciones y centré por fin la pregunta que rondaba mi cabeza desde la llamada del subcomisario, y que había ido eludiendo hasta entonces con otras consideraciones. Y esta era si cabía pensar que el Negro hubiera asesinado a Fidel Otxoa. Mi intuición se había negado desde el principio a aceptar esa posibilidad, pero me esforcé por analizar de forma más sistemática las conversaciones que habíamos mantenido a lo largo de los años, así como lo que yo sabía del Negro por otros medios, en busca de pistas que pudieran propiciar o acabar de desmentir tal sospecha. En primer lugar, había que considerar que no era una persona violenta, o al menos hasta entonces no había dado ninguna muestra de serlo. Que yo supiera, en los delitos que había cometido –robos en comercios vacíos y trapicheos de droga– nunca había ejercido la violencia. Su comportamiento en la cárcel de Basauri tampoco invitaba a adivinarle un carácter potencialmente agresivo, sino todo lo contrario: rehuía toda confrontación, y si le caía algún palo de los matones

habituales –algo que por desgracia seguía ocurriendo en nuestras cárceles– su defensa consistía en inspirar lástima y conceder aquello que los agresores buscaran. En cuanto a la pena de siete años que le habían impuesto –reducidos finalmente a cinco–, yo había colegido de lo que me había contado el propio Negro y de conversaciones con los funcionarios de la prisión que la mala suerte y un mal abogado se habían combinado para inflarla considerablemente. Se había tratado de un asunto de drogas en el que al Negro le habían pillado trasladando la mercancía, y en el que había pagado el pato de una operación que superaba ampliamente su estatus de pequeño camello. Incluso después de haber cumplido ya su pena seguía hablándome con desesperación de la gran injusticia que se había cometido sobre él.

Por otro lado, yo había tratado mucho al Negro –llevábamos ya más de seis años de relaciones– y creía poder asegurar que lo conocía bien. Al principio se había mostrado tímido, pero al contrario que la mayor parte de los reclusos que me visitaban de vez en cuando, que lo hacían porque puntuaba para la buena conducta, el Negro había mostrado muy pronto un interés genuino en establecer un diálogo. A lo largo de los años habíamos acabado por hablar de casi todo, y creo que él había empezado a ver en mí, al menos hasta cierto punto, un sustituto de la figura paterna que lo había maltratado y abandonado. Prueba de ello era que desde su salida de prisión, hacía más de un año, seguíamos con nuestros encuentros semanales, ya inequívocamente voluntarios. Lo único que dejábamos fuera de nuestras conversaciones era la religión, más por mi voluntad que por la suya, y sus amistades, de las que nunca daba cuenta –y que yo sospechaba que eran prácticamente inexistentes–. En nuestros encuentros se mostraba inteligente, muy interesado en lo que yo le contaba, y amable y agradable en todo momento. Es cierto que era muy nervioso y que tenía una fuerte tendencia a la autoconmiseración, pero ¿quién no podría entenderlo habida cuenta de la vida que le había tocado en suerte? La verdad es que estaba muy solo y nos hacíamos compañía. En resumidas cuentas, se me hacía impensable que el Negro hubiera podido quemar deliberadamente a una persona. Ciertamente había rayado e incendiado el coche de un psicópata –que a su vez había intentado asesinarle–; pero ese era en mi opinión el límite de su agresividad, y yo lo encontraba bastante razonable. Sin embargo, me temía que si el Negro no tenía una buena coartada –y no creía que la tuviera dado que el asesinato había ocurrido de madrugada– iba a tener muchos problemas.

Llegamos finalmente a la salida de los novios. Josune me dio dos besos

antes de encaminarse por el pasillo con su muleta y su marido. Con el rostro brillante y decidido, dispuesta a disfrutar de lo que quedara. Bajo los conmovedores acordes de violín de *La vida es bella*. Así era mi Josune.

Pasé la tarde visitando a un par de enfermos de mi parroquia sin poder quitarme de encima la inquietud. Al llegar a casa encendí la radio para escuchar las noticias de las ocho: mencionaron que una persona había fallecido en Sopelana en un incendio que se sospechaba provocado, pero no dijeron nada de pesquisas ni detenidos. Decidí llamar a Barrutia. No me cogió a la primera, pero insistí, y acabó por responder.

–Azurmendi –contestó con tono sombrío.

–Buenas tardes, Barrutia. ¿Se sabe algo?

El subcomisario dudó y carraspeó como de costumbre.

–Es una investigación oficial. No es información pública.

–Barrutia, yo no soy público –respondí con vehemencia–. Solamente quiero averiguar si se sabe algo del Negro; usted me ha pedido mi colaboración y yo le pido la suya.

El subcomisario pareció entender la leve indirecta y de su respiración más intensa deduje que estaba molesto.

–Está bien, total no tardará en hacerse público –concedió–. El Negro está detenido. A primera hora de la tarde una patrulla de la guardia civil de tráfico ha identificado su Peugeot a la altura de Lerma, dirección Madrid. Al parecer no hizo caso a su recomendación de deshacerse de ese vehículo.

Al pronunciar estas últimas palabras, Barrutia pareció mostrar cierto deleite con el fracaso de mi recomendación, a pesar de haberla originado él mismo. En cualquier caso, aquello sonaba mal: ¿qué demonios hacía el Negro dirección Madrid? El subcomisario debió intuir mi pregunta.

–Ha declarado que se dirigía a la capital a visitar a su hermano en Alcalá Meco –aclaró–. Y por supuesto no sabe nada del incendio de la calle Haizeder.

–¿Del primer incendio o del segundo?

–Creo que de ninguno de los dos. Pero pronto lo vamos a saber, lo están trasladando hacia aquí y no va a tardar en llegar a la comisaría de Getxo.

Me quedé en silencio mientras mi mente daba vueltas a aquella información, intentando determinar lo que podía significar para la posición del Negro. Nada bueno: asesina a su agresor y después intenta desaparecer. Que yo supiera no hacía visitas a su hermano, aunque era el tipo de cosas que no me detallaba.

–¿Algo más que me pueda contar? –pregunté entonces.

El subcomisario vaciló por enésima vez. Yo traté de animarle a hablar con mi silencio.

–Esta tarde se ha realizado la autopsia del cadáver –dijo al cabo de unos instantes–. Estaba en muy mal estado, un puro despojo, pero se ha podido establecer que fue golpeado en la cabeza antes de que le prendieran fuego. Aunque no lo suficiente para causarle la muerte, esta fue ocasionada por las llamas... y hay una cosa más –añadió.

Me quedé a la expectativa, con la esperanza infundada de que aquel detalle adicional pudiera favorecer de alguna manera al Negro. Entonces Barrutia me soltó una información sorprendente y siniestra.

–Al difunto le cortaron el pene antes de quemarle vivo –dijo, en un tono neutro y profesional–. Y, además, se lo llevaron, al menos no han aparecido restos en el lugar del crimen.

Tras un instante de asombro ante aquella bestialidad, me embargó un repentino alivio. Era de todo punto inconcebible que el Negro hubiera cometido un crimen tan macabro; allí tenía que haber ocurrido algo mucho más complejo que una simple venganza por la agresión de un conductor suicida. Más tarde, tras colgar con el subcomisario, medité un buen rato sobre aquella muestra de sadismo: la inquietud que había sentido durante el día dio paso a todo tipo de elucubraciones sobre las posibles motivaciones de aquel escalofriante suceso. Pero a pesar de ello, no dejé en ningún momento de ser consciente de que el Negro seguía metido en un buen lío.



Sábado, ocho de enero: Santa Gúdula. Aquella mañana la melancolía no me abandonó en todo mi recorrido por los acantilados, y cuando me senté con Kundera en la sacristía seguía en aquel estado de decaimiento que solía aflorarme de tanto en tanto. La verdad es que estaba convencido de ser uno de esos que llaman depresivos, aunque no era un asunto al que quisiera dar mucho pábulo. No sabía explicarme de otra manera ciertos estados, por ejemplo, por qué la cuestión del Negro me estaba angustiando tanto. Aquella mañana, por añadidura, me embargaba la tristeza cada vez que me afloraban en la mente imágenes de la boda de Josune. Sé que puede parecer un contrasentido, dado que aquel había sido un momento de alegría, y Josune estaba radiante, y aquellos jóvenes se amaban por encima de cualquier dificultad... cierto, pero todos sabíamos que su cuerpo se iría degradando hasta su definitiva paralización y muerte.

Los días que mi estado deprimido coincidía con uno de nuestros encuentros semanales las conversaciones solían adquirir tintes más profundos y existenciales. En esta ocasión habíamos derivado a un dilema recurrente, el de la compatibilidad de la idea de Dios con el inmenso dolor de este mundo. Aquella era la cuestión que, siendo todavía muy niño, había provocado mi primera perplejidad, esa primera fisura en la certeza absoluta de Dios. Era lo que más tarde descubriría que los teólogos llaman “el problema del *mal*”: conciliar la existencia de la injusticia y el sufrimiento con una deidad omnisciente, omnipresente y omnipotente, es decir, que todo lo ve y que todo lo puede –un Dios que es consciente de los padecimientos indecibles de sus criaturas, y sin embargo los consiente.

Kundera jugaba con ventaja. Yo no creía en el Dios cristiano, pero me aferraba aún a cierto sentido de la unidad, de lo divino, del diseño... Él en cambio podía reírse a carcajadas de tales conceptos –tremendos, esenciales–

y quedarse tan ancho. Por otro lado, después de tantos años, Kundera sabía bien de mi falta de fe –el único junto con Ane que estaba al corriente–, y en nuestras conversaciones este hecho se daba por supuesto sin caer nunca en abordarlo explícitamente. Kundera respetaba admirablemente mi posición como sacerdote, y ni en las discusiones más enconadas, que las había, se aprovechaba de mi incoherencia. Era un buen amigo, y en aquel momento disertaba con visible gozo sobre lo que denominaba “el problema fundamental del pensamiento occidental”. En estas ocasiones sus manos mariposeaban con elegancia delante de su inmenso rostro.

–Yo lo llamo el problema de la “nostalgia de sentido” –decía–. Incluso los pensadores ateos han sido incapaces de liberarse de esta nostalgia. Si rascas un poco, descubres que tampoco ellos han perdido la esperanza de que no seamos puro azar, esperan todavía que nuestra conciencia merezca un destino grandioso. Y si no es así, se lamentan amargamente: “nada tiene sentido, solo cabe la angustia, el nihilismo y la depresión”. ¡Pues no señor! Somos exactamente igual que el resto de los seres vivos en cuanto a la aleatoriedad de nuestro origen, carente de un sentido profundo. Y por lo que respecta a nuestro destino, también este es igual para todos: devolver nuestras moléculas al universo. Pero lo esencial es que no por eso tenemos que angustiarnos, no es más que el orden natural de las cosas que nuestra especie se niega a aceptar. Se puede ser perfectamente feliz una vez que dejas de asumir, con radicalidad, que sea necesario un sentido trascendente...

Kundera me observó con ojos que brillaban con convencimiento. Sus palabras resonaron un instante en mi mente: “Se puede ser perfectamente feliz”. La idea me levantó algo el ánimo.

–De todas formas –dijo entonces–, discrepo también en cuanto al problema del mal. Para empezar, no hay tal problema; el azar evolutivo nos ha hecho como somos, a veces bondadosos y afectuosos, pero otras muchas crueles y mezquinos, y eso lleva por la lógica de la causalidad a la mayor parte de nuestros males. Y la otra parte de nuestro sufrimiento llega por causas azarosas: un virus maligno, mala fortuna en una mutación genética, el camión que frena tarde, o una roca que te cae del cielo. Es lo que hay, y no hay más. Una cadena infinita de causas y efectos que a veces te dan el día, o te parten el espinazo. No hay nadie que lleve la contabilidad, que se vaya a encargar algún día de ajustar las cuentas y repartir justicia divina.

Hizo un alto en sus palabras y me miró a los ojos para ver si tenía algo que rebatir a todo aquello. Yo no estaba en desacuerdo con lo dicho, así que asentí

con la cabeza y le hice una señal para que continuara.

–Pero, y esto es lo que quería resaltar –prosiguió–, en el supuesto de que hubiera un Dios, que no lo hay, ni el vuestro ni ningún otro, los males de este mundo sí que podrían tener sentido. Es decir, si yo fuera Dios y tuviera que diseñar el mundo, no creo que eligiera construir un inmenso jardín del Edén, una especie de parque de atracciones donde todo fuera bueno y perfecto. Al contrario, permitiría la posibilidad del contraste: la desgracia que alumbra la esperanza, la mezquindad que da un valor a la generosidad, el llanto que da paso a la risa... y estarás de acuerdo conmigo que, en materia de contrastes, este mundo es absolutamente imbatible. Tenemos un rango casi infinito de tonalidades del bien y del mal. Y es ese inmenso terreno de juego el que permite que cada hombre sea único, y que, como dijo Sartre, “la existencia preceda a la esencia”: es decir, que cada uno de nosotros pueda realizar lo más excelso o lo más ruin, y mostrar así –o construir así– nuestro verdadero ser. Además, ¿cómo podríamos conocer el bien sin saber del mal, o atisbar la felicidad sin conocer la tristeza?

Mi amigo se recostó en la silla satisfecho de su teoría, y yo le felicité con un gesto de aprobación. Aquel día estaba inspirado.

–No voy a negar la lógica de lo que dices –concedí–. Pero dime, ¿cómo les explicas a los padres de los miles de niños que mueren de hambre o de enfermedad cada día que sus hijos no son más que una parte necesaria del contraste?

Las palabras quedaron flotando en el aire, Kundera hizo ademán de decir algo para luego quedarse callado, y yo pensé entonces en Josune. Le había tocado el lado equivocado de la balanza. Mala suerte.

–Supongo que esa es la razón de ser de las religiones –continué entonces–, lo difícil de vivir, y sobre todo lo terrible de morir. Es un consuelo que no podemos negarles a aquellos que sean capaces de creérselo: benditos sean. Como dijo Unamuno: “Un *miserere*, cantado en común por una muchedumbre, azotada del destino, vale tanto como una filosofía”. En cualquier caso, yo creo que tiene que haber algo más allá de la fría causalidad, algo que nos una, que aúne nuestros destinos en uno común... hay algo inmenso en nosotros que no logro explicarme meramente con el azar y los impasibles engranajes de la mecánica evolutiva...

Kundera me miró con un interés escéptico mientras se llevaba la mano a la barbilla. Seguidamente pasó a exhibir una media sonrisa, para luego hacer un gesto con el que parecía querer desechar las profundidades en las que nos

estábamos sumergiendo.

–Azurmendi –dijo entonces–, esta mañana en la panadería de Atxola estaban hablando de que han arrestado a un tipo como sospechoso del incendio del piso de Sopelana, ya sabes, donde murió una persona carbonizada. Alguien ha comentado, no sé de dónde lo habrá sacado, que se trata de ese chaval con el que te ves todas las semanas.

–Así que ya es *vox populi*, tan rápido –contesté, más incómodo por el brusco cambio de tema que por la noticia de que en el pueblo ya estaban al corriente–. Sí, han arrestado al Negro –confirmé–. Pero yo estoy convencido de que no ha tenido nada que ver.

Kundera me miró con una seriedad en la que se intuía un resquicio de recelo. Parecía querer decir “tú sabrás, pero cuidado”.

–Otra cosa –dijo entonces–, me jubilan.

Aquello no me sorprendió, era algo que ya sabíamos que estaba al caer. La idea entristecía un poco a mi amigo, pasar a ser un viejo, pero era un lobo solitario con mucha vida interior, yo no creía que tardara mucho en adaptarse. Hablamos un poco de aquello y concordamos que teníamos que celebrarlo con una buena comida. Después Kundera hizo ademán de levantarse de la silla, pero tenía algo que necesitaba soltar antes de irse.

–Dicen que al muerto le cortaron la verga –me dijo, en un tono confidencial.

Yo hice un gesto que denotaba que aquella información no era nueva para mí, y que sí, era un espanto, pero qué se le iba a hacer.

–Eso parece –asentí–. El fallecido debía andar con historias muy raras. Estoy seguro de que el Negro no tiene nada que ver –volví a repetir. Entonces Kundera se levantó por fin y se despidió. Sin embargo, según salía por la puerta de la sacristía, se volvió para observarme, con lo que se me antojó como un leve escepticismo admonitorio.



“Se puede ser perfectamente feliz una vez que dejas de asumir que sea necesario un sentido trascendente”. Aquellas palabras siguieron resonando en mi mente cuando Kundera abandonó la iglesia. ¿Era eso cierto? ¿Podíamos olvidarnos de nuestra necesidad de trascendencia y dedicarnos sin más a disfrutar de los años de vida que nos tocaran en suerte? No lograba concebir que aquello fuese posible: desde el tiempo en que llegó lo que yo denominaba “mi gran crisis religiosa”, se había hecho un vacío profundo en el centro de mí ser que nada había conseguido rellenar. La necesidad de trascendencia seguía allí, pero ya no tenía con qué darle respuesta. Fue en esa época cuando se conformaron mis tribulaciones existenciales, que hasta el día de hoy siguen atosigándome. Ocurrió en los años de Seminario Mayor, etapa sobre la que tal vez sea adecuado aprovechar ahora para explayarme brevemente.

Era un choque inevitable que sufríamos casi todos los que veníamos del Seminario Menor, y en especial aquellos que habíamos ingresado en él siendo todavía muy niños. Traíamos con nosotros una dimensión religiosa basada en un imperativo que no se cuestionaba, entendido y explicado como “Voluntad de Dios”. Cumplir el Reglamento era parte de la voluntad divina, y regíamos nuestras vidas y nuestras mentes por unos límites estrictos que dejaban poco espacio a la reflexión propia: la experiencia de Dios, la ritualidad religiosa, la ética y el Reglamento, confluían en nuestras mentes en un tótum revolútum en el que reglas y Dios eran conceptos prácticamente intercambiables. El cumplimiento riguroso era lo que permitía discernir si uno tenía o no vocación sacerdotal, si uno valía o no valía. Este edificio, construido con tesón en seis años de Seminario Menor, con misas, oración obligatoria, charlas espirituales y retiros, se veía ahora confrontado con nuestra maduración intelectual, y con los estudios de Filosofía que componían el grueso de la actividad de los primeros años de Seminario Mayor. Las prácticas piadosas seguían su curso

en términos similares, pero ahora se nos exigía también liberar y utilizar la razón para enfrentarnos a textos filosóficos de gran complejidad, que no excluían a ateos marxistas y existencialistas –en esto la apertura de la mayor parte de los formadores era encomiable–. El desmoronamiento del antiguo edificio era inevitable, atrapados en una “esquizofrenia intelectual” entre nuestros estudios y la práctica religiosa. Comenzábamos a pedir razones para creer, algo que no estaba disponible en el Seminario, y en consecuencia hubo en aquella época muchos abandonos de estudiantes.

Yo admiraba en secreto la audacia de aquellos que tuvieron el valor de marcharse, pero no me lo planteé seriamente ni por un instante. Por un lado carecía de alternativas –el mundo de Itxastan quedaba ya muy lejos–, pero esto era más bien una excusa, en realidad mi temperamento nunca ha tendido a tomar decisiones extremas y apresuradas. La máxima de San Ignacio que dicta no hacer mudanza en tiempos de tribulación es un instinto natural en mí. Estaba recibiendo una buena educación, la profesión de sacerdote, como tal, me agradaba, y el convivir con la incoherencia –como más tarde ha quedado bien probado– no era para mí algo tan demoledor que me hiciera dar saltos en el vacío. Con los años, y no creo que sea solo un modo de excusarme, he llegado a la convicción de que la incoherencia es una de las características más humanas, y como tal hay que aceptarla. Por otro lado, la mayoría de los que se quedaron en el Seminario centraron sus esperanzas en el emerger de una nueva manera de hacer religión, que fuera capaz de englobar el conocimiento que emanaba de la filosofía y de la ciencia sin abjurar de los preceptos y la narrativa católica. Pero en mi caso la crisis fue más profunda: entre segundo y tercero el imaginario cristiano se me desmoronó por completo. Los contenidos básicos de la fe cristiana –la Trinidad, la encarnación y divinidad de Jesús, el valor redentor de su muerte, su resurrección– no eran ya sostenibles por mi razón. Y su promesa más esperanzadora –la vida después de la muerte– se me hacía la prueba irrefutable de su falsedad: el truco de venta más efectivo de la historia de la humanidad. Intenté creer con todas mis fuerzas, convencerme de que era víctima de mi arrogancia. Pero no es posible creer por un mero acto de la voluntad cuando tu mente racional se niega a ello.

Fue entonces cuando comencé a centrarme más en los usos prácticos de la religión que en su verdad. Dios pasó a ser para mí una utopía, un deseo que había sobrevivido porque era nuestra forma de salvaguardarnos de la nada. Era un subterfugio poderoso bajo el que se podían hacer cosas terribles, pero también grandes cosas. Y fue entonces cuando la figura de Jesús, el hombre,

comenzó a fascinarme. Era innegable que, más allá de las manipulaciones y de los usos retorcidos de su legado a lo largo de los siglos, Jesús había traído una esperanza nueva al mundo, y la fuerza de su mensaje era tal que perduraba dos mil años después: amarnos los unos a los otros. Mi alma sensible y soñadora llegó muy pronto a la conclusión de que, por encima de filosofías y religiones, lo único que nos puede salvar es el amor, y el sacerdocio me ofrecía un camino para dedicar mi vida por entero a ese ideal. Había comenzado a realizar pequeñas labores de naturaleza pastoral en las colonias de verano, y aquel trabajo me colmaba de satisfacción: salir de uno mismo y darse a los demás, y la maravillosa sensación de haber elegido el camino de la perfección y de ser respetado por ello.

Por lo demás, el Seminario Mayor atravesaba un periodo convulso. Las tensiones políticas del tardofranquismo fueron especialmente agitadas entre el clero vasco, que realizó proclamas y encierros, uno de ellos en el propio Seminario. Se propugnaba un papel más activo de los sacerdotes en la defensa de su pueblo, y muchos de mis compañeros abrazaron aquellos postulados con gran fervor. Las ideas más reformistas debatidas en el Concilio Vaticano II habían permeado entre el clero joven y se habían propagado en el Seminario. La exaltación de la libertad y la lucha contra “los principados y poderes” estaban a la orden del día, y en nuestro caso se exacerbaban con la reivindicación de la singularidad cultural y nacional vasca. Yo compartía intelectualmente muchas de aquellas ideas, y participé en algunas de las reuniones, pero mi carácter no era muy dado a la acción política. Desde siempre, mi manera de ser me ha llevado a interesarme más por los grandes problemas intemporales que acucian al hombre, digamos los problemas existenciales. Eso por un lado, porque por el otro también me he sentido identificado con los pequeños dramas cotidianos del hombre corriente. La acción política, sin embargo, queda en algún punto entre estos dos extremos, y requiere además de una fe en el ser humano como ente social de la que yo carecía: siempre me ha interesado más el hombre que el colectivo. A pesar de ello, mi pretensión de mantenerme cercano a los hombres me llevaría en los siguientes años a verme involucrado en diversos eventos de naturaleza sociopolítica y consecuencias trágicas –una involucración ajena a las inclinaciones de mi carácter, pero dictada por las exigencias irrenunciables de mi misión–. Pero eso es parte de otra historia.

Una vez finalizados los tres cursos de Filosofía seguían otros cuatro de Teología, que hasta entonces también habían sido impartidos en el Seminario.

Pero la inadecuación entre las aspiraciones de los seminaristas, imbuidos de los nuevos aires de libertad, y la estructura disciplinar y de formación del Seminario, había llegado ya a un punto de ruptura –como botón de muestra, baste señalar que en lo relativo a lo que se denominaba “dominio sobre el cuerpo”, es decir, el control de la “dimensión sexual”, se nos seguía exigiendo el uso frecuente del cilicio–. Como resultado de todo ello se cambió de modelo: las clases de Teología pasaron a impartirse en la Universidad de Deusto, y la mayor parte de los seminaristas teólogos fuimos distribuidos en grupos externos vinculados a diversas parroquias. A mí me tocó el grupo de Sestao, con el que viví un periodo feliz, liberado de la estricta disciplina del Seminario y metido por fin en el mundo: asistía a la universidad como cualquier otro estudiante, y los fines de semana participaba en las actividades apostólicas, cercano a la gente. Esta apertura tan radical respecto a lo que habíamos vivido hasta entonces llevó a algunos de mis compañeros a una crisis de fe: por primera vez se cuestionaron con profundidad “valores sagrados” como la oración, la obediencia o la penitencia. Pero en mi caso aquella fase estaba ya superada; lo que yo quería era comenzar a ejercer la praxis pastoral, tener responsabilidades hacia los feligreses. La “salvación cristiana” que perseguía era ajena a la supuesta acción divina sobre las almas; lo que buscaba era ayudar con mi propia labor a elevar al hombre en todas sus dimensiones: una labor de promoción humana, alejada de la tarea evangelizadora. Y la nueva estructura se acomodaba bien a mis pretensiones.

En este nuevo régimen transcurrieron los últimos años de mi formación. Sirvieron para que comprendiera con mayor profundidad cómo podía ser la vida en una parroquia de pueblo: la frescura de las relaciones personales, el agradecimiento del alma torturada, el respeto a mi persona. Y confirmé que yo valía para ser cura; de las cuestiones teológicas podían encargarse otros. Así, tras pasar brevemente por el diaconado y el presbiterado, a los veintiséis años, fui ordenado sacerdote y asignado a la parroquia de Berango; comenzar a ejercer la praxis sacerdotal dio un orden y un sentido a mi vida, pero sin lograr aplacar mi sed de trascendencia. Esa inquietud me ha acompañado en mis afanes hasta el día de hoy.



El resto del fin de semana lo pasé dedicado a mis ocupaciones parroquiales. Ane y yo habíamos acordado no vernos en sábados y domingos, por aquello de que la gente está más libre y era más probable que se fijaran en la insistencia del párroco de Berango en visitar el caserío de la herborista. Por desgracia, mi vieja Vespa era fácilmente reconocible, y Ane no tenía precisamente fama de devota. El lunes al mediodía me llamó el subcomisario Barrutia, para avisarme de que el Negro había admitido ser el autor del incendio del Scirocco, y que también había relatado el incidente previo en la circunvalación. Añadió que era probable que el juez instructor me citara a declarar a ese respecto. El subcomisario quería asegurarse de nuevo de que yo mantenía su versión ante el juez. Le tranquilicé, y después aproveché para preguntarle qué novedades había respecto al caso; me indicó que el instructor acababa de dictar auto de prisión, habida cuenta de la seriedad de los indicios y de la gravedad del caso, que estaba causando la lógica alarma pública y mediática –que al difunto le hubieran sustraído el pene brindaba interpretaciones muy jugosas–. El Negro iba a ser ingresado en su vieja conocida morada, la prisión de Basauri. Barrutia me aclaró que seguía negando haber asesinado a Fidel, a pesar de haber admitido ser el autor del primer incendio. Había también otro factor importante en su contra: la *ertzaintza* había comprobado la adquisición por su parte de dos bidones de gasolina, de los que uno había sido utilizado para quemar el Scirocco, mientras que el otro estaba desaparecido. Añadió que su intento de escapada a Madrid no ayudaba; en resumidas cuentas, las cosas pintaban muy mal. Antes de colgar me volvió a recordar nuestra –supuestamente– única conversación sobre el asunto, y en compensación se comprometió a hacer las gestiones pertinentes para que yo pudiera ver al Negro cuanto antes.

Pero no hizo falta que arreglara la visita, el preso pidió verme en mi

calidad de capellán –la única persona que pidió ver, aparte del abogado de oficio–. Nos citamos el miércoles por la tarde. Al encontrarlo me recordó el estado de agitación y desespero que había mostrado una veintena de días atrás, cuando me relató su primer encuentro con el Scirocco. Su semblante demacrado e implorante transmitía un estado de incompreensión absoluta, propio de aquellos que son azotados de forma inmisericorde por los caprichosos desvaríos de este mundo. Abrió los brazos elevándolos, como quien pregunta “¿pero qué he hecho yo para merecer esto?”. A veces fuerzas misteriosas parecen confabular contra nosotros con astucia y crueldad incomprensibles, tal que si una divinidad sádica y aburrida buscara un poco de diversión a nuestra costa.

–Padre, tiene que creerme, yo no he tenido nada que ver con esto –me dijo con gesto lastimoso tras bajar los brazos–. Alguien ha aprovechado que le quemé el coche para cargárselo y que la mierda me caiga a mí.

Emitió entonces un sordo sollozo y una lágrima bajó por su mejilla. Sentí una enorme ternura por aquel pobre muchacho; tendría ya unos treinta años, y sin embargo en aquel estado se me antojaba de nuevo un pobre niño desvalido. Una imagen me volvió a pasar por la cabeza: yo a los once años con una maleta esperando el autobús que me había de llevar por primera vez a Bilbao, camino del Seminario; el saludo breve y tímido de mi padre antes de subirme. Posé mi mano sobre la del Negro.

–Tranquilo, hijo –dije–, estoy seguro de que todo se va a aclarar.

Le pedí entonces que me contara con detalle lo que había ocurrido desde la mañana posterior al crimen. Me dijo que hacía tiempo que había decidido visitar a su hermano en Alcalá Meco. Llevaba años sin verlo, pero en realidad la mayor parte de ese intervalo se la habían pasado los dos en la cárcel. Desde que estaba libre había pensado en ello y la semana anterior por fin se había decidido. Me insistió esperanzado en que así tenía que figurar en el registro de visitas de la prisión, desde luego él había llamado para organizarlo; o también podían preguntar a su hermano, que había aceptado la visita. Yo aventuré que seguramente la *ertzaintza* lo habría comprobado ya, con lo que se tranquilizó algo y prosiguió su relato. Aquel viernes había partido hacia las doce, con intención de ir directamente a la cárcel, donde el encuentro estaba programado para las seis de la tarde. Pero en Lerma le había parado la guardia civil; le habían hablado de una investigación abierta sobre dos incendios, a lo que él había respondido haciéndose el loco. Lo habían traído de vuelta sin muchas más explicaciones, y ya en la comisaría de Getxo habían comenzado los

interrogatorios. En un primer momento había negado su participación en el incendio del Scirocco, pero luego pensó que la *ertzaintza* debía conocer ya lo ocurrido a través de Barrutia, y por tanto era mejor no mentir, por aquello de que quien miente sobre un delito es probable que mienta también sobre otros. Admitió así haber quemado el coche y relató también el percance en la circunvalación. Por supuesto, había negado rotundamente y en todo momento tener nada que ver con la muerte de Fidel. La *ertzaintza* le había retenido en los calabozos de Getxo hasta el lunes, y a lo largo del fin de semana le habían interrogado varias veces, intentando quebrar los dos ejes de su defensa: que él no conocía al tal Fidel salvo del incidente en la carretera, y que con quemar el Scirocco se había quedado más que satisfecho.

—¿Y el asunto de los dos bidones de gasolina? —pregunté.

El Negro agitó la cabeza con nerviosismo.

—Ya les he dicho veinte veces que el otro bidón lo tiré al mar al día siguiente de hablar con usted, cuando me dijo que tendría que contárselo a Barrutia. No quería arriesgarme a que la *ertzaintza* apareciera por casa y encontrara un bidón de gasolina.

Tras pensarlo un segundo, aquel dato me indujo a reafirmarme en que no tenía sentido que el Negro hubiera matado a Fidel, a sabiendas de que el subcomisario Barrutia estaba ya al tanto de que había quemado su automóvil pocos días antes. Hubiera resultado del género idiota, cosa que el Negro no era.

—¿Qué te ha dicho el abogado? —pasé a inquirir.

—No mucho. Le he vuelto a contar la historia con todo detalle. No parece mal tipo, aunque si me pregunta yo creo que no es muy avisado. Dice que ese cabrón de Fidel las había montado pardas...

Le hice un leve gesto para que dejara en paz al muerto. Pasados unos segundos, el Negro habló con la voz repentinamente temblorosa y los ojos brillantes.

—Padre —imploró—, ese abogado no me va a sacar de aquí, ¡solamente puedo confiar en usted!

La forma en que pronunció aquellas palabras me impactó; mi amigo era un alma abandonada, a la que tristemente solo le quedaba recurrir a mi magra ayuda. Me sentí alagado por la confianza y la esperanza que aquel muchacho depositaba en mí, y a la vez abrumado por la responsabilidad y ofuscado por mi inutilidad. ¿Qué podía hacer yo?

—Hablaré con el abogado —dije muy serio—, me voy a asegurar de que pone

toda la carne en el asador. Y voy a hacer lo mismo con Barrutia.

Él negó con un movimiento brusco de la cabeza.

–No van a hacer nada –dijo con desesperación–, para ellos lo fácil es echarme a mí el muerto...

Tras un instante de silencio sus ojos adquirieron un brillo más intenso y su gesto se tornó más resuelto.

–Padre, hay algo que no le he contado –dijo entonces–. Una de las noches que me quedé escondido en los arbustos de la calle Haizeder vi llegar a Fidel con una chica. Al salir del coche discutían y ,ya fuera, comenzaron a gritar, insultándose. Por el acento ella era sudamericana, tal vez peruana. Desde donde estaba me pareció morena y con muy buen tipo. La pelea fue calentándose hasta que él la golpeó en la cara.

Pensé de inmediato en la tal Patricia que había visto con Fidel y sus compinches en el Sunset.

–¿La golpeó? –pregunté.

–La golpeó muy duro, y ella se apartó llorando y gritando como una loca. Pero cuando estaba a unos metros pareció calmarse. Entonces lo señaló con un dedo y repitió dos veces: “Te juro por mi sangre que esto lo vas a pagar con la tuya”.

Miré al Negro sorprendido.

–Le aseguro que su voz era realmente escalofriante –añadió.

Medité unos segundos sobre aquello. Una pelea pasional violenta, ocurrida poco antes del asesinato, debía ser sin duda algo a investigar. Y la amenaza que había proferido la chica había sido muy explícita.

Entonces le conté al Negro que el día que vi a Fidel y a sus amigos en el Sunset estaba con ellos una sudamericana de nombre Patricia, que coincidía con la descripción. Se le iluminó la mirada.

–¡Estoy seguro que es ella! –exclamó.

Seguidamente inquirí si le había contado aquel incidente a la *ertzaintza*.

–Eso no lo puedo contar –contestó raudo–, empeoraría mi situación.

Le miré perplejo. Me devolvió una mirada inteligente.

–Padre, he declarado que quemé el coche en un arrebató del momento: encontré el Scirocco, compré la gasolina y esa misma noche lo hice arder. Si se enteran de que llevaba cuatro días espionando a Fidel empeorará mucho mi situación; eso que llaman “premeditación y alevosía”...

Recordé entonces con sorpresa que tampoco yo le había contado nada a Barrutia sobre aquellos cuatro días de espionaje. Me había limitado a

confirmarle que el Negro era el autor del incendio del Scirocco. Me sorprendió aquella astucia sobre la “premeditación y alevosía”; los años en la cárcel debían haber aguzado su instinto para este tipo de cosas. Entonces me alarmé: yo mismo, aun sin pretenderlo, estaba ocultando a la *ertzaintza* información relevante. El Negro debió intuirlo en mi rostro.

–Por favor, investigue usted sobre esa Patricia –me rogó–, tal vez alguien más les haya visto pelear... puede que ella tenga algo que ver con el asesinato. Si lo ponemos en manos de la *ertzaintza* no van a hacer nada y solo servirá para perjudicarme.

Me quedé unos segundos confuso e indeciso. Debatía en mi interior entre ayudar al chico y mi obligación hacia la verdad. Entendía que revelar la meticulosidad con la que el Negro había planeado el incendio del Scirocco podía perjudicarlo, y yo quería protegerle de aquel posible agravamiento de su posición; por otro lado, la información sobre aquella pelea podía ser un dato importante que la *ertzaintza* debía conocer.

–Padre –dijo entonces, interrumpiendo mis pensamientos–, el día que compré los bidones de gasolina, cuando estaba de camino de vuelta a los arbustos, pasé por delante de un bar de Sopelana y volví a ver a la chica. En la puerta del Indian, el bar que está un poco más arriba de La Triangu, el que tiene banderolas en la terraza, de pinta *Ángeles del Infierno*. –Yo asentí, conocía aquel bar de pasar por delante–. Estaba charlando amigablemente con el camarero, un tal Chechu; lo conozco porque al salir de Basauri yo mismo iba de vez en cuando al Indian, aunque hace meses que no me acerco por allí. Es un charlatán, y no muy listo que se diga. –El Negro hizo una pausa y me miró con intensidad–. Por la forma en que se trataban estoy seguro de que esa Patricia es una clienta habitual... usted puede al menos preguntar en ese bar, con hacer algún comentario sobre la muerte de Fidel bastará. Vea si Chechu le suelta algo, si tiene alguna teoría sobre qué puede haber detrás de lo ocurrido.

Lo miré con perplejidad, no podía imaginar cómo aquello podía servir para algo. Por muy indiscreto que fuera el camarero no cabía suponer que me fuera a decir nada relevante. Él intuyó de nuevo mis pensamientos.

–Tal vez sirva para que la chica se ponga nerviosa, si es que ha tenido algo que ver, y cometa una equivocación. Usted insista sobre ella y estoy seguro de que Chechu no tardará en ponerle sobre aviso de que hay alguien indagando. Tan solo le pido que haga esto por mí, luego ya veremos. Siempre podrá hablar con Barrutia más adelante...

Permanecí un rato dándole vueltas en la cabeza. Una viva sensación de

desasosiego iba creciendo en mi estómago ante el cariz que estaba tomando el asunto: ¿qué pintaba yo haciendo de detective? Pero quería ayudar al chico. Me miró de nuevo suplicante. Finalmente decidí que esperar unos días y hacer un par de preguntas no podía ser tan mala cosa. Asentí con un movimiento rápido de la cabeza. Él me lo agradeció con ojos brillantes. Tras posar una segunda vez mi mano sobre la del muchacho me levanté para marcharme, todavía inseguro de si había hecho bien en aceptar aquel encargo. Entonces el Negro me dijo algo más.

–Cuando vaya al Indian sería buena idea que ocultara su aspecto, con unas gafas, ropa diferente a la habitual, un sombrero, ese tipo de cosas...

Le miré desconcertado y salí de allí sin responderle, con la congoja definitivamente metida en el cuerpo.



Aquella noche subí a ver a Ane. Llevábamos varios días sin encontrarnos, pero habíamos hablado un par de veces por teléfono y ella estaba al corriente de los tremendos sucesos acontecidos en ese tiempo. En realidad, todo el pueblo conocía los aspectos principales: el asesinato de Fidel, la desaparición de su miembro viril, y la detención de un sospechoso, que algún periodista especialmente ágil había descubierto que era apodado con el sobrenombre de “el Negro”. Los medios estaban haciendo un seguimiento estrecho del caso, habida cuenta de lo insólito del mismo: un asesinato era ya algo extraordinario en la zona, pero los elementos de sadismo lo convertían en absolutamente inaudito. Ane me contó que la rumorología en Sopelana, a tenor de los que pasaban por la herboristería, apuntaba en general a un crimen pasional; pero los más imaginativos mencionaban también la posibilidad de ritos satánicos, aunque en realidad nadie conociera con cierta exactitud en qué solían consistir.

–Por lo visto no se habla de otra cosa –comentó–, y lo del pene tiene a todos fascinados y horrorizados a partes iguales. Me dicen que esta mañana en la carnicería, Txapela explicaba a todo el que entraba que en la magia negra se utilizan frecuentemente sangre y carne humanas. Debe haber sido escalofriante escucharle mientras daba machetazos a costillas o trajinaba con su enorme cuchillo de carnicero.

Afloró entonces una sonrisa divertida. Txapela impresionaba por bruto, pero a la postre nadie le tomaba en serio.

–Pobre Txapela –asentí–, de dónde sacará esas cosas. La verdad es que es algo tosco, pero yo no le tengo por mala persona. ¿Achacarán al Negro todas esas supuestas prácticas?

–Así es –confirmó–, ya sabes que en este país ser sospechoso implica de inmediato la culpabilidad. Y el apodo de tu amigo tampoco ayuda; todo el

mundo anda que si el Negro esto que si el Negro lo otro, el pobre se ha convertido en el imaginario del pueblo, en un personaje oscuro y aterrador. Por cierto, ¿cómo está?

Le referí entonces nuestro encuentro en Basauri con todo detalle, y me emocioné levemente al hablar del desespero del chico. Pero según detallaba la misión que me había encomendado la emoción dio paso al estremecimiento. La insidiosa Patricia se me presentó en el pensamiento como una siniestra dama del mal. El ademán salvaje de Fidel –incluso a pesar de estar muerto– me provocó una sorda inquietud; y los otros dos tipos, el del pelo pegado al cráneo y el del cuello de toro, danzaban también en mi imaginación. Intenté convencerme de que aquel miedo era irracional, de que me estaba dejando llevar por la fantasía; pero lo cierto era que alguien había quemado vivo a un hombre después de cortarle el falo, lo cual no dejaba de ser bastante terrorífico. Me quedé mudo, con el rostro serio y acongojado. Ane, que a esas alturas ya me iba conociendo y me sabía muy asustadizo, intentó calmarme.

–Azur, no creo que comentar el crimen con el camarero de ese bar vaya a hacerte correr ningún peligro –afirmó–. Yo no creo que vayas a conseguir gran cosa, pero quizás merezca la pena intentarlo. Lo que está claro es que en estos momentos la posición de tu amigo es bastante desesperada, y cualquier dato que sirva para abrir otras posibilidades puede serle útil.

Asentí despacio a sus palabras, pero sin abandonar el gesto encogido.

–De todas formas –añadió entonces–, si crees que es peligroso no tienes por qué arriesgarte. Ya se encargará la *ertzaintza* de investigar.

Aquella posibilidad de escabullirme iluminó por un instante mi ánimo, pero la descarté de inmediato.

–No –dije–, me he comprometido con el Negro y voy a hacerlo. Además, tiene razón al decir que posiblemente la *ertzaintza* y el juez estén dando el caso por cerrado. Los indicios son abrumadores. Y si el Negro les habla de la pelea entre Patricia y Fidel sabrán que lo estaba espiando, lo que perjudicaría gravemente su posición. Bastante incriminado está ya.

Ane asintió, y entonces intentó de nuevo quitarle hierro a mi misión.

–Bueno –dijo con una sonrisa que pretendía relajarme–, tenemos que pensar en un buen disfraz. No queremos que nadie se entere de que el cura de Berango hace de detective en sus ratos libres. Si quieres ya me encargo yo de buscar algo que cambie tu aspecto de tal manera que nadie pueda reconocerte. Al menos esa parte puede resultar divertida.

Le devolví una sonrisa tensa y le agradecí su propuesta. Pero yo no

encontraba divertida ninguna parte de aquel asunto. Realmente todo aquello era más bien absurdo: por un lado me daba pánico, y por el otro me hacía sentirme como un colegial que juega a los espías.

–También tenemos que pensar en tu coartada –prosiguió ella, en un tono que me sonó a serie policiaca.

La miré desconcertado. Ahora Ane parecía estar disfrutando con la planificación de aquella misión encubierta.

–¿Coartada? ¿A qué te refieres?

Ella contestó sin alterar la inflexión detectivesca.

–Me refiero a que si te presentas haciendo preguntas en el bar como un perfecto desconocido vas a resultar sospechoso, y el *barman* no querrá contarte nada. Tenemos que buscarte algún tipo de relación con el muerto o con Patricia.

Aquella propuesta me pareció un exceso innecesario. Además, empezaba a encontrar mi posición humillante: Ane estaba jugando realmente a los espías, mientras yo me cagaba encima.

–Eso es ridículo –respondí algo irritado–, a las playas de Sopelana se acercan cientos de personas de toda la provincia, incluso en invierno; en ese bar entran continuamente perfectos desconocidos. Y el “crimen del *castrato* de Sopelana” es ya ampliamente conocido en Bilbao y alrededores; no hay nada extraño en que a alguien de fuera del pueblo, precisamente al visitar el pueblo, se le ocurra comentar lo que ha leído en los periódicos. Bastante tengo con disfrazarme para andar también inventándome “coartadas”.

–Está bien, tienes razón, no te enfades –contestó Ane conciliadora–. Bastará con disfrazarte.

Asentí y reflexioné entonces unos instantes, intentando resumir y centrar la operación en mi cabeza.

–Por lo tanto me disfrazo, voy al Indian a una hora en la que haya poca clientela, pido algo, y casualmente comento con el camarero las noticias del asesinato –dije. Acto seguido miré a Ane buscando su aprobación a la operativa.

–Pero acuérdate también de que tienes que causar un cierto impacto –matizó ella–, decir algo que haga que el camarero alerte a Patricia; queremos que la chica se ponga nerviosa. Lo mejor es que lo hagas al final, después de haber sonsacado al tipo.

La observé de nuevo con impaciencia, pero estaba vez tenía razón. Si no lograba ninguna pista, que era lo más probable, al menos tenía que conseguir

que la chica se sintiera vigilada. Era lo que me había pedido el Negro, que parecía mucho más ducho que nosotros dos en esas lides.

Estuvimos un rato más planeando la misión: acordamos que Ane se iba a encargar de comprar mi disfraz al día siguiente y fijamos el viernes catorce como día D. Me calmé un poco, y le agradecí a Ane su paciencia y su ayuda. Después, hartado de todo ello, resolví intentar olvidarme por un rato de aquel dichoso asunto. La cogí entonces de la mano y la llevé al sofá. Apenas sentados estreché su cuerpo contra el mío con cierto ímpetu. La besé con ardor. Realmente estaba muy excitado y algo atolondrado; debe ser cierto eso que dicen de que la excitación sexual y la agresividad responden a impulsos muy cercanos en nuestro cerebro: mi deseo carnal parecía haberse inflamado como respuesta ante el peligro. Cosas de la testosterona. Afortunadamente, Ane no tardó en calmar mi sobreexcitación con su delicadeza –como es lógico, estaba mucho más versada que yo en las artes amatorias–. Hicimos el amor allí mismo y logré evadirme por completo; en aquel sofá, entre sus brazos, no tardé en volver a sentirme el cura más dichoso de toda la cristiandad.



La mañana amaneció con brumas que persistían cuando entré en el centro penitenciario. Por fortuna se preveía que más tarde el cielo se abriría; aquel día Kundera y yo habíamos programado celebrar su jubilación con una excursión. Despaché con mayor impaciencia de la habitual al par de presos ventajistas que vinieron a verme en mi cubil de la prisión: lo hacían con el ánimo de marcarse algún punto, pero su naturaleza podía más que ellos, y no tardaron en comenzar a mofarse abiertamente de todo lo que yo supuestamente representaba. Y es que mi profesión resultaba muy gratificante cuando las almas estaban abiertas al consejo y al consuelo, pero podía ser frustrante y humillante cuando te tomaban por el pito del sereno, cosa de lo más habitual en la prisión de Basauri. Sin embargo, en la enfermería pude conversar un buen rato con dos de mis “protegidos”, reclusos con una estancia de muchos años, a los que la desesperanza había provocado ya un deterioro físico y mental que yo trataba de aliviar un poco. Almas que lo único que buscaban era un poco de compañía.

Al salir al exterior contemplé el cielo pálido y los alegres montes circundantes, una visión en fuerte contraste con los muros de hormigón y los amarillentos pasillos carcelarios (que eran de una tonalidad difícil de definir, apodada por los reclusos “color diarrea”). Un cuarto de hora más tarde, cuando Kundera me recogió en la puerta de la cárcel, el sol comenzaba ya a lucir espléndido. Como es bien sabido, el clima de mi tierra tiene un inconveniente importante: tenemos demasiados días al año con el cielo encapotado. Sin embargo, ofrece también una cualidad más intangible y desconocida, que consiste en la perfecta gradualidad de nuestras estaciones; un contraste alegre y fecundo, pero ajeno a los extremos característicos un poco más al norte o un poco más al sur. Y de igual forma, la luz de nuestro cielo se va graduando desde la luminosidad excesiva, casi inhumana de los

mediodías veraniegos, hasta la melancólica luz mortecina de alrededor del solsticio de invierno. Pero lo maravilloso del cielo de esta tierra es que esos dos vértices, improductivos para el alma, duran muy pocos días, y el resto del año podemos disfrutar de una amplísima gama de luces que incitan alternativamente a la expansión o a la reflexión.

Aquel trece de enero, según subíamos en el Opel Corsa de mi amigo el alto que separa Bidebieta de Bakio, contemplaba por la ventanilla revolotear sobre las hojas de los árboles el reflejo de una de esas luces que encienden la esperanza de forma inopinada. De un azul celeste profundo, contenía apenas un leve toque de añoranza sobre un fondo placentero. Nos dirigíamos a San Juan de Gaztelugatxe, un islote rocoso considerado la joya de la costa vizcaína. Yo tenía un buen día, y había logrado postergar el asunto del Negro a algún lugar lejano de mi mente. Kundera por su parte conducía parsimonioso y ensimismado por la carretera vacía. Atravesamos en silencio la localidad costera de Bakio y subimos hasta los acantilados que se asoman a San Juan; al llegar, aparcamos en el restaurante donde íbamos a comer tras el paseo. Contemplamos desde arriba el peculiar islote: está unido a tierra por un istmo artificial, y lo corona una ermita del siglo X. Seguidamente nos aventuramos por la empinada senda que desciende hasta el pie de los acantilados, donde comienza el istmo.

Tras atravesar el estrecho puente que lleva al islote y ascender la larga escalera de piedra hasta la ermita, nos sentamos en un murete a observar el paisaje. Kundera todavía jadeaba tras más de doscientos peldaños.

—Esta es la ermita más marinera de la costa vasca —comenté, señalando la construcción, que permanecía cerrada salvo en fechas señaladas—. En el interior hay gran cantidad de ofrendas de marineros que lograron salvarse de naufragios a lo largo de los siglos. Los *arrantzales* bermeanos le tienen auténtica devoción. El mar y Dios, mis dos pasiones... —añadí, con apenas una brizna de ironía.

Kundera sonrió socarrón. Después soltó una sonora carcajada, que supongo que no pudo contener.

—No sé si hubieras tenido valor para la mar —dijo—, en aquellos años se debía pasar mucho miedo. Ahora las embarcaciones son otra cosa.

Asentí en silencio. Posiblemente no hubiera tenido valor para la mar. Kundera habló de nuevo.

—En cuanto a Dios...

Nos miramos un instante y entonces reímos los dos, con ganas pero sin

malicia. Después adopté un ademán circunspecto. Kundera por su parte dirigió su mirada a la vasta superficie acuática que resplandecía bajo el sol.

–Azurmendi, yo creo que haces una buena labor –dijo entonces, con el rictus serio, sin dejar de mirar al Cantábrico–. Estoy seguro de que si existiera, Dios estaría satisfecho contigo. No me cabe duda de que alguien capaz de crear todo esto valoraría más tu labor que las vacuas alabanzas de sus devotos.

Yo moví la cabeza en un gesto escéptico, pero agradecido, que mi amigo debió percibir por el rabillo del ojo.

–Además –continuó, ya vuelto hacia mí, dispuesto al parecer a seguir dándome ánimos–, estoy convencido de que, lo mismo que tú, en el fondo ningún cristiano se cree la verdad más crucial y desmesurada del cristianismo: la de la resurrección después de la muerte. La vuestra es una religión de hipócritas.

Le miré con expresión interrogadora.

–Fíjate en los funerales cristianos, llenos de duelo y desesperanza –dijo–. ¿No crees que si creyeran de verdad en la vida tras la muerte la actitud sería otra?

–Lloran la pérdida, aunque crean que esta es transitoria –respondí, siguiendo la doctrina establecida.

–¡No me lo creo! –exclamó Kundera vehemente– ¿Por qué los funerales de otras religiones, como la hinduista o la budista, son alegres?... Porque sus fieles sí que creen sin fisuras en la continuidad de la vida a través de la reencarnación...

Sopesé unos instantes aquel contraste.

–Creo que es un problema común de las sociedades más desarrolladas –dije en tono reflexivo–; el impacto de los avances de la ciencia y del proceso de secularización es mucho más intenso que en los países pobres. Si Occidente está repleto de incoherencias es debido a que aquí se ha quebrado la visión del mundo tradicional sin que acabara de emerger un nuevo paradigma.

Kundera me miró como el lobo al cordero. Estábamos en su terreno.

–Esas incoherencias son debidas a que no acabamos de dar definitivamente la espalda a las religiones –dijo–. ¡Azurmendi, no nos atrevemos a acabar de matar a Dios! –exclamó acto seguido, con vehemencia redoblada.

Aquellas palabras me sonaron excesivas y desconsideradas. Pensé entonces que aquella era una más de mis propias incoherencias: a pesar de no

creer en Dios, me incomodaba tremendamente que se hablara de su muerte con tal rotundidad.

–Si acabamos con la religión, ¿qué quedará? –le interpele—. No hay nada suficientemente maduro para cubrir ese vacío; la idea de la unidad sigue siendo transmitida por las religiones con más fuerza de lo que lo haga ninguna otra voz. Construir una nueva narrativa ahora que la ciencia y la modernidad han deconstruido la que llevábamos en la cabeza desde hace miles de años va a llevar un cierto tiempo.

Mi amigo se regodeó ante la fragilidad de mi posición; había caído en su red.

–No hacen falta narrativas, Azurmendi –señaló con paternalismo—. Eso no es más que la tentativa desesperada de enraizar nuestras vidas en este mundo, de tratar de sortear la evidencia de nuestra finitud. De dar un peso a aquello que es por naturaleza efímero. No es más que nostalgia de sentido...

Volvía a poner encima de la mesa su concepto favorito de los últimos tiempos.

–¿Y no es ese un impulso natural en el hombre? –rebatí molesto por su condescendencia—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que tengamos que combatir nuestra necesidad de trascendencia, esa “nostalgia de sentido” como la llamas tú?

La pregunta quedó en el aire. Yo había subido el tono de mi voz considerablemente hasta sonar irritado. Kundera me ofreció entonces una sonrisa comprensiva y me dio una palmada en el hombro. Conocía aquella señal, que venía a decir que me había acalorado y que no merecía la pena. Lo cierto es que siempre era yo el que acababa por exaltarse, lo que me hacía sentir cierta inmadurez frente a mi amigo. Le devolví una sonrisa tímida y conciliadora.

–Amigo mío –dijo él con sorna bienintencionada–, a veces cuando converso contigo me pasa que no sé si estás intentando convencerme o te estás intentando convencer a ti mismo.

Era un golpe bajo; pero dicho con cariño, desde la amistad. Los graznidos de unas gaviotas especialmente estridentes nos devolvieron entonces a aquel entorno paradisíaco. Dedicué los siguientes minutos a calmarme, mientras seguía la estela de un pesquero que doblaba el cabo Matxixako.

Más tarde, en el restaurante, Kundera quiso agasajarme con lo mejor de lo que disponían en la cocina. Aquel día al menos sus temores respecto a la jubilación parecían haberse desvanecido. Se mostró de excelente humor, y

disertó largo y tendido sobre uno de sus temas favoritos, las diferentes posibilidades de actitud ante la vida. En su visión de la existencia, lo que más marcaba cómo la encaramos era la consciencia de nuestra finitud. Es decir, el hecho de que todos nos enfrentamos, consciente o inconscientemente, a la realidad de nuestro destino final: la muerte. Y como respuesta a este choque, los hay que corren a enriquecerse o a intentar colmar cualquier otra de sus diversas vanidades antes de que el final les alcance. Otros en cambio, se lo toman por la tremenda y escalan las cimas más altas y peligrosas o se tiran en paracaídas en su intento de mofarse del destino. Todos ellos pretenden con sus afanes colmar el vaso de las emociones y alcanzar así la plenitud, sin entender que el vaso está irremediabilmente agujereado. Después están los místicos: monjes, curas y devotos en general, que se creen alguno de los numerosos e intrincados cuentos de hadas que circulan por el mundo, y viven en una ensoñación. Entre estos, disertó sobre los seguidores de la religión budista, que también le causaban reprobación, ya que consideraba que renegar de la naturaleza propia del hombre –exigiéndole desprenderse de sus deseos–, era más una aniquilación prematura que un planteamiento de vida. Y por supuesto ensalzó a sus favoritos: los adscritos al humorismo, aquellos que siempre tratan de interpretar la realidad resaltando su lado cómico, actitud que él encontraba muy saludable y la de mayor coherencia entre las anteriores.

–Y luego hay una pequeña minoría –dijo al fin–, que ha comprendido plenamente la futilidad de los afanes y de los logros humanos, pero que no por ello se deja llevar por la tristeza, la hiperactividad, la mística o la inhibición. Observan al hombre, intentan serle cercano o al menos no hostil, y encuentran su plenitud en ser capaces de comprender su verdad y de mirarla a la cara. Y en escapar todo lo posible de las trampas de la vanidad. Entre estos últimos intento situarme yo...

Kundera mantuvo entonces su mirada fija en mí, no sé si buscando mi aprobación o que precisara a cuál de los grupos me adscribía. Sin embargo yo no lograba encontrarme en ninguna de aquellas categorías, demasiado intelectualizadas. Por un momento pensé en mencionar el amor, pero finalmente opté por uno de esos cambios de tercio radicales a los que tan aficionado era el propio Kundera. Fue así cómo, con el coñac, pasé a relatarle mi conversación con el Negro en la cárcel de Basauri, y el papel de detective al que me había comprometido para el día siguiente.



Aquella noche no dejé de dar vueltas en la cama y al sonar el despertador sentí una inmediata punzada de inquietud. Me ceñí a la rutina habitual, pero mi trote destemplado no logró llevarme ese día más allá del bunker. Por los automatismos de la libre asociación de ideas había otorgado al camarero del Indian la cara de criminal del amigo de Fidel, el larguirucho desgarrado con pinta de comadreja. Con esa imagen en la cabeza me dirigí al caserío de Ane. “San Félix de Nola, que fue sometido a crueles sevicias”, saludé al entrar con tono lúgubre, antes de que Ane preguntara nada. Ella sonrió y me señaló el desayuno encima de la mesa.

Mientras desayunábamos, Ane comentó que la vieja del cercano caserío de Errotabarri había visitado la herboristería tres o cuatro veces en las últimas semanas, lo que resultaba de lo más extraño, dado que no tenía nada en común con su cliente tipo, y de hecho nunca acababa por comprar nada. “Tan solo un día cogió un poco de hierbabuena, como para disimular”, apostilló. Ane añadió que la vieja tenía fama de cotilla, y que se comentaba que el carácter se le había avinagrado tras años de cuidar a un marido enfermo. Se trataba de una de mis más devotas feligresas: llevaba años acudiendo a la parroquia de Berango en lugar de a la de Sopelana tras haberse enemistado con el párroco de esta localidad, según decían con motivo de unos comentarios sobre la indisolubilidad del matrimonio, que al parecer ella había encontrado excesivamente aperturistas. A Ane se le hacía sospechoso su repentino interés por la herboristería, y no le agradaba lo más mínimo que anduviera husmeando en su caserío. Posiblemente en otro momento aquel dato me hubiera llenado de preocupación, pero aquella mañana estaba demasiado turbado con mi cometido en el Indian; le pedí a Ane que se olvidara por el momento de la pobre señora y se centrara en mi disfraz.

Ella trajo entonces unas cuantas bolsas y descargó su contenido sobre la

mesa. Había comprado para mí: unas gafas sin graduación de montura moderna, con pinta de baja calidad; un tarro de crema, que decía “Piel Más Blanca”; una camisa amplia a rayas verticales de diversos matices de rojo y gris, que me resultó muy estridente; un peluquín, de pelo lacio y claro; y unas lentillas de color gris oscuro –Grafite, decía en la caja–. Encima de la mesa puso también un Longines antiguo, de oro, y un grueso anillo con una piedra violeta montada en plata. Enseguida me aclaró que aquellas dos piezas eran herencia de su padre, que según dijo era un tanto extravagante en sus gustos estéticos. Observé con nerviosismo aquel montón de artículos que debían servir para convertir a un sacerdote en un tipo cualquiera. Me parecía un exceso.

–¿No pretenderás decirme que me ponga todo esto para pasar desapercibido? –pregunté incrédulo–. ¿Quieres que se forme un círculo de curiosos a mi alrededor?

Ane me miró un instante con un atisbo de impaciencia. Enseguida relajó el semblante.

–Aunque no te lo parezca lo he pensado bastante –replicó–. Y si vas a meterte en la guarida del lobo necesitas todo esto y más.

Su tono firme me contuvo.

–De acuerdo, cuéntame que has pensado –concedí–. Pero es solo un bar, y no la guarida de ningún lobo...

–Está bien, como quieras, pero no debemos correr ningún riesgo de que te reconozcan, y eso no es tan fácil. Empezando por lo evidente, que no te vean con la Vespa. –Respondí con un gesto de asentimiento que reflejaba que hasta ahí ya había llegado yo solito. Ella lo obvió y continuó con su discurso–. Ayer estuve pensando qué recordamos de las personas, y me di cuenta de que hay un montón de detalles a tener en cuenta. En primer lugar está la fisonomía, lo más obvio: las facciones, el pelo, el color de los ojos... pero junto con la fisonomía también hay que tener en cuenta los gestos propios de cada uno; tú por ejemplo, entornas los ojos todo el rato y parpadeas mucho más de lo habitual. Y casi nunca miras de frente, tu mirada es más bien oblicua.

La miré un instante sorprendido; me pareció que aquella descripción no era precisamente muy favorecedora.

–¿Mirada oblicua? –pregunté.

–Da igual. Cada uno tenemos nuestras maneras. Lo importante es que los gestos nos traicionan; ¿cuántas veces sabemos que dos personas son familiares aunque se parezcan poco debido a que sus gestos son muy similares? Así que

he pensado que además de enmascarar bien tu rostro tienes que intentar controlar tus gestos.

–Pero yo no conozco a ese Chechu de nada, nunca nos hemos visto...

–Pero no sabemos si él te ha visto a ti, Sopelana es un pueblo pequeño. Y los curas no suelen pasar desapercibidos.

Hube de admitir que la posibilidad no era en absoluto descartable. Le hice una señal para que continuara.

–Después está la ropa. He comprado algo que contraste con tus camisas, que son siempre o blancas o azules.

–Es que soy sacerdote...

–No es un reproche –contestó ella rauda–. Pero por eso elegí esta camisa.

–Un poco estridente...

–Con colorido. Nadie imaginaría verte con esta camisa puesta. De eso se trata. Y he añadido el reloj y el anillo de mi padre para desviar aún más la atención; muchas veces un detalle particularmente vistoso es lo que más recordamos de una persona a la que solo hemos tenido oportunidad de ver durante un breve lapso de tiempo.

Asentí de nuevo; realmente le había dado una buena pensada al asunto.

–Por último, los andares. Azur, tu cojeas un poco de la pierna izquierda, intenta evitarlo.

La miré perplejo.

–¿Cojeo?

–Sí, muy ligeramente, pero cojeas.

Aquello sí que me dejó descolocado, pero me di cuenta de inmediato de que ella tenía razón. Arrastraba desde hacía años un dolor leve pero constante en la cadera izquierda que hacía que moviera la pierna de ese lado con un ligero retraso. Eso se llama cojera. Tuve que claudicar también en esto.

Ane, que había realizado su exposición de pie, se sentó entonces a mi lado y me miró con ademán interrogador. La seriedad con la que se había tomado todo aquello me hizo sentir una súbita ternura, y acercándome besé su mejilla. Me di cuenta de que, de alguna manera, aquella enumeración de mis “defectos” estéticos y físicos nos hacía sentirnos más cercanos. Nos abrazamos brevemente. Al separarnos de nuevo me dirigí a ella con una media sonrisa.

–¿Me dejas que no me ponga el anillo?

Ella asintió sonriendo mientras ordenaba los diversos artículos.

Una hora después abandoné el caserío en un estado en el que no me

hubiera reconocido ni mi pobre madre. El peluquín se había ajustado perfectamente sobre mi pelo, que llevaba muy corto, y lo que más había costado era que Ane consiguiera colocarme aquellas dichosas lentillas. Pero el efecto, con la ayuda del blanqueo de la cara, era realmente extraordinario. Me había puesto la camisa chillona y una cazadora vieja que ya no utilizaba nunca y que había sacado del armario para la ocasión. Unos vaqueros y unas deportivas completaban el vestuario, además de las gafas y el reloj. Hasta intenté no cojear en absoluto mientras me dirigía a por la moto.

Sin embargo, aquel elaborado ejercicio de camuflaje no logró evitar que cuando me adentré en el Indian hacia las doce del mediodía, tras pasar por casa a dejar la Vespa, estuviera como un flan. Antes de entrar había escudriñado el interior desde el otro lado de la calzada para asegurarme de que no había más clientes. Únicamente una señora de bastante edad, sin duda despistada, tomaba café en una mesa apartada. En el interior había un futbolín, un par de máquinas tragaperras, fotos de moteros y grupos de música, y una bandera confederada. Me senté en la barra y pedí un café con leche con voz vacilante. Pero al observar a Chechu unos instantes me tranquilicé; no se parecía nada a la Comadreja, también era larguirucho como este, pero su cuerpo no transmitía ninguna agresividad. Y su rostro era afable, con una mirada no muy despierta y algo perruna. “Marchando” contestó, en un tono también afable. Permanecí un rato revolviendo mi café, indeciso sobre cuándo comenzar la conversación. Entonces la señora, que yo pensaba que habría entrado allí por error, se levantó y se despidió de Chechu muy afectuosamente. “Hasta mañana, rubia”, contestó el camarero. Aquel diálogo acabó por relajarme del todo. Me admiré entonces de cómo me había dejado llevar por la imaginación, y me afloró una sonrisa al recordar los trabajos que se había tomado Ane con mi disfraz; incluso me recreé pensando en lo ridículo de mi peluquín, y en aquel absurdo reloj dorado que emergía por debajo de la manga de la camisa.

Había decidido comenzar la conversación con un tema infalible, al que prácticamente ningún habitante de la provincia es inmune: el Athletic de Bilbao. A tal efecto me había informado en los periódicos de la actualidad del equipo de fútbol –personalmente yo soy más de frontón.

–Y qué, ¿ya ganaremos el domingo? –avancé.

–A ver, dicen que el Betis anda flojo –contestó Chechu.

–Pena que Guerrero no esté bien –continué. Al parecer el tema crítico de la temporada era que “la perla” había bajado mucho su nivel.

–Eso parece –contestó con desgana–. Demasiado dinero para un chaval de esa edad por andar dando patadas al balón. A mí la verdad lo del fútbol me aburre hasta decir basta.

Aquello me dejó planchado. No había preparado ningún plan B para romper el hielo, estaba plenamente convencido de la infalibilidad del Athletic. Pero no era cuestión de insistir por ahí después de la aclaración de Chechu. Di un trago al café y decidí ir directo al grano.

–Qué horror lo de ese pobre chico que murió en el incendio –solté, mientras jugueteaba con el reloj. Iba a mencionar que lo había leído en los periódicos, pero no hizo falta, Chechu entró en el tema como un misil.

–¡Cagüen la puta, qué movida! –exclamó–. El tío venía por aquí todos los días. Menuda escabechina le han hecho.

Pensé que aquello había empezado muy bien, y me animé a dar una vuelta de tuerca más.

–Hay que ser salvaje para cortarle el pene –dije, tanteando.

Me lanzó una mirada que parecía denotar que él conocía cosas que podrían servir para matizar mi afirmación.

–Bueno, entre salvajes andaba la cosa –dijo.

Siguió un silencio significativo. La puerta estaba abierta para que yo entrara, pero temía desbaratarlo todo con mi siguiente movimiento. Decidí arriesgarme.

–¿El chaval estaba metido en cosas raras? –pregunté.

Chechu apenas dudó un segundo. Se veía que le gustaba largar.

–El Fidel era un pedazo cabrón. Un tío divertido pero cagüen la puta, qué pedazo bicho. ¡Las que ha montado aquí mismo!

–Vaya, los periódicos no hablan de eso. ¿Entonces crees que ha podido ser por venganza?

–Seguro. A alguno se le han hinchado los cojones y *dinbi danba*, le ha dado bien. –Acompañó aquella afirmación con un movimiento rápido de la mano, como golpeando a alguien.

–¿Y lo del pene? Suena a crimen pasional –aventuré.

Me observó un instante entre pensativo y divertido. Se ve que lo de pasional le hacía gracia.

–También puede ser, este se tiraba a todo lo que se movía –opinó–. Ahora andaba con esa... cagüen la puta, menuda zorra.

Un paso más; tenía que acabar de lanzarme al ruedo.

–¿Patricia? –la pregunta salió de mi boca con una timidez que no pude

evitar.

Chechu me miró sorprendido y yo intenté hacer como que no había dicho nada extraño.

–¿Conoces a la novia de Jon? –preguntó. No aparentaba desconfianza, solamente sorpresa.

–Sí –contesté, de forma automática–. Bueno, yo no –aclaré acto seguido–, pero me han hablado de que Fidel estaba últimamente con una colombiana que se llama Patricia.

–Colombiana no, peruana –matizó–. Así que es *vox populi*; pobre Jon, con lo buen chaval que era esa tipa le ha vuelto loco.

Se inclinó entonces hacia mi lado de la barra y me habló en un tono más bajo y confidencial.

–El cabrón de Fidel se la ha llegado a tirar en el baño, aquí mismo, mientras Jon se tomaba unas cañas en la barra. Tal cual, con un par. No entiendo qué le ha pasado a Jon. Esa tía lo tiene como embrujado, no se le reconoce. Y encima los amigos descojonándose a la cara.

–¿Los amigos de Fidel?

–Sí, el Gorka y el otro burro, Ibon. Otro par de cabrones. No sé de dónde los pudo sacar Patricia a todos ellos.

Chechu estaba lanzado, y yo más, comenzaba a disfrutar de mi papel de detective.

–¿Y crees que ha podido ser Jon... al que se le han inflado...?

–No, hombre, no, Jon no hace eso –respondió con un gesto escéptico–. Joder, no. Lo conozco desde crío, era un chaval de puta madre. Muy sano, todo el día surfеando, hasta que en un viaje a Máncora a coger olas se le cruzó el pendón ese en el camino. Y se jodió; la Patricia lo domina como quiere. Fíjate que a veces hasta le dice “no, esta noche quédate en casa, que me apetece salir sola”; ¡jacojonante! Pero cargarse al Fidel no lo veo... no sea que esa pedazo zorra lo haya acabado de volver loco del todo.

–¿Y no ha podido ser ella la que lo haya hecho? –pregunté entonces–. Tal vez tuvieran un desencuentro...

Chechu me devolvió una mirada enigmática. Iba a contestar cuando oímos un ligero chirriar de bisagras. El camarero giró la cabeza hacia la puerta y entonces su rostro se contrajo. Se separó rápidamente de mí y cogió un vaso que comenzó a limpiar. Lo observé sorprendido; por instinto, evité mirar hacia la puerta. Alguien se acercaba a la barra. Chechu levantó la cabeza y se dirigió al recién llegado, que se aproximaba por mi espalda.

–Aúpa Gorka, ¿cómo va? –saludó.

El corazón me dio un vuelco. No podía tratarse de otro Gorka. Oí sus pasos acercarse. No pronunció palabra hasta que se sentó en la barra, dos metros a mi izquierda. Tenía una voz aguda y un poco gangosa.

–Ponme una caña, Chechu –dijo.

Lo miré por el rabillo del ojo. Sacó un paquete de cigarrillos y se metió uno en la boca, pero no parecía tener prisa en encenderlo. Pensé que era un buen momento para largarme de allí. Repentinamente la Comadreja –porque de él se trataba– se volvió hacia mí y me observó de arriba abajo sin disimulo.

–¿Tienes fuego? –dijo entonces.

Al girarme hacia él tiré la taza con la mano, desparramándose por la barra lo que quedaba del café. Balbuceé que no, que no tenía fuego. Sus ojos muy negros y maliciosos me escudriñaron unos segundos. De cerca era todavía más repugnante y amenazador de lo que lo recordaba. Acerté a dejar el importe del café sobre la barra y me levanté del taburete a la vez que dirigía a Chechu un breve saludo de despedida. Salí de allí con paso vacilante y el miedo en las entrañas; en aquellos escasos metros que me separaban de la puerta, sentí con mayor claridad que nunca una plena conciencia de mi cojera. Ya fuera del bar caminé a paso veloz hacia La Triangu y cuando me encontraba a unos cien metros giré un momento la cabeza. En la puerta del Indian estaban Chechu y Gorka, observando cómo me alejaba.



Al doblar en el camino de los acantilados me puse a correr con toda mi alma y no paré hasta llegar a Sopelmar. Ya en Kukullu, me detuve jadeante a coger un poco de aire. Transcurridos un par de minutos, con la respiración recuperada, caminé a paso ligero hasta mi portal, a la vez que me giraba varias veces para cerciorarme de que nadie me seguía. Me introduje con rapidez y subí las escaleras de dos en dos. Aquel disfraz me quemaba el cuerpo, necesitaba arrancármelo de encima y volver a ser el párroco de Berango, un perfecto desconocido para la Comadreja. Recuperada mi identidad cogí la Vespa y salí zumbando para el caserío. Ane me aguardaba expectante. Apenas nos sentamos comencé a referirle de forma atropellada mi conversación con Chechu, y no tardé en saltar a la aparición del tal Gorka, cuyo recuerdo me daba todavía escalofríos. Ella me forzó a volver hacia atrás y a relatarle el diálogo que habíamos sostenido con todo detalle. Logré de esta manera ir calmándome y, al finalizar, media hora después, pude apreciar que, a pesar de aquel susto inesperado, la misión se había cumplido con notable éxito. La realidad es que yo no había esperado que la conversación con Chechu fuera a ser tan fructífera, y Ane también coincidía con mi apreciación. Nos dispusimos entonces a resumir lo que había logrado averiguar.

–Se confirma que Fidel era un individuo de la peor calaña y que tenía muchos enemigos –comencé a enumerar–. El crimen ha podido ser una venganza cometida por cualquiera de ellos. Por otro lado, por lo que parece, Patricia no le va a la zaga en cuanto a lo de la mala ralea.

–Sí, y se confirma también que ambos traicionaban al novio de la chica en su propia cara –intervino Ane–. Está claro que tenemos que considerar a ese Jon como un posible sospechoso.

–Estoy de acuerdo. Aunque Chechu parecía totalmente convencido de que el chico no es capaz de hacer algo así –reflexioné–. Por otro lado, admite que

Jon ha cambiado por completo desde que conoció a Patricia. Dice que ella lo ha “embrujaado”, que lo ha vuelto loco.

–¿Y dices que se conocieron en Máncora?

–Así es. Debe de ser un pueblo de la costa del Pacífico peruano, ya que al parecer Jon fue allí a hacer surf. Y tuvo la mala suerte de toparse con ese diablo de mujer...

Ane puso entonces cara de estar pensando y al de unos segundos avanzó una teoría.

–¿Qué te parece esto? –dijo–: sabemos que Fidel maltrataba a Patricia; esta se harta y decide vengarse. Para ello utiliza a Jon, al que tiene totalmente dominado. El chico tenía que odiar al muerto, y está dispuesto a hacer cualquier cosa que Patricia le pida, aunque sea contraria a su temperamento; incluso asesinar. Además, aprovechan que un desconocido acaba de quemar el coche de Fidel, lo que debe ayudar a despistar las investigaciones de la policía.

La miré con ademán escéptico.

–Un poco contradictorio –opiné–, Jon tenía tantos o más motivos contra Patricia que contra Fidel...

–Sí, pero recuerda que ella lo tiene “embrujaado”. Me parece algo verosímil en un triángulo amoroso: Patricia llega despechada y golpeada una noche y le confiesa a Jon que ha estado con Fidel –cosa que él en el fondo ya sabe–; pero aclara que fue este quien la sedujo o la forzó, y que esa noche al negarse ella a mantener relaciones –por amor a Jon–, él la ha golpeado brutalmente.

Medité unos instantes sobre aquella teoría. No sonaba del todo improbable.

–Podría tener sentido si el chico está muy enamorado –concedí–, pero no parece suficiente para quemar vivo a un hombre y cortarle el miembro. Y además, más allá de la opinión de Chechu, la verdad es que Jon tiene pinta de ser una persona pacífica...

–Nada es suficiente para justificar esa atrocidad, Azur, pero estamos hablando de un putón que es capaz de tirarse al amante en el baño del bar mientras su novio toma una caña en la barra–rebatí ella de forma vehemente y algo grosera–. Y en cuanto a Jon, es un pobre tipo que está tan encoñado que se niega a ver lo que está ocurriendo delante de sus narices...

Yo la miré con una mezcla de timidez y desagrado. Me incomodaba oír la hablar en esos términos. Pero el fondo de lo que decía podía tener sentido.

Asentí con un movimiento de la cabeza.

–Tampoco podemos descartar que el crimen lo haya cometido la propia Patricia –dije entonces–, aunque es poco probable por la diferencia de fuerza. Fidel era un tipo muy robusto y la peruana es muy liviana...

–Parece improbable –convino–. De todas formas, tampoco debemos dejarnos llevar por nuestras cábalas, lo cierto es que, como dices, Fidel tenía muchos enemigos, y ha podido ser cualquiera de ellos... ¿Qué más sabemos?

–Poco más –contesté–, que los amigos de Fidel son así mismo unos indeseables peligrosos. Y que uno de ellos, el tal Gorka, habrá ya descubierto a través de Chechu que el tipo extravagante con camisa chillona y reloj de oro andaba haciendo muchas preguntas. Imagino que Patricia no tardará en saberlo también; estoy convencido de que esa parte del objetivo de la misión ha quedado cumplida.

Suspiré entonces, reconfortado por haber llevado a cabo el encargo que el Negro me había encomendado. Si quería que Patricia se sintiera vigilada ya le habíamos dado motivos. Pero yo dudaba de que aquella maniobra sirviera para algo y así se lo reseñé a Ane.

Ella me miró a los ojos pensativa y asintió. Los dos habíamos sido escépticos desde el principio de que aquello pudiera ayudar al Negro.

–Tú lo has intentado –dijo–, no se te puede pedir más.

Abrí las manos en un gesto que venía a corroborar que poco más podía hacer yo.

–Ahora hay que dejarlo en manos de la *ertzaintza*–añadí–, creo que cuando le cuente todo esto al subcomisario no dudará en realizar unas indagaciones. Tengo que pensar en cómo plantearlo... supongo que puedo decir sin más que he mantenido una conversación casual con el camarero del Indian, bar que el muerto frecuentaba a diario...

Acordamos que aquel era un buen plan de acción y entonces le pedí a Ane que me quitara las lentillas. Nos costó un rato, pero finalmente salieron. Me sentí liberado al desprenderme de aquella última traza de mi corto y estrafalario periplo como detective; esperaba no tener que hacer algo parecido nunca más. Un rato después abandoné el caserío y me fui a coger el Metro en Larrabasterra. Había quedado en Bilbao a comer con el Obispo.

Al día siguiente, en nuestra reunión semanal en la sacristía, le relaté a Kundera cómo había ido mi trabajo de investigación. Pocas veces le he oído reírse tanto. Su opinión sobre el asunto era que todo aquello no serviría para nada, pero que hubiera pagado cualquier cosa por verme disfrazado de esa

guisa. Lamentó de veras que no se me ocurriera sacarme una foto. Yo le advertí que aquella era una cuestión muy seria, y que tal vez no reiría tanto si tuviera a Gorka delante; pero la verdad es que podía entender que desde su perspectiva no dejaba de ser todo bastante cómico, y además tenía muchas dudas de que ni siquiera aquella Comadreja que tanto me asustaba a mí lograría inmutar a mi imperturbable amigo. Más tarde, cuando se le pasó aquella risa convulsiva, adoptó un ademán más serio y me interpeló sobre qué pensaba hacer ahora.

–Contárselo a la *ertzaintza* –dije–, evidentemente no lo de que he hecho de detective amateur, sino decir que el camarero del Indian me ha largado todo esto motu proprio. Espero que interroguen a Patricia y al resto de la banda.

–¿Y si el camarero dice que no te conoce de nada y que todo eso es inventado?

–Es su palabra contra la mía. Estoy seguro de que el subcomisario me creerá.

–No me parece que tengas mucho que ofrecerle: que Patricia le ponía los cuernos a su novio con el muerto. ¿Y qué?

–Y también que Patricia y el muerto pelearon violentamente poco antes de su muerte, y que ella lo amenazó...

–Eso no te lo ha dicho el camarero. Recuerda que tu amigo el Negro no quiere que le delates. ¿Cómo vas a justificar el origen de esa información?

La observación de Kundera me pilló desprevenido. No me había percatado de aquel detalle.

–Supongo que tendré que decir que lo de la pelea salió también en la conversación con Chechu –contesté, con tono algo vacilante.

Kundera escudriñó mi rostro antes de hablar. Sus palabras me llegaron cargadas de una ironía severa y recriminadora.

–Para ser un sacerdote empiezas a acumular un buen número de falsedades –dijo.

Fui a protestar ante aquella severidad que consideraba injusta, pero me quedé a medio camino; pensándolo bien era cierto que aquel asunto me estaba obligando a mentir cada vez más.

–Es por una causa justa –alegué, no muy convencido.

Kundera mantuvo el gesto serio.

–Azurmendi, ¿sabes por qué nunca he deseado tener hijos? –preguntó entonces.

La pregunta no parecía venir a cuento, pero sabía por experiencia que mi

amigo tendría alguna razón para hacerla, y que no iba a tardar en exponérmela. Permanecí en silencio unos segundos hasta que Kundera habló de nuevo.

–La gente tiene hijos porque necesita hacer algo tangible, sólido, crear un “producto” que dé fe de su paso por este mundo. Es parte de nuestra querencia innata a rechazar la levedad y a optar por el peso, que parece atraernos como un imán. Pero resulta que los hijos no son el producto que buscábamos, esa obra donde proyectar y perpetuar nuestro ser, nuestros anhelos, caprichos, frustraciones... no, los hijos tienen vida propia e independiente, y no tardan en demostrarlo. Y cuando lo hacen nos sorprenden, y muchas veces, si las expectativas que habíamos volcado en ellos no estaban ajustadas a su realidad independiente, nos hieren profundamente.

Me quedé un rato cavilando aquellas palabras, aunque su significado se me había hecho evidente de inmediato, mucho antes de que Kundera concluyera su discurso. Aunque me dolía su intromisión tenía que admitir que mi amigo daba una vez más en el clavo: en efecto, al menos hasta cierto punto, el Negro era para mí como un hijo.

–Le tengo afecto al chico, y siento una responsabilidad hacia él, eso es cierto –dije entonces con voz grave–. Tal vez, como dices tú, esté optando por el peso; pero no es más que el peso que se deriva de la obligación de ayudar a mis congéneres. Y eso es algo que elegí voluntariamente hace mucho tiempo.

Ante la solemnidad de mis palabras, Kundera distendió su actitud y volvió a asomar una sonrisa.

–Muy bien –observó–, basta que no pierdas consciencia de la posición de cada cual en esta historia. Si sigues así –añadió jocoso– no me extrañaría que acabaras por ofrecer tus servicios de detective a la *ertzaintza*.



Me hallaba sobre una tarima, en cuclillas bajo una potente luz que deslumbraba mis ojos. Frente a mí, algo más elevadas, se hallaban cuatro personas sentadas en la penumbra. Posiblemente nos encontrábamos en el escenario de un teatro, pero no era capaz de decirlo con seguridad. Parpadeaba sin lograr focalizar mi visión, y a pesar de intentarlo con todas mis fuerzas, no lograba determinar quiénes eran aquellos personajes; todos ellos tenían un aire que me era familiar, y por momentos creía estar a punto de descubrir sus identidades, pero entonces se difuminaban hasta convertirse en masas informes. Sin embargo, las cuatro figuras me trasmitían una misma sensación con nitidez: eran personas que tenían o habían tenido por mí una gran estima, pero en aquel momento todas ellas estaban terriblemente decepcionadas conmigo.

Entonces una nueva luz cayó desde arriba iluminando a la figura que estaba más a mi izquierda, a la vez que el foco que me deslumbraba atenuaba su intensidad. Se trataba de Jesucristo, ahora podía reconocerlo con claridad, vestido únicamente con un calzón y manchado de sangre en su costado y en las palmas de las manos, tal que se acabara de bajar de la cruz. Su mirada era bondadosa pero reflejaba un inmenso dolor. Se dirigió a mí por mi nombre de pila.

—Ander —dijo—, te necesito conmigo ahora que todos los hombres me abandonan.

Aquello me produjo un enorme pavor, pero también ternura, Jesucristo se asemejaba a un niño desvalido, incapaz de superar por sí solo las adversidades.

—Estoy contigo —acerté a decir, algo inseguro, con labios temblorosos.

Él se revolvió en su silla y se alzó. Ahora sus ojos despedían una furia helada que me atravesó el corazón. Sus labios repitieron varias veces la

palabra “traidor”, en diversos tonos e intensidades, mientras yo agachaba el rostro, lo tapaba con mis manos y sollozaba amargamente. La visión finalizaba repentinamente al desaparecer Jesucristo del escenario en un estallido de luz que de nuevo me deslumbraba.

Aquí se producía un salto y me encontraba mirando a la segunda figura, o tal vez fuera la tercera, las posiciones se habían vuelto imprecisas. Una luz más tenue que la que había iluminado a Jesucristo alumbraba a aquel personaje: se trataba de mi Obispo Diocesano. Aunque su rostro también reflejaba autoridad, yo no podía dejar de compararlo con el de Jesucristo, cuya imagen todavía permanecía muy viva en mi mente, llenándome de angustia; a la vista de tal comparación, la mirada del Obispo se me hacía funcionarial, como la de un contable o un secretario. Alzaba entonces su mano y me hablaba con una condescendencia que no llegaba a ocultar un importante poso de irritación. El asunto parecía suponerle una inconveniencia realmente molesta.

–Azurmendi, ¿es que no eres capaz de refrenarte? –decía.

Yo intentaba mantener la mirada firme y serena, me creía en posesión de una verdad que dignificaba mi posición y que el Obispo no podía entender por falta de conocimiento y de experiencia; sin embargo, me sentía también enormemente avergonzado. Tras un nuevo salto ya no nos encontrábamos en el teatro, sino en el comedor de la sede diocesana, frente a frente, interrumpida nuestra comida por la pregunta del Obispo. Entonces el comedor se llenaba de comensales, diversos párrocos de la provincia a los que yo conocía bien. Por detrás del Obispo, aparecía y desaparecía el Padre Sebas, haciendo muecas irónicas, soltando risotadas estruendosas, y realizando gestos obscenos tal que se tratara del bufón del obispado. Yo repetía entonces, en una letanía que iba rápidamente perdiendo en convicción: “es amor, es amor, es amor...”.

Aquella visión terminaba con una imagen oscura e inconexa: tenía doce años y mi antiguo prefecto me llevaba asido de la mano por los pasillos del Seminario; en este caso era él el que repetía “es amor, es amor, es amor...”, mientras yo agachaba la cabeza profundamente atribulado y avergonzado.

Repentinamente me encontraba de nuevo en el teatro y tenía a Kundera ante mí. Volvían a reproducirse las posiciones originales: él estaba sentado enfrente y yo permanecía en cuclillas, con los músculos de las piernas y las rodillas entumecidas. Kundera exhibía su media sonrisa habitual, y durante un rato se dedicaba únicamente a guiñarme el ojo tres o cuatro veces. Finalmente se ponía serio y con voz grave se dirigía a mí, con palabras que sonaban más a

una orden que a un consejo de amigo.

–Mata a Dios, Azurmendi –decía–, asesínalo en tu interior.

Aquello me causaba una gran zozobra, porque me daba cuenta de no saber a qué atenerme, y me veía entonces hundiéndome en un pozo de aguas oscuras y profundas, que de alguna manera yo sabía que representaba el pozo de mis incoherencias.

El sueño –o tal vez fueran varios sueños concatenados– pasaba entonces al último de los personajes, cuya visión resultó la más terrible y desazonadora de todas. Repentinamente, abandonada la tarima, paseaba por una playa junto a Ane, que estaba mucho más joven, casi una adolescente, como en las fotos que yo había visto en el caserío. Tanto su rostro como el resto de sus atributos femeninos me parecían espléndidos, aunque no podía precisar cómo iba vestida. Su decepción era la más ambigua de todas, y la que mayor dolor me producía. En sus ojos se mezclaban la lástima, el aburrimiento e incluso cierto desdén; no había ningún atisbo de amor. Ane no decía nada, simplemente me miraba. Aterrado por el significado de aquella mirada intentaba hallarle una explicación, recordar en qué podía haberla fallado, pero como respuesta, solo encontraba mi miserable insignificancia de párroco fracasado. No pudiendo soportarlo más, sentí que me salía de aquella horrible pesadilla. Sobresaltado, me desperté en mi habitación. Durante unos segundos mi mente, ya despierta, siguió buscando respuestas a aquellas miradas decepcionadas, mientras el velo de la terrible realidad onírica se iba deshaciendo con dificultad. Finalmente la objetividad de mi cama y el viento que aullaba con fuerza en el exterior lograron asentarse.

Ya no pude dormirme y salí a correr una hora antes de lo habitual. La semana comenzaba con un tiempo de perros: una fuerte borrasca nos azotaba desde el Atlántico. La lluvia que me golpeaba en horizontal y los empujones intermitentes del viento sirvieron para aliviar el espanto de la pesadilla; se había tratado de uno de esos sueños cuya fuerza y claridad es tal que nos cuesta aceptar que no sean parte de la realidad. Afortunadamente mi cerebro tuvo que concentrarse en mantener el trote ante la tormenta, y al volver a casa el mal sueño era ya un lejano recuerdo.

Más tarde, poco antes del mediodía, revisaba papeles en la sacristía cuando aparecieron por allí Josune y Asier. Habían regresado la tarde anterior de su viaje de novios a Puerto Plata, en la República Dominicana. Volvían con algo de color y el aspecto de Josune era más saludable. Dedicaron un rato a comentar con entusiasmo la belleza de las playas caribeñas y la simpatía de

los locales. Asier, que era bastante tragón, se centró entonces en lo que había dado de sí la cocina dominicana.

–Arroz con habichuelas, carne guisada y *tostones* de plátano todos los días... un aburrimiento –decía.

Josune le reprochó con la mirada que encontrara un lunar en la que ella debía de considerar una luna de miel insuperable.

–Y la lan... gos... ta, ¿qué? –recordó.

–Es cierto, Padre –se relamió con el recuerdo Asier–, un día tomamos una langosta enterita cada uno en un chiringuito de la playa. Qué lujo. Pero no tienen el mismo sabor que las de aquí...

–Aparte de comer también habréis salido a bailar... –interrumpí, a la vez que posaba mi mano un momento sobre la rodilla de Josune–. Los compañeros de misiones en los países caribeños contaban que allá la gente no para de bailar...

–Una noche sí que fuimos a una discoteca –explicó Asier–, pero hay mucha prostitución, jóvenes dominicanas que se acuestan con extranjeros para sacar unos pesos, y la verdad es que fue bastante deprimente ver en directo cómo se concretan estos tratos; de hecho la mayor parte de las chicas están allí solo para eso, y los hombres lo mismo. Por cierto, había bastantes de aquí...

Al oír aquello crucé una mirada de inteligencia con Josune, teñida en ambos por un punto ambiguo de ironía; interpreté que, por motivos diferentes, ninguno de los dos se sentía ya con ánimo de juzgar ciertas miserias humanas. Asier por su parte siguió durante un rato refiriendo aspectos anodinos del viaje, pero Josune parecía cada vez más inquieta. Tuve la intuición de que quería contarme algo. Finalmente se hartó de aquella cháchara intrascendente y cortó a su marido, cuando este comenzaba a describir las sesiones de gimnasia acuática en la piscina del hotel.

–Asier, se lo quiero contar... ya –logró exclamar de carrerilla.

Él la miró con resignación. Era obvio que prefería mantener en secreto lo que fuera que Josune quería contarme. Pero ella le devolvió una mirada firme. Asier no tenía más remedio que soltarlo.

–Está bien... –dijo–. Padre, uno de nuestros primeros días en la playa se nos acercó una vieja que vendía pulseras y collares. Una de esas negras que no paran de hablar, medio desdentada y con unos enormes ojos saltones, de esos que parece que vayan a salirse de sus órbitas. Josune le compró un par de cosas y ella se sentó con nosotros. En media hora nos enteramos de más detalles de la vida local que en toda la semana: qué peces se pescan en la

zona, cómo se cocina el *mangú*, la diferencia entre el bolero y la bachata... En un momento dado se dio cuenta de que Josune se movía con dificultad y preguntó si le dolía algo. –Asier hizo una pausa y miró a su mujer con afecto antes de proseguir–. Como se imaginará conociéndola, Josune no tardó en explicarle su enfermedad en detalle, y la vieja, muy emocionada, la llenó de caricias y palabras tiernas. –Aquí paró de nuevo y pareció dudar sobre cómo continuar–. Entonces comenzó a hablarnos con gran misterio y convicción de los poderes curativos de la santería –dijo al fin–. El caso es que aquello no nos llegó de nuevas... es lo que le tenemos que contar. Josune ha leído mucho sobre santería en los últimos meses, y es una de las razones por la que elegimos viajar al Caribe...

Reaccioné mirando a Josune con sorpresa, pero tras pensarlo un momento no me extrañó que su mentalidad abierta y optimista fuera proclive a creer en curanderos.

–¿Santería? –pregunté– ¿Te refieres a rituales de vudú?

–E...so es –asintió Josune–. ¿Por qué no inten... tar...lo? –añadió con seriedad.

Me quedé sin saber qué decir, y entonces Asier aclaró que aunque no habíamos hablado anteriormente de ello, Josune llevaba tiempo explorando diferentes medicinas alternativas, frustrada por la impotencia de los médicos que la trataban. Las causas del ELA eran desconocidas para la ciencia moderna, que se declaraba incompetente para sanarla. Sin embargo, en determinados casos y por motivos desconocidos, el progreso de la enfermedad se ralentizaba o incluso se detenía; este hecho abría una puerta a la esperanza, y había estimulado a Josune a probar otros métodos, aun carentes de base científica. Ella había oído hablar del poder curativo de la santería a través de una latinoamericana que le daba masajes semanalmente, y que al parecer estaba iniciada en dichas artes. Así, habían volado a Santo Domingo con la idea preconcebida de aprovechar el viaje para contactar con un santero. La vieja de la playa les había brindado la oportunidad que buscaban a las primeras de cambio.

Ante mi creciente incredulidad, Asier pasó a referir las líneas generales del ritual al que asistieron al cabo de dos días. Aquel atardecer la vieja les llevó a la casa de un santero en un barrio periférico de Puerto Plata; les aseguró que era un hombre con grandes poderes. Era una casa pobre, indistinguible de las de la zona. Les abrió un anciano mulato de pocas palabras y mirada tenebrosa. Se sentaron en una especie de recibidor y a

indicaciones de la vieja relataron las características de la enfermedad de Josune. El santero les miraba fijamente y asentía de tanto en tanto, pero no abrió la boca. Sin embargo, su presencia no era en absoluto inocua, a decir de mis jóvenes e impresionables amigos transmitía una “fuerza especial”, imposible de describir con palabras. Finalizada la crónica de la enfermedad les hizo pasar a un cuarto pequeño en el que había un hueco abierto en la pared y dos mesas pegadas a los laterales. Todo el espacio estaba repleto de una amalgama de figuras de ídolos africanos, estatuillas de santos, velas, collares de cuentas, plantas y flores secas y recipientes de diversos tamaños. El anciano comenzó entonces a ejecutar sus extravagantes ceremonias con gran solemnidad e intensidad creciente: los ritos incluyeron extraños brebajes, cánticos incomprensibles en lo que sonaba a una lengua africana, unciones diversas en el cuerpo y rostro de Josune, y finalmente, en su culminación dramática, el sacrificio algo repugnante de una gallina que el viejo sacó de una caja.

En este punto Asier y Josune –que intervenía con breves aserciones– hicieron un alto en su relato y de sus caras deduje que todo aquel esperpento remachado con sangre de gallina les había impresionado profundamente. Asier confesó que a pesar de que él había entrado allí muy escéptico, más bien por darle el gusto a su mujer, la solemnidad y el misterio de la ceremonia vudú le habían causado un gran impacto. Y en los ojos de Josune se vislumbraba con claridad que ella creía en el poder de aquella magia –o al menos, deseaba creer en ello con total intensidad–. Finalizaron entonces su relato: tras mostrar su agradecimiento y su respeto al santero abandonaron la casa sobrecogidos. Afortunadamente pudieron salir indemnes de aquel lugar, más allá de los tres mil pesos dominicanos para correr con los gastos de la ceremonia. La vieja por su parte se negó desprendidamente a aceptar ningún dinero –yo imaginé que se debía llevar su comisión directamente del santero.

Nos quedamos en silencio, y tras unos segundos Josune me interpeló.

–¿Us... ted qué o... pi... na, Padre? –dijo.

Tras oír aquel relato disparatado me había quedado mudo. Con un gesto de resignación me forcé a salir de mi estado de perplejidad y pasé a debatir conmigo mismo si reprenderles por su ingenuidad y su imprudencia o tomármelo a la ligera. Normalmente me halagaba que aquellos chicos buscaran mi opinión y la valoraran, pero aquel asunto en concreto no dejaba de impacientarme. Sin embargo, tras pensarlo un rato, y a pesar de considerarlo de un enorme candor infantil, decidí finalmente que si aquello ayudaba a

mantener la esperanza de Josune un tiempo más no podía ser tan mala cosa. Me disponía a darles mi beneplácito, sin grandes entusiasmos, cuando la fugaz intuición de una inverosímil casualidad cruzó mi mente.

–Esa latinoamericana, tu masajista, ¿practica la santería? –pregunté con vehemencia repentina.

Josune me miró sorprendida por la pregunta y por mi tono impetuoso.

–Habla mu... cho de a...marres y otros he... chi... zos –respondió.

–¿Amarres?

–Se supone que es un hechizo mediante el cual una persona amada queda irremediabilmente ligada a la voluntad de quien ha realizado el amarre – aclaró Asier.

Me agité entonces excitado por la certeza de mi intuición. Por alguna razón inexplicable estaba seguro de que tenía que ser ella.

–¿Es peruana? –pregunté– ¿Cómo se llama?

Ambos me miraron desconcertados.

–Sí, es peru... ana –dijo Josune–. Se llama Pa... tri... cia.



No tardé en comprobar que se trataba de la misma Patricia: una enigmática morena de insólitos ojos verdes y gran belleza. Era una sorprendente casualidad que tal vez podía servir para recabar información relevante. Josune me contó que se había instalado en Algorta con su novio –un chico de Sopelana al que ella no conocía– dos años atrás, recién llegada de Perú, y que ejercía de masajista a domicilio. Por desgracia, y a pesar de que se conocían desde hacía ya un tiempo, la peruana no había compartido prácticamente detalles personales, más allá de los frecuentes y exaltados comentarios referentes a los que por lo visto ella definía como “mis hombres”. Ante mi insistencia Josune reveló algo azorada que Patricia le había hablado de diversas conquistas; entre ellas un tal Fidel, al que en uno de sus últimos encuentros había definido como un “hierro al rojo vivo sobre mi cuerpo”. Le pregunté si había mencionado algo sobre peleas o maltratos, pero no era el caso, aunque Josune me aclaró que debido a los preparativos de la boda y al viaje de novios hacía tres semanas que no veía a su masajista.

Insistí entonces en el tema de la santería. Al parecer era algo que apasionaba a la peruana, sobre todo los hechizos de amor, aunque en ocasiones, con una gravedad inusual, había mencionado también el poder de la magia negra. La propia Josune, más proclive a creer en estos rituales tras la sesión de Puerto Plata, se estremecía ahora al recordar la reverencia y el misterio con el que Patricia hablaba de los nigromantes: decía entre otras cosas que los Magos Negros podían llegar a matar con ayuda de los espíritus malignos, y que la sangre humana era utilizada en sus ceremonias secretas. Por mucho que interrogué a Josune con minuciosidad no conseguí sacar nada más concreto. Sin embargo, con lo dicho podía bastar para relacionar la afición de Patricia a la magia negra con la desaparición del miembro de Fidel. Y por otro lado, su gusto por los hechizos de amor podía también cimentar la teoría de la

colaboración de Jon en el asesinato, bajo el influjo de su novia: si realmente existía una técnica de “amarre” –quizás algún tipo de brebaje que actuara sobre las regiones del cerebro relacionadas con el enamoramiento o la voluntad–, el chico era un caso de libro.

Exaltado con aquella nueva información me decidí definitivamente a llamar al subcomisario Barrutia. Pero antes tuve que dar explicaciones a la pareja, que me miraba confundida ante aquella reacción intempestiva y el celo insólito de mi interrogatorio sobre Patricia. Les dije que se trataba de un tema muy grave en el que la chica podía estar involucrada, pero que por ahora no había ninguna certeza. Añadí que no podía darles ningún detalle más, que no lo comentaran con nadie y que Josune se abstuviera hasta nuevo aviso de concertar una cita con la masajista. Abandonaron la sacristía desconcertados ante tanto misterio.

Desafortunadamente, el subcomisario no se mostró tan impresionado con mis teorías como yo hubiera deseado. Era evidente que en la *ertzaintza* consideraban que ya tenían al asesino entre rejas, y que el caso se daba por cerrado, a expensas de que el juez realizara una buena instrucción y atara bien los cabos. Las menciones a los siniestros amigos del muerto, los amarres, la magia negra, los celos, el crimen pasional... fueron calificadas por Barrutia como “culebrón latinoamericano”. Sin embargo, había un hecho indiscutible, Patricia había peleado violentamente con el muerto y lo había amenazado poco antes del crimen, y el subcomisario admitió que aquel dato podía aconsejar mantener una conversación con la chica y su novio. Como era previsible, quiso saber cómo me había enterado yo de todo aquello; mencioné el nombre del camarero del Indian, y alegué guardarme otras fuentes por respeto a su deseo de no verse involucradas en investigaciones. El subcomisario aceptó a regañadientes que, “por el momento”, al juez instructor podía bastarle con la palabra del párroco, al que por su profesión mucha gente le contaba cosas. Me aseguró que hablaría de inmediato con el juez, advirtiéndome sin embargo de que podía tardar unos días en dar trámite a aquella pesquisa.

Antes de colgar, inquirí si había novedades en el caso. No había nada nuevo, el asesino había sido muy cuidadoso de no dejar ningún rastro, y ningún vecino había ni oído ni visto nada. Por lo tanto, todo seguía apuntando al Negro como único sospechoso. Por su parte, este no tenía ninguna coartada para la noche en la que ocurrió el homicidio, salvo que se encontraba “solo y sin compañía” en el piso en el que vivía. Y la *ertzaintza* estaba convencida de que el bidón de gasolina que supuestamente había tirado al mar le había

servido en realidad de arma del crimen.

Aquella noche llamé a Ane antes de irme a dormir y ella sí que se mostró entusiasmada con mis últimas averiguaciones. En su mente no quedaba ya duda de cómo habían ocurrido las cosas, de forma radicalmente diferente a lo que la *ertzaintza* pretendía.

–¿Ves cómo yo tenía razón? –clamó–, ya te dije que ella había aprovechado que lo tenía embrujado para empujarlo a un asesinato por despecho. Ahora todo cuadra: lo tiene “amarrado”. Y además estoy convencida de que ella guarda el falo del muerto en algún sitio.

No pude evitar estremecerme un instante ante la truculencia de aquella aseveración. Después pensé que sería un golpe verdaderamente afortunado que la *ertzaintza* encontrara el miembro del difunto escondido en casa de Patricia.

–Lo que me parece realmente sorprendente –añadió entonces–, es que te hayas dado cuenta tan rápido de que la masajista podía ser nuestra Patricia. ¡Qué intuición! Si algún día dejas el sacerdocio puedes dedicarte a la profesión de detective.

Reí sin ganas ante aquella sugerencia que oía ya por segunda vez, y tras desearnos buenos sueños me fui a dormir.

Al día siguiente me decidí a organizar un encuentro que me rondaba la cabeza desde hacía tiempo. Desde el momento en que escuché mencionar la magia negra en relación con el asesinato de Fidel había pensado en el Padre Mitxel Etxegoien. Se trataba de un sacerdote jesuita ya retirado que había pasado muchos años de misionero en Haití, donde, por lo que yo recordaba de alguna lejana conversación, había tenido numerosas experiencias directas con el vudú, práctica enormemente arraigada en aquel país. En su momento el Padre Etxegoien había sido considerado una auténtica eminencia dentro de la Iglesia Católica en materia de exorcismos y otras prácticas del campo esotérico. Logré localizarle en la casa cural de Loyola, donde vivía desde su jubilación, y acordamos vernos el viernes.

Más tarde pasé por la prisión de Basauri y después de oficiar una misa para el pequeño grupo de reclusos bajo mi tutela aproveché para ver al Negro. Lo encontré bastante deprimido y aunque en principio, por una cuestión de prudencia, no pensaba decirle nada, finalmente decidí relatarle mis avances en la investigación. Escuchó mi relato con suma atención; me miró con un gesto exaltado cuando hablé de magia negra, e insistió con una excitación nerviosa en la importancia de buscar el falo de Fidel.

–Alguien que se toma el trabajo de cortarle el cacharro a un moribundo y

de llevárselo de allí no se deshace después de él –dijo con ardor–. Es imprescindible conseguir que la *ertzaintza* registre el lugar donde vive Patricia, estoy seguro de que lo tiene guardado.

Pensé que era lo mismo que había dicho Ane. En cualquier caso, al Negro le alentó mucho la noticia de que con toda probabilidad el juez iba a ordenar el interrogatorio de la peruana y su novio, y cuando lo dejé estaba bastante mejor de ánimo.

Al anochecer fui al caserío a ver a Ane. Después de referirle la visita a la cárcel nos sentamos en el sofá y hablamos un rato sobre todo el asunto. Entonces, según analizábamos una vez más las posibilidades del Negro, un repentino estado de decaimiento comenzó a apoderarse de mí. Llevaba días concentrado en articular y aplicar acciones concretas que pudieran ayudar al chico, pero al contemplar la situación en su conjunto me embargó la sensación de que todo aquello no servía para nada. Me quedé un rato pensativo y en silencio y, a la tercera o cuarta vez que suspiré, Ane me preguntó qué era lo que me pasaba.

–La verdad –contesté, levantando la cabeza y hablando con voz sombría–, tengo la impresión de que nos hemos dejado llevar por la imaginación con nuestro juego detectivesco. Siento que ha sido todo ridículo...

Ella me lanzó una mirada impaciente y recelosa. Era relativamente habitual que yo cayera en uno de mis estados pesimistas, que Ane encontraba invariablemente tan absurdos como exasperantes.

–No seas tan negativo –me reprendió–, yo creo que hemos hecho avances importantes. Estamos logrando abrir el abanico de sospechosos. De todas formas, tal vez te estés tomando todo el asunto demasiado a pecho... como casi todo, la verdad...

Aquella inesperada embestida me sorprendió.

–¿Qué quieres decir con eso? –pregunté.

–Que dejes fluir las cosas sin estresarte tanto –respondió.

La miré intentando controlar mi enojo. No era la primera vez que ella aludía a que yo era demasiado serio, tremendista, agobiado... en definitiva, un triste.

–Es fácil para ti decirlo –dije con acritud–, tú no tienes ninguna responsabilidad con el chico. Pero forma parte del compromiso que tomé, de la misión que se me encomendó.

Ella dio una especie de bufido y soltó una carcajada.

–Azur –dijo en un tono ambiguo, que tal vez pretendía quitar hierro, pero

que consiguió aumentar mi irritación—, no creo que tus superiores eclesiásticos esperen de ti que hagas de detective...

La miré con rencor.

—Ya sabes a qué me refiero —dije ofuscado. Ella me miró un instante con severidad y luego relajó el semblante.

—Está bien —dijo—, no nos enfademos por una tontería.

—No es ninguna tontería —contesté—, si no te puedes tomar en serio mi labor no...

No acabé la frase. Sentí que se me había torcido el gesto y que tenía el rostro enrojecido. Ane había conseguido sacarme de mis casillas; y su tono desdeñoso y condescendiente era lo que más me dolía, me parecía realmente intolerable. Tras dudar un instante, me levanté y haciendo un gesto rápido con la cabeza me dirigí a la puerta de entrada. Ella intentó un ademán conciliatorio, pero desistió al percibir mi determinación. Abandoné el caserío maldiciendo la prepotencia de Ane; pero apenas comencé a bajar las cuestas de Gatzarrine, había pasado ya a maldecir mi insensato orgullo.



El viernes cogí temprano el autobús a Donostia y allí enlacé con el servicio de La Guipuzcoana a Azpeitia. La visión del Santuario de Loyola –donde yo había asistido a numerosos retiros espirituales–, majestuoso en mitad del valle del Urola, me trajo recuerdos agrídulces de un tiempo sereno en el que abrazaba mi religión con alegría y convicción. La nostalgia ensombreció mi ánimo unos instantes, para luego teñirse de ternura con la contemplación de aquel paisaje tan cercano a mi corazón: los montes coronados por la bruma, las campos teñidas de un vigoroso verde de lluvia, y un rebaño de ovejas pastando a su aire junto al camino del Santuario. Habíamos concertado nuestra cita a las once en el centro de espiritualidad del complejo; llamaron a Mitxel desde recepción y no tardó en aparecer. Era un anciano alto, unos centímetros más que yo, muy erguido y recio para su edad –que debía rondar ya los ochenta años–. Su aspecto seguía siendo saludable y enérgico, sin embargo la intensidad de su mirada, que de inmediato recordé, parecía haberse teñido de un tenue velo, no sabría decir si de tristeza, aburrimiento, o simple distanciamiento de las cosas mundanas. Pero el viejo me acogió con un afecto sincero, e incluso recordó mi nombre de pila.

Nos trasladamos a una sala y tras charlar un poco sobre nosotros le expuse el motivo concreto de mi visita: argüí que a raíz del asesinato de Sopelana –del que me señaló que estaba al corriente– mis feligreses estaban algo inquietos con historias de magia negra, y yo quería conocer algo más del tema para poder responder adecuadamente.

–Además, independientemente de este caso, la afición a las “ciencias ocultas” parece ir en aumento –añadí.

Él asintió enérgicamente.

–Así es: astrología, brujería, tarot, espiritismo, magia blanca o magia negra... todo ello forma parte del deseo de encontrar el sentido de la propia

vida. Y en gran parte el auge de determinadas formas de esoterismo se debe a que nosotros nos hemos diluido, no hemos sabido mantener ni la esencia de nuestro mensaje ni la fuerza de nuestra propia tradición mágica.

Le miré extrañado.

–Desde luego –dijo–, nuestra fe también contempla un buen puñado de “verdades” que se mueven en el campo de lo mágico, y que tratan de dar respuesta a aquello que no podemos explicar. Fundamentalmente a aquello que se refiere al misterio de la vida después de la muerte: la existencia del cielo, el infierno, el purgatorio, la inmortalidad del alma, la resurrección de la carne, el juicio final... ¿No es todo ello parte de un mundo mágico que se escapa a la razón del hombre? El problema está en que hemos dejado de predicarlo con convicción real, porque nos resultaba incómodo en un mundo donde impera el racionalismo y el cientificismo, porque pensábamos que no respondía al lenguaje del hombre moderno. Y ahora resulta que el hombre de nuestros días se plantea, fuera de la Iglesia Católica, esas mismas inquietudes y preguntas legítimas.

–Sin embargo la doctrina católica condena la brujería y la adivinación, y también la evocación de los muertos –maticé.

Mitxel sonrió con ironía.

–Por supuesto –dijo con jovialidad socarrona–, las nuestras son verdades inexplicables, pero irrefutables y sagradas para el hombre; sin embargo lo de los demás es “magia”.

Le devolví una sonrisa de complicidad. Seguidamente adopté un rictus serio.

–Mitxel, ¿crees que la desaparición del pene de la víctima puede tener que ver con prácticas de este tipo? –pregunté.

–Es algo extraño –contestó caviloso–. Al menos, yo no he oído nunca de un caso similar; es cierto que en la magia negra se suele requerir algún elemento perteneciente al sujeto al que se le desea hacer un mal, pero en este caso se pretendía asesinar a la víctima en el mismo acto, por lo que parece más una simple y brutal muestra de odio o de sadismo. Por otro lado, son numerosas las historias de ceremonias en las que ha sido utilizada la sangre humana, y en algunos casos se ha podido certificar el sacrificio de personas. Pero aquí parece claro que no se realizó un ritual; si hubiera sido así se habrían encontrado rastros del mismo.

–¿Entonces no crees que tenga nada que ver con la magia negra? –pregunté desanimado.

–Tampoco me atrevería a afirmar eso. Tienes que tener en cuenta que las ceremonias de magia negra se realizan con un secretismo extremo, por razones obvias, y consecuentemente conocemos muy poco al respecto. Además, mucho queda a la imaginación y a la malignidad del brujo oficiante. De hecho, si nos encontráramos en un país africano o de América Latina, me atrevería a afirmar que con toda probabilidad la extracción del miembro viril habría tenido que ver con el vudú. Pero en Sopelana...

Le miré pensativo mientras escogía mis palabras.

–Sin embargo entre nosotros vive una importante comunidad de personas de esos países...

–Así es, y no te sorprenderá saber que los expertos que investigan el fenómeno en Europa centran sus estudios entre las comunidades emigrantes procedentes del Caribe y del oeste del África subsahariana.

Pensé en que Patricia era peruana, un país alejado de los epicentros del vudú.

–Aunque la práctica de rituales mágicos está muy generalizada tanto en el continente africano como en América central y del sur –añadió entonces, como si hubiera adivinado mis pensamientos.

Alentado por aquella aclaración pasé a preguntar por los fines y mecanismos de los rituales. Mitxel comenzó por explicarme el germen de la religión del vudú, que según dijo tenía su origen en la región bañada por las aguas del Golfo de Benín, en el África Occidental. Una antigua tradición animista que practicaban las tribus Yoruba entre otras, y que fue traspasada al continente americano a través de los esclavos. Fueron estos los que fusionaron prácticas de diversas etnias africanas hasta conformar una nueva religión. Al ser perseguido y castigado por los esclavistas, incluso con la muerte, el vudú comenzó a practicarse en secreto; y en su conformación definitiva adoptó también muchos elementos del cristianismo, al que los esclavos eran convertidos por la fuerza. Su práctica fue erradicada de entre los esclavos de Estados Unidos –a excepción de ciertas zonas como Nueva Orleans–, pero perduró con fuerza en el Caribe y en Brasil, y se difundió en diferentes grados por amplias zonas de América.

–Las ramificaciones más conocidas hoy en día son la Regla de Ocha en Cuba y la Santería en República Dominicana –añadió.

Tras explayarse sobre su origen, Mitxel se centró en los fundamentos de los rituales.

–La esencia del vudú está en que el universo es todo uno –relató–. Por

tanto hay una conexión plena entre nosotros y el mundo sobrehumano. Existe una entidad última, regente del mundo sobrenatural, pero esta es inaccesible al mundo de los humanos, por lo que la comunicación ha de realizarse a través de los *loas*, deidades intermediarias con personalidades diferentes y múltiples modos de ser alabadas. El *Hougan* o sacerdote vudú tiene la función de ponerse en contacto con los *loas* invocados; todo el ritual se encamina a ganar su favor, para que se dignen a poseer a los fieles y a concederles sus deseos de prosperidad, cura, o destrucción de los enemigos. Los participantes comienzan a bailar frenéticamente, a lanzar alaridos y balbucear, como si estuvieran realmente poseídos. –Mitzel me miró entonces un instante con sus ojos levemente velados, a la vez que abría sus manos–. En realidad –precisó–, no es muy diferente a cuando rezamos a algún santo cristiano, pero al tratarse de prácticas antiguas y rudimentarias el rito es más primitivo: viene acompañado de símbolos mágicos, libaciones y extrañas fórmulas verbales, y debe necesariamente finalizar con una muerte, en la mayoría de los casos de una gallina o un cabrito...

Reflexioné en que todo aquello era en realidad más parecido a los *akelarres* de nuestra tierra; sin duda la brujería de nuestros pagos, tan perseguida durante siglos, debió ser también una forma de ritualidad exagerada pero básicamente inofensiva. Por otro lado, el propio Mitxel había hecho mención a “sacrificios de personas” y a la “destrucción de los enemigos”; incidí en ello y le indiqué que ciertas prácticas del vudú no parecían tan inofensivas. Él asintió lentamente con gesto reflexivo.

–No debemos confundir el vudú con la nigromancia –aclaró–, tal como la que practican los hechiceros haitianos, los temidos *bokor*. Estas prácticas se inscribirían en el ámbito de la magia negra, aunque es cierto que el límite entre ambas es bastante confuso. Pero los Magos Negros interpretan el vudú de una forma degenerada y diabólica, y se someten al poder de Lucifer.

–¿Y en qué consisten sus hechizos? –pregunté, deseoso de saber si amputar miembros humanos podía estar entre sus refinamientos.

–La gente acude a ellos por múltiples razones, aunque las principales son pedir protección contra el demonio, asegurarse la fidelidad del amado, o causar daños a otra persona o clan, incluyendo la petición de muerte... Y sus rituales siguen la línea del vudú, pero son más desmesurados, sangrientos y perversamente sacrílegos. Como decía antes, dependen mucho del grado de maldad y de la imaginación del brujo oficiante.

–Por lo que dices la amputación del pene de la víctima de Sopelana podría

tener que ver con la magia negra –concluí–, dado que en sus rituales cabe casi todo, siempre que sea tenebroso y malvado. Pero también podría ser un simple acto de sadismo que no tuviera nada que ver con dichas prácticas.

Mitxel asintió con un gesto que denotaba cierto pesar por no haber podido ser más concreto.

–Así es –dijo–, entiendo que no es una respuesta muy clara para tus feligreses, pero me temo que no puedo ser más específico.

Intenté cambiar la frustración que había aflorado en mi rostro por un ademán más amable de agradecimiento.

–No te preocupes –dije–. En cualquier caso creo que debo asegurarles a mis feligreses que este crimen ha sido algo excepcional y que no se va a repetir.

Mi interlocutor asintió y entonces vacilé un instante, algo azorado debido a que encontraba un poco ridícula la última cuestión que tenía que tratar con el Padre Etxegoien. Una vez más opté por utilizar una pequeña mentira.

–Tengo una pregunta más –dije–, una joven de la parroquia me ha inquirido por los “amarres de amor”.

Él frunció el ceño y afloró una mueca de enojo. El velo de su mirada pareció disiparse momentaneamente.

–Eso no es más que un sacacuartos que se aprovecha de la ingenuidad de las chicas jóvenes –respondió–. Dile a tu feligresa que se deje de tonterías y que permita que el amor surja con naturalidad, como debe ser.

–¿Entonces no existen ni sustancias químicas ni otros mecanismos para afectar la voluntad del enamorado? –insistí.

–Yo creo que en términos generales eso no son más que cuentos. Otra cosa es que, como siempre se ha sabido, el amor puede obnubilarlos y cegarnos hasta límites insospechados. Ya se encarga la propia química del cerebro de ello. Y podemos hablar también del poder de la sugestión, o de la inducción hipnótica, pero entraríamos ya en materias de la psicología que se salen fuera de mi campo.

Medité unos segundos sobre aquello; en cualquier caso, parecía indudable que Patricia tenía sometido a su novio bajo algún tipo de influjo, fuera del carácter que fuera.

Dimos así nuestra conversación por finalizada y el Padre Etxegoien me ofreció entonces dar un paseo y comer con él. Durante un rato mantuvimos todavía una conversación viva y animada, pero en la comida Mitxel fue apagándose y cayendo en un estado de ensimismamiento senil que me infundió

una gran ternura. Era ley de vida, aquella mente privilegiada había dado ya lo mejor de sí misma. Aquella tarde, en el autobús de vuelta, mi ociosa y delirante imaginación divagaba empeñándose en visualizar a Patricia como una siniestra maga negra. Una llamada del subcomisario Barrutia me sacó de tales ensoñaciones. Eran buenas noticias: el juez instructor iba a proceder a ordenar el interrogatorio de Patricia y Jon el mismo lunes. Llegué a Sopelana al anochecer y sin parar en casa cogí la Vespa para acercarme al caserío; llevaba tres días sufriendo por la absurda pelea y ardía en deseos de reconciliarme con Ane.



La imagen grotesca con la que Kundera apareció a nuestra cita semanal fue la primera indicación de que aquella mañana de sábado –veintidós de enero, día de San Vicente mártir– se iba a salir de la normalidad. Esta vez se presentó vestido con un amplio y colorido disfraz de arlequín en rojos y negros, y con su enorme rostro maquillado a la manera de un mimo. Al entrar en la sacristía exhibió su media sonrisa habitual, pero en este caso la mueca socarrona confería a su boca unas dimensiones descomunales, de gargantúa, al resaltarse el rojo de sus labios sobre el extenso fondo blanco. Y por detrás, las orejas – que estaban sin maquillar–, emergían como fantásticas antenas parabólicas que empequeñecían sus inquietos ojillos negros. Tras superar el pasmo inicial sonreí yo también, y cuando Kundera alzó su pesado cuerpo sobre una pierna, inclinándose sobre ella y abriendo sus largos brazos, no puede evitar soltar una carcajada. Su aspecto era verdaderamente cómico, en esta ocasión se había superado. En realidad yo debería haber estado acostumbrado a aquellas apariciones, que Kundera realizaba dos o tres veces al año desde hacía ya un tiempo, pero mi amigo no dejaba de sorprenderme.

Se trataba de un ejercicio de “demolición de la soberbia”, en palabras del propio Kundera, una terapia necesaria para reconducir su vanidad cuando esta comenzaba a inflamarse en exceso. Vestido de manera estrambótica, Kundera se plantaba una mañana de sábado en alguna de las plazas del pueblo, preferentemente en la más cercana a la parroquia, y se dedicaba a entretener a niños y mayores hasta la hora de comer. La base de sus actuaciones era básicamente ridiculizar su propia figura: dado que no era un virtuoso ni del mimo ni del espectáculo y que los vecinos y su prole reconocían de inmediato al viejo solterón, las risas las provocaba mucho más su persona que la actuación en sí. Ese era el fundamento de aquella penitencia, sentir las risas irónicas o descarnadas y escuchar los comentarios despectivos o llenos de

condescendencia, y dejar que se fuera achicando el orgullo. Por supuesto había también risas bienintencionadas y comentarios piadosos, pero hay que tener en cuenta que en el pueblo tomaban a Kundera por un chiflado y, en estos casos y por lo general, se suele considerar al individuo inmune a las opiniones de la comunidad, y en consecuencia no se hacen grandes esfuerzos por disimular.

–¿Te sientes inflado de nuevo? –pregunté con sorna al dejar de reír.

–Así es, como un pavo real de cortejo nupcial –me respondió, afectando contrición, pero con un brillo travieso en los ojos–. Y he de excusarme ante ti, ya que has sido una de las víctimas principales de la dilatación de mi soberbia. Tengo la impresión de que últimamente no ceso de pretender darte lecciones.

Le hice un gesto con la mano, que venía a señalar que conmigo no eran necesarias ni excusas ni remilgos.

–En materia de vanidad quien esté libre de pecado que tire la primera piedra –señalé–. Ya te aviso de que, ciertamente, no seré yo.

Él me lo agradeció con una reverencia de mimo –o de arlequín– y tras dar unos curiosos saltitos sobre una y otra pierna se sentó. Adoptó entonces un rictus más serio y habitual, que vino a señalarme que era tiempo de que comenzásemos nuestra conversación semanal. Aquello se había convertido para nosotros en un auténtico ritual. Normalmente uno de los dos tenía ya listo un tema a analizar, por lo general de naturaleza oscura o por lo menos polémica. Sin embargo, en contadas ocasiones ninguno de los dos había preparado nada y entonces divagábamos un poco antes de centrar el tiro. Aquel día fue una de estas ocasiones; nos observamos un rato en silencio y después ambos dejamos correr nuestras miradas por las paredes de la sacristía. Cuando volví a fijar mis ojos en Kundera, este había bajado ya la cabeza y parecía estar inmerso en elucubraciones algo sombrías. Al sentir mi mirada habló sin llegar a alzar el rostro.

–Ah, la crueldad de los niños, la crueldad de los niños... –dijo con afectación dramática.

Asentí despacio con la cabeza ante aquella aseveración –a pesar de no estar seguro de compartirla–, comprendiendo que aquel iba a ser el asunto de ese sábado.

–¿Te he contado alguna vez que en la escuela era el saco de todos los golpes? –preguntó entonces.

Me sorprendió aquella confesión. Kundera tenía que haber sido un niño

muy corpulento. Se lo hice notar.

–Sí, pero todo lo que tenía de grande lo tenía de inocente –aclaró–. Era un memo. Me han perdido los libros, subido los calzones, robado las canicas... durante un tiempo el hermano mayor de Txapela se comía mi bocadillo... y cuando digo un tiempo me refiero a varios cursos...

El tono de voz de Kundera me resultó triste y amargo, muy alejado de su acostumbrada socarronería. Por diversas razones yo siempre había sospechado que su infancia no había sido feliz. Intenté quitar hierro.

–Cosas de chavales –dije–. Los más brutos son los cabecillas en esas edades, pero la vida no tarda en colocar a cada uno en su lugar.

Él asintió mecánicamente, pero no pareció convencerle mi afirmación.

–Algunos de los que me vejaban pasarán seguramente por la plaza con sus nietos –dijo con una mueca irónica pero sin abandonar el tono lúgubre–. Serán además de los que ríen con más ganas, altivos y satisfechos...

Me sorprendió aquella amargura; no sabía que mi amigo tuviera aquella espina clavada –desde luego así lo parecía, aunque con Kundera nunca sabías a ciencia cierta dónde acababa la broma–. De hecho, siempre me había admirado lo poco que le importaba que en el pueblo le consideraran un trastornado. Pensé en decirle que no tenía ninguna necesidad de ponerse en ridículo en mitad de la plaza, pero intuí que aquella sugerencia le haría pensar que yo no había entendido nada, y opté por seguir en silencio con cara de circunstancias. Él permaneció un rato pensativo para después hacer un movimiento rápido con la cabeza y los hombros, como desechando sus reflexiones. Acto seguido alzó la voz.

–¡El ser humano es una especie muy perjudicial para la salud! ¡Desde pequeñito hasta la tumba! –sentenció, y por el tono y el brillo de sus ojos supe que el Kundera guasón estaba de vuelta.

Sonreí. Pensé que indudablemente aquella era una manera de ver las cosas, pero que lo contrario –intercambiando perjudicial por beneficiosa– era igual de cierto.

–Siempre que uno lo tome en serio, claro está –matizó entonces, retomando inequívocamente su papel de irónico observador de la realidad–; un error que yo dejé de cometer hace ya muchísimo tiempo...

Sin dar más explicaciones, Kundera me mostró a continuación diversas expresiones faciales que había estado ensayando para la “actuación”, y después se levantó y realizó varios simulacros de trucos y piruetas, moviéndose con jocosidad por la sacristía. Acabamos los dos riendo con

ganas y cuando salió de allí volvía a estar de excelente humor. Le acompañé hasta la puerta de la iglesia y contemplé cómo se alejaba bamboleando su vasto corpachón. Pensé que yo era incapaz de no tomarme al ser humano en serio, ni siquiera durante unos minutos, y sentí entonces cómo la soledad de aquel personaje misterioso, alejándose vestido de arlequín, me llenaba de compasión; y cómo aquel sentimiento me reconfortaba extrañamente por dentro. Tal vez fuese un error, o quizás simplemente un punto de vista o una predisposición: el caso es que el peso era mi levedad .

Más tarde, en la misa de doce, mediada la homilía, irrumpió un grupo enorme de adolescentes altos y desgarbados. Vestían todos de chándal azul, enseguida pensé que debía tratarse de un equipo deportivo. Se acomodaron ruidosamente en los bancos del fondo, sin dejar de bisbisear; parecían emitir silbidos extraños y sonoros. Observándolos con más detenimiento durante el credo, me di cuenta de que no tenían pinta de ser de aquí. En la comunión aproveché para preguntarles y resultó ser un equipo de baloncesto portugués que, encontrándose con unas horas libres antes de jugar un torneo en las cercanías, había decidido pasarse a rezar un rato. Imaginé que en aquel país los niveles de devoción debían seguir siendo altos. Los chavales sirvieron para romper la rutina habitual de la eucaristía, alborotándola con el peculiar zumbido de sus cuchicheos –que sonaban nasales y cantarines a nuestros oídos–, y con su aparente confusión con la sucesión de ritos propia de nuestra misa. Finalizada esta me acerqué al que tomé por ser el entrenador e intercambié unas palabras, deseándoles suerte en el torneo y en el viaje de vuelta. Fue en aquel preciso momento cuando sentí una mirada crispada y recriminadora sobre mí, escudriñándome desde uno de los primeros bancos; girando mínimamente la cabeza pude comprobar que se trataba de Miren la de Errotabarri. Sobresaltado, dejé al portugués y me acerqué hasta mi feligresa, saludándola con un gesto de la mano y una sonrisa según me acercaba. Ella me miró con furia, y con labios temblorosos, alzando un dedo acusador, me espetó: *“infernuku bide zuzena hartu dozu Azurmendi jauna”*. Tras lo cual abandonó la iglesia sin alterar aquel ademán indignado y colérico, ante las miradas sorprendidas de varios parroquianos.

El resto del fin de semana no pude quitarme aquellas palabras de la cabeza. La vieja devota y avinagrada había acusado a su párroco, en mitad de la iglesia, de haber tomado el camino directo al infierno; y yo no pude dejar de tomármelo como una clara señal de que el mundo de falsedades en el que habitaba estaba llegando a su fin.



El lunes pasé la mañana enfrascado en resolver aburridas cuestiones administrativas. Ya al mediodía llamé a Ane para alertarle de que la de Errotabarri tenía algo serio contra mí; los dos coincidimos en que sin duda debía recelar de nuestra relación. Nos consolamos pensando que no podía tener ninguna prueba fidedigna –más allá de mis frecuentes visitas a la herboristería–, ya que siempre habíamos sido muy cautelosos en nuestra forma de comportarnos fuera de las cuatro paredes del caserío. Discutimos si convenía pensar en una coartada que justificase aquellas visitas, y concordamos que en adelante tendríamos que ser doblemente precavidos, quizás incluso encontrar algún otro lugar donde vernos que no fuera el caserío. A pesar de la trascendencia del asunto no dejé de percibir que la conversación se desarrollaba en términos excesivamente fríos, con atención detallada a los aspectos prácticos, pero con una cierta carencia de emoción. Pensé con una súbita punzada de dolor que la actitud de Ane parecía ser “si nos vemos bien, pero si no también”, y que quizás nuestra relación estuviera llegando a su primer bache de hastío. Pero tras colgar el teléfono recordé mi tendencia a exagerar las contrariedades y traté de quitármelo de la cabeza.

Barrutia se había comprometido a informarme cuando hubiera noticias del interrogatorio, que en teoría debía realizarse a lo largo de la mañana. Mientras realizaba un par de visitas estuve pendiente de si llegaba su llamada, y de vuelta a Kukullu comenzaba ya a impacientarme cuando sonó el teléfono. El subcomisario me saludó muy serio, en un tono de voz que no anticipaba nada bueno.

–Se han largado –me informó tras el escueto saludo–, embarcaron el domingo por la noche en Madrid, rumbo a Lima.

–Se han largado, ¿quién se ha largado? –pregunté de forma mecánica.

El subcomisario suspiró pesadamente.

–Patricia y Jon –contestó–. Embarcaron junto con un tal Gorka Casas.

–¡La Comadreja! –exclamé, de nuevo de forma automática. Después le expliqué a Barrutia que se trataba del amigo del muerto al que anteriormente había descrito como de traza especialmente aviesa. Inmediatamente me centré en las implicaciones prácticas de aquella “huida”. Me invadió una esperanzada exaltación: el hecho de que hubieran volado pocas horas antes de ser interrogados debía sin duda apuntar a su culpabilidad.

–Han sido ellos, es evidente... –avancé, sin el menor atisbo de duda. El subcomisario me cortó en seco.

–Azurmendi, creo que está usted muy descentrado en este asunto –afirmó con cierta brusquedad.

Me quedé perplejo. Por unos instantes ni siquiera intuí a qué podía estar refiriéndose.

–Pero es evidente que han huido... –acerté a expresar.

Barrutia vaciló unos instantes, y después habló en un tono ahora amable y condescendiente.

–Padre, usted no sabe de estas cosas, y está empeñado en negar la evidencia –dijo–. El billete de avión lo tenían ya sacado desde bastante antes del asesinato. Patricia es peruana y es normal que viaje a su país con su novio. El tercero se habrá apuntado de turismo... No tenemos nada contra ellos.

–¿Nada? ¿Y la pelea? –contesté indignado.

–Usted dice que alguien le ha dicho que la víctima peleó con la chica. Eso y nada es lo mismo en un proceso de este tipo –rebatí–. Haremos diligencias con la Policía peruana para que los interroguen allí. Pero las pruebas contra el Negro son abrumadoras. Y usted se tiene que meter eso en la cabeza.

–Y usted no conoce al Negro –argüí en tono crispado, consiguiendo a duras penas mantener la calma–. Y tampoco ha visto el tipo de calaña a la que pertenecen Patricia y Gorka. Yo sí.

El subcomisario calló. Intenté entonces medir mis palabras para no ir demasiado lejos, pero me sentía impelido a denunciar aquella injusticia.

–Da la impresión de que se quiere dar el caso por cerrado, tirar por la vía fácil...

Barrutia optó por no contestar a aquella acusación. Emitió un breve saludo y prácticamente me colgó el teléfono.

La conversación me había alterado profundamente y tardé un buen rato en recuperar la calma. ¡Se habían largado dejándole al Negro “el marrón”! Y la *ertzaintza* parecía encantada con la situación. Pensé que no cabía tener

muchas esperanzas respecto al posible interrogatorio en Perú. Desanimado, llamé a Ane y le referí el punto de la situación, que tildé de frustrante y deprimente. Ella trató de infundirme ánimos, pero era evidente que tampoco albergaba un gran optimismo. Tras colgar decidí acercarme hasta el Sunset; tal vez un coñac me ayudara a vislumbrar algo de luz. Caminé apesadumbrado mientras contemplaba los diversos rompientes de Atxabiribil, iluminados por una luna casi entera. El rumor poderoso de las olas logró calmarme un poco. El bar se encontraba vacío, estaban ya a punto de cerrar, pero el rastafari me puso un coñac que me vi obligado a apurar con rapidez, mientras terminaban de recoger. Subía ya la cuesta de vuelta hacia casa cuando sonó mi teléfono; comprobé con sorpresa que era de nuevo el subcomisario. Inmediatamente caí en la cuenta de que le debía una disculpa.

–Barrutia, antes de nada, perdona si me he excedido, estaba algo nervioso –me excusé, sin darle tiempo a exponer el motivo de su llamada.

–No se preocupe, le entiendo –respondió–, pero debiera tener más confianza en nuestra labor...

Siguió un silencio ambiguo que rompió el subcomisario en un tono afable aunque algo seco.

–Quizás no tendría que contarle esto –dijo–, pero he decidido no ocultárselo, digamos que por dignidad profesional. Y también porque nos conocemos desde hace años y respeto su labor... incluso lo que está tratando de hacer aquí, defender a ese muchacho... a pesar de que creo que se equivoca. –Hizo una pausa antes de continuar–. A última hora de la tarde se ha realizado un registro en la casa donde vivía la chica... han encontrado un pequeño cuarto del que dicen que emanaba una pestilencia putrefacta muy inquietante. En el interior han hallado lo que tiene toda la pinta de ser un altar de vudú. Contenía la parafernalia habitual que utiliza esa gente en sus ritos... y numerosos restos de sangre, que los de la científica van a analizar...

Aquella revelación me llenó de un gozo repentino. Me mantuve en un silencio expectante, con la esperanza de que Barrutia me fuera a dar entonces la buena nueva: los agentes habían dado con aquello que le faltaba al cadáver. Pero era esperar demasiado.

–Eso es todo –concluyó el subcomisario–. Sinceramente no creo que vaya a cambiar la opinión del juez ni nuestra propia convicción, pero quería reiterarle que cumplimos con nuestro trabajo, y asegurarle personalmente que vamos a hacer todo lo posible por indagar sobre Patricia y compañía a través de la Policía peruana.

Asentí decepcionado. Tal vez nuestra causa ganara un pequeño impulso con aquel descubrimiento, pero la *ertzaintza* parecía seguir teniendo un claro culpable en mente. En cualquier caso le agradecí a Barrutia el gesto.

Entonces el subcomisario fue a despedirse, pero antes de colgar decidió añadir algo más.

–A los compañeros que han registrado la casa no les ha gustado nada lo que se han encontrado en ese cuarto–aseguró–; comentaban de que rezumaba maldad.



Durante media hora no cesé de dar vueltas al exiguo apartamento meditando lo que suponía aquel giro de los acontecimientos. Por mucho que alegrara el subcomisario, yo estaba convencido de que aquello era una huida en toda regla. Pero, ¿cómo probarlo? Una idea se había abierto paso en mi mente desde la conversación con Barrutia y, en realidad, todas aquellas vueltas –de la sala a la cocina y de la cocina a la sala, no más de media docena de metros en cada dirección, que había repetido hasta la saciedad– las había dado con la esperanza de encontrar algún otro modo de ayudar a la causa del Negro que me evitara pasar por ese trance. Finalmente me rendí a la evidencia: lo único que estaba en mi mano era volver a ponerme aquel ridículo disfraz, y visitar de nuevo el Indian. Estaba convencido de que Chechu no tendría reparos en contarme todo lo que supiese, ahora que Gorka y Patricia estaban fuera del país; era evidente que aquella mala gente no le caía nada bien, y que Jon le infundía una lástima sincera. Al igual que estaba claro que les tenía miedo, al menos a la Comadreja, pero eso ya no sería un impedimento. Me acordé entonces del otro elemento de la banda, Ibon, que al parecer no había escapado; pero no creía que tuviera que preocuparme por él, tal vez estuviera fuera de todo el asunto. En la cama dediqué todavía un rato a planificar las preguntas que debía hacerle a Chechu, hasta que el sueño me arrastró consigo.

Al día siguiente me planté temprano en el caserío. Ane exhibió una breve sonrisa irónica al verme –que yo encontré deliciosa–; su mirada dulce y divertida venía a recordarme que apenas el día anterior habíamos acordado no vernos tanto, al menos en su casa. Le pedí que esperara un poco antes de juzgarme un incongruente y pasé a desvelarle mi conversación con Barrutia y mi intención de acercarme de nuevo al Indian. Tras digerir todo aquello convino conmigo que no era mal plan, y realmente lo único que cabía hacer, aunque me pareció que la idea no le entusiasmaba tanto como la primera vez.

Tal vez el asunto estuviera comenzando a aburrirle. En todo caso me ayudó a disfrazarme con el mismo atuendo y complementos, excepto la camisa chillona, que cambié por una amplia camisa blanca –ella insistió en que la llevara suelta por encima del pantalón, y desabotonada en el pecho–. Logramos colocar en su sitio las malditas lentillas, y hacia las once entré con paso decidido en el Indian, e incluso miré la hora con cierta parsimonia en el flamante Longines de oro antes de sentarme en la barra –saber que aquellos dos desalmados se encontraban a miles de kilómetros de distancia daba mucha tranquilidad–. Chechu no tardó en reconocermé.

–Coño, quién tenemos aquí, ¡la que montaste la última vez! –saludó risueño. Pero entonces cambió de actitud y pasó a mirarme fijamente unos segundos, adoptando un rictus serio.

–¿Eres madero? –preguntó con voz algo vacilante.

Yo me quedé perplejo un instante, y después reí con espontaneidad y de buena gana ante aquella sugerencia. Mi risa surgió sincera –ser tomado por policía era una noción que encontraba realmente disparatada– y debió ayudar a que Chechu se relajara.

–Qué voy a ser madero –dije afablemente–, cómo se te ha podido ocurrir tal cosa.

Él me creyó. Debió pensar que parecía demasiado poco profesional para ser un policía de verdad.

–No es que me importe –aclaró–, es más, el otro día me alegré del susto que se llevó ese cabrón para casa.

–¿Ese cabrón...? –tanteé.

–Sí, hombre, el Gorka. ¿Te acuerdas que estábamos hablando de los amigos del muerto del incendio cuando entró un tipo con pinta de indeseable? –Asentí–. Pues ese era Gorka, el amigo de Fidel, la “víctima”. ¿Así lo llaman, no, víctima? Menudo cabronazo. El caso es que Gorka pensó que eras de la pasma.

–Qué ocurrencia... –repetí– ¿cómo le dio por ahí?

Él miró un momento al peluquín sobre mi cabeza y después bajó la vista y la dirigió al reloj.

–Bueno, dijo que por las pintas... –respondió con timidez, como disculpándose.

–¡Vaya! –exclamé por mi parte, intentando aparentar sorpresa y estar algo molesto.

–No hagas ni caso, ese canalla estaba muy nervioso...

Nos quedamos los dos en silencio, un instante que yo aproveché para pedirle un café con leche. Pensé que todo parecía estar progresando a pedir de boca, iba a ser un juego de niños; me sentía como si el botín estuviera ya en mis manos, tal y como me ocurría a veces con las homilias de los días señalados, que preparaba con tanto esmero que las festejaba ya como exitosas sin ni siquiera haberlas pronunciado. Como en esas ocasiones, me dije que no era lo mismo cuadrar al toro que darle una estocada certera. Estaba a punto de repetir que no era “de la pasma” cuando la gran confianza que sentía me inspiró, de forma súbita, a doblar la apuesta: pensándolo bien, por qué no decir que era policía, estaba convencido de que Chechu se lo iba a tragar, y aquella jugada allanaría definitivamente mi interrogatorio. Vacilé todavía unos instantes, intentando anticipar los riesgos de hacerme pasar por *ertzaina*, pero una vez que la idea había hecho presa en mi mente no me iba a contener.

–Chechu, veo que eres un buen chaval y te voy a confesar algo que en principio no pensaba revelarte –dije, en un tono profesional, muy diferente al que había utilizado hasta ese momento. Él se sobresaltó al oírme pronunciar su nombre–. Gorka tenía razón, soy agente de investigación de la *ertzaintza*.

Dejé que la noticia causara su efecto, con el rostro muy serio, pero en el fondo sobresaltado yo también por mi atrevimiento –que sospechaba excesivo e insensato–, y dudoso de si Chechu iba a tragarse el anzuelo. Tras un instante de vacilación me miró intimidado; por su gesto no me cupo duda de que había picado.

–No debes preocuparte –proseguí– solo quiero hacerte unas preguntas sobre Patricia y sus amigos.

Él me miró todavía asustado y yo le ofrecí una sonrisa franca. Al cabo de unos segundos pareció tranquilizarse.

–¿Pero no has dicho hace un momento que vaya ocurrencia la de que seas policía? –se quejó.

–En esta profesión hay que ser un buen actor, ya veo que te lo habías tragado –dije, adoptando ahora un tono amistoso, pero sin abandonar el ademán profesional.

Él musitó algo en voz baja que sonó a “qué cabrón”. Pensé que el farol había funcionado, ahora había que sacarle rédito. Por un momento cavilé que no me reconocía a mí mismo, me asustaba constatar la comodidad con la que me movía entre falsedades; tantos años mintiendo no me habrían inmunizado contra la conciencia culposa, pero desde luego me habían conferido un alto grado de tolerancia.

–Necesito que me cuentes todo lo que sepas sobre Patricia, Jon y Gorka y sobre su relación con Fidel... –proseguí, tratando de eliminar aquellas reservas de mi cabeza.

Chechu pareció realizar un último cálculo mental antes de decidirse a hablar. Por un momento temí que me exigiera una demostración de que yo era miembro de la *ertzaintza* –la placa o algo similar–, o que, aun creyéndome, se negara a contarme nada. Afortunadamente, además de muy locuaz era bastante ingenuo.

–Lo que te puedo anunciar es que se han pirado a Perú –dijo, con el aire satisfecho del que da una primicia.

–Eso ya lo sabíamos, partieron el domingo de Barajas –respondí con suficiencia policial. Él asintió con el semblante algo decepcionado. “Claro, claro...”, masculló. Pero al instante recobró su ademán de confidente avezado.

–Lo que tal vez no sepáis es que el sábado festejaron aquí mismo su partida con una buena borrachera –aventuró–. Y que esa noche se dijeron cosas muy curiosas.

Yo negué con la cabeza para confirmarle que efectivamente aquella información no había llegado a la *ertzaintza*, y luego fijé mi mirada en la suya, expectante. Chechu no necesitó de más estímulos para lanzarse a relatar la crónica de aquella última noche; miró un instante a la puerta de entrada del bar y luego acomodó sus brazos sobre la barra acercándose hacia mí. Comenzó por explicar que la banda había aparecido tarde la noche del sábado, y que la cosa no se había calentado realmente hasta que llegó la hora de cerrar, cuando el resto de los clientes habían abandonado ya el local. Estaba el cuarteto de siempre – “más bien, desde que Fidel los abandonó entre llamas”, aclaró con una mueca algo mezquina–. Al parecer, desde la muerte del susodicho, Patricia se había convertido en la líder indiscutible del grupo, y aquella madrugada dirigía a sus huestes especialmente exaltada: los besaba y abrazaba por turno, obligándolos a bailar y saltar por todo el local, mientras exigía a Chechu a cada momento que subiera el volumen de la música. Bebieron tequila y cerveza como si no fuera a haber un mañana, y no tardaron en rodar por los suelos. En palabras de Chechu, “todo muy caótico y salvaje, como en los mejores tiempos de Fidel”.

–Hasta aquí todo dentro de la normalidad –admitió entonces–, solo que más exagerado. Pero en un momento dado, no recuerdo cómo surgió, Patricia comenzó a poner a Fidel a parir... –aquí hizo una breve pausa para continuar con un énfasis revelador–. Dijo de él que era un pedazo de mierda, una

auténtica basura, y que la basura “hay que quemarla y dejar lo que quede para hacer gusanos”.

Chechu observó el impacto de aquellas palabras en mi rostro con una mirada de inteligencia. Pero yo me limité a devolverle la mirada sin mostrar reacción alguna, imaginando que así habría reaccionado Barrutia; mis intercambios con el subcomisario me habían enseñado que los policías no se inmutan fácilmente, y que revelaciones que a cualquier otro le parecerían muy clarificadoras, sobre todo en materia de culpabilidades, a ellos, sorprendentemente, no les alteran un ápice. Lógicamente el camarero se quedó algo decepcionado, pero tenía algo más guardado en la recámara.

–Algo más tarde –relató–, cuando aquello había derivado ya en pura confusión, con Jon vomitando en una esquina y Gorka e Ibon tirados entre las sillas, apenas conscientes, la bruja se vino a mi lado de la barra y tras vacilar un rato me la agarró.

No pude evitar mostrar un pequeño sobresalto ante aquella información, que a Chechu no le pasó desapercibido. “¿Te la agarró?”, musité.

–Sí, me agarró el cacharro con fuerza, la muy puta–contestó con rabia–. Pero te juro que no me puso lo más mínimo, esa mujer no daba placer, lo que daba era miedo. Y ella debió notar lo, porque empezó a reírse de mí, sin soltarlo un buen rato, diciendo que todos los hombres éramos unos cobardes, pura mierda.

Le miré entonces con cierta impaciencia, aquellos sórdidos detalles me estaban comenzando a incomodar y no parecían aportar nada nuevo a lo que ya sabíamos de la chica. Él debió intuir mi disgusto.

–Ya voy al grano –dijo–, solo quiero que entiendas el tipo de bicho del que hablamos. Lo importante es lo que pasó entonces, cuando yo la empujé intentando quitármela de encima. Acercando su boca a mi oído, en un tono desagradable, mientras volvía a apretarme ahí abajo, me dijo: “No ha nacido aún la verga que me pueda humillar. Ya has visto lo que le ha ocurrido al último que lo intentó”.

Aquellas palabras resonaron unos segundos en mi cabeza. “Ya has visto lo que le ha ocurrido al último que lo intentó”. ¿Consideraría Barrutia que era una admisión de culpabilidad? Probablemente no. Para Chechu sin embargo el asunto estaba claro.

–Lo vi en sus ojos –dijo entonces–, esa víbora se cargó al Fidel. No sé cómo se las pudo arreglar, pero fue ella.

Adopté de nuevo el tipo de expresión neutra que imaginé que el

subcomisario adoptaría ante tal afirmación. “¿Qué ocurrió entonces?”, pregunté.

—Me la tuve que tirar, a la muy zorra.



En este punto debo hacer un alto en mi relato y abrir un paréntesis en el que introducir –de forma necesariamente resumida e incompleta, ya que no cabrían tantas y tan punzantes emociones– el enorme pozo negro que comenzó a ahondarse debajo de mis pies aquella misma mañana, poco después de abandonar el Indian. Mi vida explotó por los aires desde el momento en el que, tras descolgar el móvil, percibí el tono inusualmente severo de mi Obispo: ya en ese instante supe que me habían descubierto, que daba igual qué pruebas tuvieran porque yo no lo iba a negar, y que no iba a servir para nada la segunda oportunidad que sin duda querrían ofrecerme porque yo no iba a dejar a Ane. En el Metro, de camino al obispado –después de que ella me ayudara a quitarme las lentillas y el resto del disfraz– el temor y la vergüenza se alternaron y combinaron en sucesivas iteraciones con un profundo sentimiento de desazón, que me afloraba ante la evidencia de que tendría que dejar a mis feligreses. Por mi mente pasaron multitud de imágenes inconexas: los labios temblorosos de la de Errotaberri, el sarcasmo del Padre Sebas, Patricia apretando el miembro de Chechu, el rostro enfurecido del Obispo, yo de niño con mi maleta... el Negro en su celda. Me recreé unos instantes en aquella última imagen y la modifiqué: el Negro y yo en la celda, dos parias de nuestra sociedad. Me di cuenta entonces de que estaba sufriendo un ataque agudo de autoconmiseración e intenté apartar aquellos pensamientos de la cabeza; recordé entonces el final de mi conversación-interrogatorio con Chechu:

–Me refería a si Patricia te dijo algo más.

–¿No te parece suficiente?

–...

–Poco, fue un polvo rápido y sin palabras. Después reanimó a sus amigos y se los llevó de aquí. Se despidió cariñosa, eso sí, que se iban a Perú y

probablemente no volverían en mucho tiempo. Y luego miró a las baldas y me pidió un bote de pepinillos.

–¿Un bote de pepinillos?

–Sí, un bote de pepinillos de buen tamaño y que están cojonudos.

El Obispo no se anduvo con rodeos. Se le veía muy incómodo, pero su enojo superaba ampliamente la incomodidad. Yo venía a acrecentar la larga lista de curas y prelados involucrados en escándalos sexuales, pero en nuestra diócesis no se había dado ningún caso en mucho tiempo, y no dejaba de ser un borrón importante en su hoja de servicios, además de un gran engorro. Al principio mantuvo un tono profesional: había sospechas fundadas y se abría una investigación. Cuando yo le dije que no hacía falta investigar, pasó a alternar el tono profesional con una actitud condescendiente y paternalista: que cómo podía haber cometido un error así, con lo que él apreciaba mi persona y mi labor, pero que Dios perdona y no estaba todo perdido. Pero yo que no, que no era un error, que amaba a Ane y eso no iba a cambiar. Y él, que debía hablar con el psicólogo, aclarar de verdad mis sentimientos.

A lo largo de las siguientes semanas tuve infinidad de entrevistas similares. Con curas jóvenes y viejos, importantes y de pueblo. Con psicólogos. Con antiguos profesores. Con el Padre Sebas. Y yo que no, que no era un error, que amaba a Ane y eso no iba a cambiar. El párroco de Sopelana asumió mis funciones. Los giros burlones del destino: la de Errotaberri, que odiaba a aquel cura y había escapado a mi parroquia, se encontró de nuevo con su viejo enemigo como consecuencia de sus actos. Me pregunté a dónde iba a ir ahora, porque ella la misa la necesitaba.

Después la cosa empezó a calmarse. Algunos asumieron que yo había renegado definitivamente de Dios y de la Iglesia (aquellos para los que ambas cosas eran lo mismo); otros, que al parecer no era un “calentón”, que yo estaba realmente enamorado (aquellos que intentaban comprender los sentimientos y las pasiones humanas); otros (los más), que qué se le iba a hacer, que era un signo de los tiempos, y que al fin y al cabo en nuestra diócesis había habido muchos menos casos que en otras muchas. Y Kundera, que él ya lo sabía, que cómo no lo iba a saber.

En esos días de zozobra continua mi amigo fue un apoyo firme y fiel; y tampoco me abandonaron Josune y Asier –Josune: “Te... ne... mos que co... no... cer a Ane”; Asier: “Total, en Inglaterra, un país aquí al lado y mucho más civilizado, lo suyo es lo normal”–. Ane, sin embargo, se asustó. Fueron semanas complicadas en nuestra relación. Ella quiso apoyarme, pero mi

“salida del armario” la obligó a replantearse su propio futuro: hasta entonces tenía una aventura bonita y sin duda muy original; ahora se convertía de golpe y porrazo en el sostén y único centro de la existencia de un excusa confuso, atribulado y sin oficio ni beneficio. Y ella era un espíritu libre, más dado a las aventuras que a los compromisos de vida.

Al Negro lo visité varias veces, pero él estaba aún más necesitado de apoyos que yo. Su situación no dejó de atribularme en ningún momento y acabó por convertirse en la única vía de escape para mis pensamientos, ávidos por olvidar mis propios problemas. La idea del paralelismo entre su posición y la mía, huérfanos de amparo y comprensión, se intensificó al deteriorarse mi relación con Ane. Vedado de mi labor pastoral, aquella era la única alma por la que aún podía batallar.

* * *

El quince de febrero, día del Beato Onésimo, esclavo huido, fui a comer con Kundera con la idea de comunicarle mi decisión. Pero antes nos enzarzamos de nuevo en una discusión sobre la Iglesia. A Kundera le llevaban los demonios “toda aquella hipocresía”. Estábamos ya en los postres y en breve íbamos a pedir el coñac.

Decía: “¿pero quiénes se creen que son esos gerifaltes de anillo y báculo, esos impúdicos mercachifles de esperanzas, para regir sobre el espíritu del hombre?”. Y decía también: “en Roma no se creen nada de nada; tal vez algún cardenal enfermo de mente o muy despistado, pero el Papa seguro que no; y sin embargo, siguen dictando cómo debemos vivir nuestras vidas, absolviendo y condenando”.

–No es distinto a cualquier otro grupo humano –rebatí–, tienen sus reglas y cuando entras ya sabes a qué atenerte; no cabe reclamar ni desconocimiento ni juego sucio.

–¿Reglas? ¿Acaso las cumplen ellos?

–Unos sí, y otros no, supongo. Como en todas partes.

–Hace siglos esas reglas les dictaban quemar a brujas y herejes, ahora expulsarte a ti del sacerdocio... ¡hasta a Galileo lo condenaron! La historia de las injusticias en nombre de Cristo es atroz... “en nombre de Cristo”, tiene narices, resucitarle para eso. Lo que hemos hecho por escapar de la levedad...

Kundera se recostó en la silla pensativo, tras haber rascado una última

cucharada de su cuajada. Aproveché para cambiar de tema, las disquisiciones sobre la Iglesia todavía me causaban cierto dolor, pero sobre todo hastío.

–Hablé de nuevo con Barrutia la semana pasada –avancé–, dice que la Policía peruana ha interrogado a Patricia y Jon en Máncora y no ha visto nada raro. Se teme que esa vía está muerta, no tenemos nada sólido con que empujar.

–Y el altar de vudú, y la sangre...

–Sangre de gallina. Y el ejercicio de la santería no está prohibido...

Él me miró algo extrañado.

–No pareces muy afectado por las malas noticias...

Negué despacio con la cabeza y contemplé un momento el Cantábrico antes de contestarle. Mi voz no pudo evitar un leve estremecimiento.

–He decidido viajar a Perú a intentar averiguar todo lo que pueda.

Kundera se puso serio un segundo y luego esbozó su sonrisa típica.

–¿Pero qué coño vas a averiguar tú en Perú? –hizo una pausa y ensanchó su sonrisa–. “Azurmendi, el párroco intrépido”, parece un personaje de Baroja...

–Ya no soy párroco –maticé.

–¡Pero sí demasiado intrépido! –replicó él en un fingido tono reprobador, avanzando hacia mí su gran rostro. Después se recostó en la silla de nuevo y volvió a sonreír–. Te acompaño –dijo entonces, con tono de broma pero totalmente en serio.

–No hace...

–Sí, hace –atajó–. Además, a mí también me han jubilado. Y debe ser un país bonito de ver.

Intenté rebatir. Aquella carga no le correspondía. Además, él, el paladín de la levedad. Pero frenó mi intento con un rictus serio que no admitía réplica. Entonces adoptó una pose melodramática y comenzó a recitar con voz potente y serena y mucho artificio de sus brazos.

...pide que tu viaje sea largo,

lleno de aventura, lleno de descubrimiento.

A Lestrigones y a Cíclopes,

al furioso Poseidón...

Me miró un instante y dejó de declamar; ambos apartamos la mirada para dirigirla hacia el mar. Mis ojos estaban húmedos.

Aquella sobremesa la íbamos a dedicar a debatir los pormenores logísticos de un viaje a Máncora, en el Perú.

* * *

La noche de la partida, Ane y yo estuvimos haciendo tiempo en el caserío, esperando sin más a que llegara la hora del autobús (salíamos a las dos de la madrugada hacia el aeropuerto de Madrid). Los dos sabíamos que la despedida iba a estar llena de ambigüedad y frustración y deseábamos que el trámite pasara cuanto antes –llevábamos al menos dos semanas sin hacer el amor, y aquella tampoco iba a ser la noche–. Antes, Ane se esforzó en preparar una cena especial, pero el vino en lugar de alegría solo me trajo melancolía. Tras la cena intercambiamos pocas palabras, tópicos sobre el viaje y Perú. Era evidente que aquella separación, temporal o no, era un alivio para Ane, y este pensamiento acrecentaba mi amargura. Sin embargo, cuando llegó el momento debí tocar fondo y eso me dio fuerzas para hablar con sinceridad, con el corazón en la mano. La cogí de un brazo.

–Ane, a la vuelta, si tú quieres, voy a ser diferente –me detuve un instante y entonces la voz se me quebró–. Yo tampoco deseo ser un triste, depresivo y amargado –añadí, a punto de derrumbarme.

Ella me abrazó, tímidamente al principio y después con fuerza y calidez. Entonces sollozó y un brote de esperanza me alumbró el corazón.

–No es eso, Azur –dijo–. Soy yo.

LA GATA



El comandante se dirigió al pasaje: “nos encontramos a treinta y siete mil pies de altura, hemos alcanzado una velocidad de crucero de ochocientos noventa kilómetros hora”. Había viajado muy poco en avión y aquella combinación de pies y kilómetros me causó cierta confusión: más de once mil metros sobre la tierra, calculé, mientras el comandante hablaba de la meteorología en la ruta. Hacía tiempo que no emprendía un viaje de tal calibre, y la perspectiva de nuestro exótico destino me llenaba de expectación –a la vez que sentía, como es lógico, un trasfondo de temor por la misión que nos aguardaba al otro lado del Atlántico–. Por fortuna, Perú tenía en mi imaginario un sabor mítico que apaciguaba mi desasosiego: los incas, el Machu Picchu, los fabulosos tesoros en oro y plata, las momias... Por alguna razón, lo mítico, lo legendario, reconforta; tal vez porque atestigua de una supuesta grandeza humana que nos eleva por encima de las miserias cotidianas. El velo de la historia, transcurridos suficientes siglos, parece conferir a hechos que solo fueron cruentos y mezquinos un marchamo de épica necesidad –un peso– que los sacraliza injustificadamente; en realidad, lo poco que conocía de la historia de Perú era más bien innecesariamente sangriento. Pero esta reflexión escéptica no alteró el burbujeo placentero que sentía –cuya naturaleza era, registré de nuevo esta contradicción, eminentemente leve–. Por su parte, sentado a mi izquierda junto a la ventanilla, Kundera no se contentaba con esa excitación difusa e ignorante que a mí me bastaba; estudiaba con ademán reflexivo un tomo sobre la conquista del Perú. Llevaba encima una amplia camisa hawaiana de fondo ocre con estridentes figuritas verdes y azules, que denotaba el viso lúdico que otorgaba al viaje. En ese momento se apercibió de mi mirada y leyó en voz alta.

–“Estando el Inca Huayna Cápac en Quito, le llegó la noticia de extraños individuos barbados que, navegando en “casas de madera”, habían arribado a las costas por el norte”.

Le observé mientras se acariciaba con suavidad el mentón.

–¿Qué demonios crees que podía estar buscando “el barbado” Francisco Pizarro? –inquirió.

Abrí las palmas de las manos.

–Qué iba a estar buscando, gloria y fortuna...

–¡Y evangelización!

–Eso debió ser más bien una excusa –rebatí.

Asintió. Su rostro se contrajo entonces en un gesto de pesar.

–Pobre gente, engañada, esquilhada y asesinada. A miles, a millones. ¿Para qué, en nombre de qué? Para que unos pocos barbados con un dios barbado se pelearan luego entre ellos disputándose el botín...

Asentí despacio con la cabeza mientras apretaba levemente mis labios; ciertamente resultaba doloroso enfrentarse a los inmolados por la historia, víctimas en su mayoría inocentes que nunca encontrarían justicia. Mi mente divagó entonces sobre los males de este mundo y pensé que ninguna religión lograba aclarar esta cuestión: ¿qué podría haber movido a su dios, o dioses, a crear un mundo con tanto dolor y sometido a tanta destrucción? Recordé la peculiar justificación que da nuestra tradición, el pecado original, un concepto que me provocaba auténtica repulsión.

–¿Sabías que Hernán Cortés y Pizarro eran primos? –preguntó entonces Kundera, en un tono más desenfadado, sacándome de mi divagación–. Uno acabó con el Imperio Azteca y el otro con el Imperio Inca, ¡vaya familia!...

Una azafata de vuelo se dirigió a nosotros ofreciéndonos algo de beber y desviando la conversación. Era peruana, bonita. Kundera intercambió chanzas inocentes con ella. A lo largo de los años había podido comprobar que el *mutilzahar* –como dicen en mi tierra a los solterones, literalmente “chico viejo”– era coqueto y no desaprovechaba nunca la ocasión de galantear con las mujeres de buen ver y de cualquier edad que se prestaran a ello. Sin embargo, en el pueblo era ampliamente aceptado que mi amigo era homosexual. Quizás porque era muy sensible, especialmente para un hombre de su generación, y porque era “diferente”. Yo por mi parte no estaba seguro. No le había conocido ninguna mujer, pero tampoco hombres; si tenía una vida amorosa, debía ocurrir fuera del pueblo. Por lo que había podido observar era evidente que le gustaba tontear con las mujeres, pero la forma en que lo hacía

tenía algo de fingida; y por otro lado, aquella insistencia suya con los sodomitas... Alguna vez, incluso me había llegado a preguntar si podía existir algún tipo de atracción romántica en nuestra relación.

Volábamos de día, un vuelo de doce horas de Madrid a Lima. Los sospechosos sin embargo habían cogido el vuelo de madrugada; con “premeditación, alevosía y nocturnidad”, hubiera resaltado el Negro. Me resultaba desconcertante que tuvieran el billete reservado desde semanas antes del asesinato. Ciertamente, como le había insistido a Barrutia, esto no probaba que no tuvieran planeado de antemano el cometerlo y después escaparse. Pero hubiera sido más evidente y provechoso para la posición del Negro si hubieran comprado el billete “a todo correr”, una vez perpetrado el crimen... Pasamos el tiempo dormitando y leyendo, excepto un rato en el que Kundera salió al pasillo a realizar estiramientos y otros ejercicios gimnásticos; cuando golpeó con su brazo la cara de nuestro vecino la azafata le pidió que se sentara. Pero encontró acomodo en una de las puertas de salida y pudo así concluir sus *asentadillas*. Yo también echaba de menos hacer algo de ejercicio, pero no era cuestión de corretear por el pasillo, y tampoco contemplaba unirme a Kundera; mi sentido del ridículo estaba mucho más desarrollado que el suyo.

Siguieron trascurriendo las horas en aquella especie de modorra generalizada. La última vez que había mirado la pantalla, la figurita que representaba al avión se acercaba ya al mar Caribe: quedaban cuatro horas y tres mil quinientos kilómetros. Poco después caí en un sueño inquieto del que me desperté con el ruido de la cena. La azafata me ofrecía una bandeja. La acepté con torpeza, me dolía levemente la cabeza y tenía un sudor frío. Al girar la mirada hacia la ventanilla, en busca de algo de espacio para respirar, comprobé que Kundera no se encontraba en su sitio. Cerré los ojos de nuevo y me apreté los párpados con los dedos; estaba muy embotado y tenía una sensación extraña y persistente: un vago presentimiento de horrores, de viaje sin retorno. Un súbito escalofrío me sacudió el cuerpo.

Decidí tomar un botellín de vino con la cena, y pedí lo mismo para Kundera. Apareció cuando me disponía, con escaso entusiasmo, a probar los tallarines. Contempló mi rostro un par de segundos antes de sentarse y debió notar un cierto espanto en mi gesto.

—¿Tan malo está? —preguntó.

Le miré perplejo un instante. Seguía ofuscado, la inquietud había ralentizado mi mente. Ya no quedaba rastro de la excitación anterior.

—No es eso —dije despacio—, creo que he tenido un mal sueño. Me he despertado inquieto por lo que nos podamos encontrar en Máncora. —En ese instante, imágenes veloces de Patricia y la Comadreja se asomaron en mis pensamientos—. Son mala gente, seguramente peligrosa... —añadí.

Él adoptó un rictus serio, pero despreocupado. El temor que yo sentía no parecía hacer mella alguna en mi amigo.

—¡Sabremos defendernos! —exclamó con ademán quijotesco, alzando el tenedor, y seguidamente se concentró en su bandeja. Asumí que el tema quedaba zanjado con aquella expresión de seguridad en nuestras fuerzas. Sonreí entonces, inmensamente agradecido de que mi amigo me hubiera acompañado.

Cenamos y el vino fue relajando mi ánimo. Observé a los postres que Kundera me miraba de refilón un par de veces. Conocía esa mirada: mi amigo quería abordar algún tema de naturaleza delicada y estaba elucubrando cuál podía ser la mejor manera. Finalmente se decidió por pasarme la pelota.

—¿No me vas a contar nada, o qué? —preguntó.

Imaginé por dónde iban los tiros pero me hice el loco.

—¿A qué te refieres?

Contestó sin levantar la cabeza de la porción de tarta de chocolate con pinta poco saludable que tenía entre manos.

—Tus amoríos...

Aun habiendo intuido lo que venía, sentí una súbita punzada de dolor: la imagen de la Ane seria y lacónica de los últimos días pasó por mi mente.

—¿Mis amoríos? Lo que te puedo decir es que han visto tiempos mejores. —contesté mohíno. Quise entonces aclarar una curiosidad que tenía desde hacía tiempo, y también cambiar de tema.

—¿Y tú, cómo te enteraste? —pregunté—. Siempre hemos sido muy discretos.

—¿Te acuerdas de aquella película, *Los lunes al sol*?

Asentí, a la vez que afloraban en mi mente imágenes de nuestros paseos por La Salvaje, o por los acantilados, ya en invierno. Todos los lunes.

—Nunca nos ocultamos —dije—, todo el mundo sabía que compartíamos esa afición... como vecinos y amigos.

—Tal vez consiguierais despistar a la mayoría, pero no a mí —declaró satisfecho—. Bastaba ver tu cara de felicidad estos meses. Es toda una mujer, te felicito...

Interrumpimos un par de minutos la conversación mientras retiraban nuestras bandejas. Pensé de nueva en ella, en qué podía hacer para

recuperarla.

–¿Y tú? –le abordé una vez se fueron las azafatas, animado por su propio interrogatorio y sobre todo deseoso de dejar la conversación sobre Ane.

–¿Yo, qué?

–¿Tú cómo estás de amoríos?

Apartó su mirada.

–Esa es conversación para otro día –contestó de forma escueta.

La voz por megafonía vino a librarle del aprieto: “Les habla el comandante –dijo–, en veinte minutos aterrizaremos en el aeropuerto internacional Jorge Chávez de Lima. El tiempo en destino es soleado, con una temperatura de veinticinco grados”.



Kundera era de los que creían que Jesús fue un hombre petulante; un místico y habilísimo líder de masas que, a pesar de su buena voluntad, no pudo evitar practicar la intolerancia propia de los fariseos a los que criticaba y condenaba, y que, arraigado en la tradición judía, no dejó de amenazar extensamente con la ira de su Dios vengador, al que por otro lado pretendía dulcificar. Un hombre contradictorio que ensalzaba el amor pero posiblemente no renegaba de la espada, si la ocasión la requería. “Impaciente, con mal carácter y escaso sentido del humor”; aquella descripción de la personalidad de Jesús, realizada por mi amigo en alguna lejana conversación, se me había quedado grabada. Y podía leerla también en su mirada, según observábamos uno de los numerosos cristos crucificados de la iglesia de Nuestra Señora de la Merced. Habíamos dormido en el cercano hostel Inka Path, en pleno centro histórico de Lima, y en nuestro camino a la plaza de armas hicimos un alto para entrar en aquella basílica de recargada fachada barroca – “estilo churrigueresco”, había aventurado Kundera, con un brillo irónico en los ojos—. Al salir de nuevo al jirón de la Unión mostraba en su semblante ese enojo fingido que le era tan propio.

–¿Qué ocurre, no te ha entusiasmado el churrigueresco? –le pregunté, adoptando yo también un viso socarrón.

Él me observó con intensidad un segundo y acto seguido realizó un gesto con el brazo que pretendía a un mismo tiempo indicar que prosiguiéramos nuestro camino y desechar el tono que yo había empleado. Sin embargo, tras avanzar unas decenas de metros por la calle repleta de turistas, hombres de negocios encorbatados y limeños que curioseaban en las tiendas, se volvió hacia mí.

–“El que ama a su padre, madre e hijos *más que a mí, no es digno de mí*” – citó, con gesto falsamente solemne y tono irónico, a Mateo. Yo le miré con

ademán interrogador.

–“Vosotros sois mis amigos, *si hacéis lo que yo os mando*” –añadió, tergiversando a Juan.

Suspiré con aire resignado y reemprendí mis pasos. Era evidente que la visita a la iglesia había removido el anticlericalismo de mi compañero. Caminé un rato en silencio a sabiendas de que Kundera no tardaría en explicitar su descontento. Lo hizo unos metros más adelante.

–¿Te das cuenta del daño que nos ha hecho la imposición del pensamiento judeocristiano? –profirió–. Todo es jerarquía, culpa, castigo, resignación, sumisión, sacrificio, muerte... en una palabra, crucifixión.

–“Amaros los unos a los otros”, ese fue el núcleo verdadero de su mensaje –defendí.

–No, lo que Él dijo fue: “*os mando* que os améis los unos a los otros”, que es muy diferente –rebatí Kundera, con aquella leve sonrisa condescendiente que su depurada técnica de control de la vanidad no lograba dominar.

Sentí un incipiente brote de irritación, pero la mañana era soleada y espléndida, las calles estaban llenas de color, y la maravillosa plaza de armas de Lima se abría ya ante nosotros. Tomé la firme resolución de no enfadarme. Contemplamos un buen rato en silencio la armonía sin par de aquel lugar, que combina los rasgos férreos del poder con la delicadeza viva y sonriente de la arquitectura colonial. Habíamos decidido utilizar las pocas horas de las que disponíamos antes de tomar el autobús a Máncora para acercarnos a aquella plaza legendaria, y de nuestros semblantes era deducible que no nos habíamos equivocado. Teníamos también la intención de visitar la catedral, que ocupa el lado Este de la plaza junto con el palacio arzobispal, pero tras el berrinche de Kundera no estaba seguro de que fuera lo más apropiado. Sin embargo, fue él el que se encaminó hacia allá, y al acercarnos al frontispicio me sorprendió con una aproximación conciliadora.

–Por otro lado –dijo repentinamente–, hay que admitir que como reformador del código ético, Jesús fue un genio, un verdadero adelantado a su época.

Yo asentí con un gesto rápido de la cabeza y con aquello bastó para que entráramos en la catedral de mejor humor, de nuevo *compadres*, como dicen por allí.

La visita a la catedral comenzó con los restos de Pizarro, que descansan en la primera de las criptas, acribillados por una veintena de cortes de arma blanca infringidos por los secuaces del hijo de uno de sus socios principales

en la conquista –a su vez ejecutado por el propio Pizarro–. La señorita que nos hacía de guía –una muchacha con el pelo recogido y gafas de pasta negra, con un semblante muy serio y aplicado– dejó entrever su, cuanto menos, ambivalente opinión del conquistador, con lo que se ganó la simpatía inmediata de Kundera. El recorrido estuvo acompañado a partir de entonces por los continuos intentos de mi amigo de “tirar de la lengua” a nuestra guía, con la clara intención de denigrar la conquista y a los conquistadores. Acabaron haciéndose grandes amigos, mientras yo me dedicaba a contemplar con estupor renovado los inmensos tesoros artísticos y materiales que la Iglesia ha acumulado a lo largo de los siglos. Más tarde, acomodados ya en el autobús a Máncora, Kundera me recitó la famosa arenga que Pizarro profirió a sus hombres a las puertas del Imperio Inca, cuando se le reclamaba volver a Panamá y cancelar la expedición. Estaba inscrita en la cripta y mi amigo se la había aprendido de memoria: “Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere”, declamó en voz alta, provocando miradas curiosas y también alguna recelosa de nuestros compañeros de viaje. Después me miró satisfecho mientras me explicaba que aquella proclama aclaraba definitivamente en qué consistió la conquista, ahorrándole la necesidad de proseguir con sus lecturas.

Después de tomar unas empanadas en un puesto callejero y recoger nuestras bolsas en el hostel, nos habíamos dirigido a la estación de Plaza Norte para embarcar en el vehículo de La Cruz del Sur, que nos había de llevar a Máncora. Un viaje de diecinueve horas, cerca de mil doscientos kilómetros por la Panamericana. Tras dejar atrás el Área Metropolitana de Lima, no tardamos en abandonar la conversación y ensimismarnos en el paso monótono de kilómetro tras kilómetro de secarral, un auténtico desierto que alegraba esporádicamente la aparición del océano Pacífico a nuestra izquierda, pero que ensombrecía incomparablemente la sucesión infinita de poblachos destartados que nos íbamos encontrando a la vera de la carretera. El paisaje, tétrico para alguien acostumbrado a campas alegres, montes verdes y caseríos prósperos o al menos aseados, influyó en mi ánimo y volví a caer en lúgubres y angustiosas consideraciones sobre lo que nos esperaba en nuestro destino. Inevitablemente, los pensamientos deprimentes se sucedieron y dediqué varias horas a rumiar sobre el inesperado giro que había tomado mi relación con Ane. ¿La había abrumado con mi amargura? ¿Era pedir demasiado que soportara mis miserias? Paramos brevemente en Chimbote

después de la caída del sol –dos filas de edificios polvorientos y desvencijados, muchos de ellos a medio construir–, y en el extrarradio de Trujillo de noche ya cerrada. Después logré conciliar el sueño, y para cuando me desperté estaba amaneciendo. Kundera me comunicó que nos quedaban tan solo un par de horas de viaje, lo que hizo que el corazón se me acelerara.

Poco antes de las ocho y media de la mañana, tras dejar atrás Talara y Organos, bajamos un árido cerro con amplias vistas al océano Pacífico y en su base embocamos la recta que atraviesa Máncora. El autobús paró enfrente de la oficina del Banco de la Nación, apenas una chabola adecentada, que tan solo se diferenciaba de las demás por estar algo mejor pintada y por las rejas que cubrían las dos ventanas. Echamos un rápido vistazo alrededor. La Panamericana cruzaba el pueblo transversalmente, haciendo de avenida principal del mismo; no más de un kilómetro de edificaciones de una y dos plantas, del mismo tipo que habíamos observado en el camino y al que ya nos íbamos acostumbrando: un conjunto caótico, de colores variopintos, que alternaba la construcción en ladrillo –en muchos casos a medio terminar– con la caña de bambú, sobrevolado por una infinidad de cables desorganizados y por tejamanas de hoja de palma o uralita, de aspecto provisional, que descollaban hacia los lindes de la carretera. A pesar de lo temprano de la hora se veía ya mucha gente por la calle, niños y mayores que iban y venían o se sentaban en grupos a la sombra. Vestían ropas de verano, con pantalones cortos y chancletas, muchos de ellos sin camisa. Algunos rostros nos observaron con cierta curiosidad; hacía tiempo que los turistas extranjeros debían de haber dejado de ser novedad en el pueblo, pero nosotros constituíamos sin duda una pareja peculiar, distinta del perfil habitual –del autobús habían bajado junto con nosotros varios mochileros de países occidentales y algún surfista–. Asocié la impresión general que me causó el lugar a los poblados que se veían en las películas del lejano oeste: un villorrio apartado de la civilización, pero en el que se palpaba una cierta efervescencia, una difusa pero persistente señal de que *algo* estaba ocurriendo allí. Imaginé que la afluencia de turismo debía estar suponiendo un auténtico “dorado” para el pueblo, trastocando al mismo tiempo las formas de vida tradicionales.

A falta de mejor opción nos acercamos a la fila de motocicletas con cabina que aguardaban aparcadas un poco más adelante, en una plazoleta de tierra reseca, y que al parecer ejercían el papel de taxis. Allí entablamos una conversación con el primer conductor de la cola, un joven vivaracho de rasgos

achinados que, al vernos despistados, se ofreció de inmediato a llevarnos al hostel Casa de Playa, al que definió como el más *chévere* del pueblo. No teniendo referencia alguna que pudiera orientarnos, yo me mostré dispuesto a aceptar el ofrecimiento, pero Kundera quiso someter al muchacho a un interrogatorio antes de concluir que podíamos fiarnos. El chico, que nos indicó que se llamaba Marnofler, respondió impasible, sin abandonar una sonrisa que danzaba ambigua entre la ironía y la franqueza.

–¿Esta moto es tuya, hijo? –comenzó por preguntar mi amigo.

–No pe. De mi tío no más. Le decimos mototaxi pues.

–¿Y cuánto se abona la carrera en motocarro a ese hostel?

El chico le miró confuso, pero intuyó el significado.

–Tres soles no más.

–¿Y eso cómo de lejos es?

–Aquí arribita no más –señaló hacía el comienzo del pueblo, por donde había entrado el autobús. Kundera le observó receloso.

–¿Y el hostel también pertenece a tu tío?

Le lancé una mirada hastiada a mi amigo, que mantenía sus ojos sobre el taxista.

–Así es pe. Es buenaso, ahí van a pasarla de puta madre pues –respondió el chico.

Kundera me devolvió una mirada ufana. “Es obvio que este muchacho arrastra a quien se deja al hostel de su tío y empleador”, me dijo. Me temí que mi amigo fuera entonces a rechazar el ofrecimiento de Marnofler, y ya me veía dando vueltas por el pueblo para acabar en un hostel posiblemente igual o peor que el que nos ofrecían. Pero Kundera montó con aire satisfecho en el motocarro y le dio al chico una palmadita en el hombro.

Tras retroceder hasta la entrada del pueblo, tomamos un camino de tierra repleto de grandes baches que hacían bambolearse terriblemente al mototaxi. Por fortuna en menos de diez minutos llegamos al hostel, que resultó ser un rudimentario conjunto de cuatro o cinco cabañas de caña de bambú alrededor de un chamizo algo más grande. Sin embargo, la playa interminable sobre la que se alzaba el “complejo” era una auténtica maravilla, y las propias cabañas no dejaban de tener un cierto encanto sencillo. El tío de Marnofler se mostró muy amistoso y hospitalario. Se llamaba Chipatori y debía haber cumplido ya al menos setenta primaveras. Tenía el pelo enteramente cano, el cuerpo enjuto y rasgos muy indios sobre un rostro moreno y afable. Nos ofreció unas cervezas –“unas *chelas* bien heladas”– y unos huevos fritos que desayunamos

con gran placer, mientras observábamos el Pacífico romper a una treintena de metros. Descubrimos también que, a lo largo de la playa, había una frondosa franja de palmeras y vegetación, en la que se vislumbraban construcciones – hoteles o residencias– infinitamente más elegantes de todo lo que habíamos visto desde nuestra salida de Lima. Observé que Kundera contemplaba el paisaje con embeleso y concluí que definitivamente cabía tildar aquel rincón de paradisíaco; pensé que, tal vez, habíamos desechado demasiado pronto el villorrio, que por lo visto escondía encantos considerables más allá de la polvorienta Panamericana.



Tras el desayuno nos instalamos en una de las cabañas, que resultó limpia y confortable. Después de ponernos ropa más cómoda –el calor comenzaba a ser intenso– nos sentamos en la pequeña terraza exterior a debatir nuestro plan de acción. Acordamos que en primer lugar daríamos un paseo por la playa para desentumecer los músculos después del largo viaje, y que a la hora de comer nos acercaríamos al centro de pueblo, a tomar el pulso del lugar. Intenté intercambiar opiniones con Kundera sobre cómo podíamos comenzar a realizar las primeras pesquisas, pero este parecía haber olvidado por completo nuestra misión y contestaba únicamente con monosílabos. Decidí dejarlo para más tarde y emprendimos el paseo. Caminamos descalzos sobre la arena mojada –yo polo blanco sobre pantalón azul, él un niqui verde con la efigie de Bob Marley sobre bermudas amarillas–, observando cómo las olas golpeaban sobre la orilla, moteada en diversos lugares de rocas y pequeños arrecifes. Unos cientos de metros mar adentro se observaba un considerable trajín de barcos pesqueros. Se me antojó un océano parecido al nuestro, bravío y lleno de vida, aunque de una tonalidad grisácea, más oscura. Pronto pudimos observar muestras de la exuberancia de aquellas aguas: sobre la arena encontramos el cadáver reciente de un enorme lobo marino. Más adelante encontramos otro más. Imaginé que aquellos animales no debían ser comestibles, dado que los dejaban pudrirse sobre la arena. Kundera se acercó entonces a una de las rocas y me gritó exaltado que estaba plagada de percebes, exhortándome a que a la vuelta del paseo nos hiciéramos con cuchillos y una bolsa para recoger un buen puñado. En definitiva, en contraste con el inhóspito desierto que habíamos recorrido para llegar hasta allí, aquel mar estaba lleno de tesoros. Por otro lado, las residencias y los pequeños hoteles construidos en el linde de la playa, que ahora podíamos observar de cerca, eran de una construcción sólida y de buen gusto. Se confirmaba así que

había otra Máncora más allá del poblacho que habíamos visto a nuestra llegada.

Tras caminar un par de kilómetros, nos sentamos sobre un grueso tronco que el mar había depositado en la arena. Contemplamos el océano en silencio un largo rato. Mi ánimo se había apaciguado y sentía por momentos brotar de nuevo aquella excitación que la idea de visitar Perú me había provocado. Pensé entonces en el futuro; no en lo inmediato, nuestra investigación, los peligros, el Negro o Ane, sino en el futuro más allá de las próximas semanas o meses. ¿Qué iba a ser de mí? ¿A qué iba a dedicarme en mi nueva vida de excusa? Porque a algo tendría que dedicarme... Repetí la pregunta en alta voz, no sé bien si dirigiéndosela a mi amigo o a mí mismo. En cualquier caso, Kundera desvió su mirada y tras posar su brazo sobre mis hombros se dispuso a dar su opinión.

–Puedes hacer infinidad de cosas –dijo–, ayudar en la herboristería, vender seguros, incluso ejercer de detective privado, que parece que se te da bastante bien...

–No te rías –protesté–, sabes bien que lo que yo necesito es ejercer mi ministerio con la gente.

Me miró entonces de una manera extraña, algo condescendiente, pero también compasiva.

–¿Recuerdas a Tomás? –me preguntó.

De forma insólita, volví a repetir el mismo error que había cometido en nuestra primera conversación, quince años atrás.

–¿Qué Tomás? –inquirí– ¿Santo Tomás?

Él me observó un instante para comprobar si estaba de cachondeo, y al ver que no había atisbo de ironía en mi rostro prorrumpió en una sonora carcajada. Entonces recordé.

–Ah, *ese* Tomás –dije, a la vez que agitaba la cabeza sorprendido de mi torpeza–, el de la insoportable levedad. ¿Qué le pasa a ese Tomás?

Kundera adoptó el semblante serio, un poco de catedrático de universidad, que acompañaba a sus reflexiones importantes.

–Tomás creía que su profesión era el gran destino de su vida –evocó–. Recordarás que era cirujano, y muy bueno. A la medicina no lo había conducido ni la casualidad ni el cálculo racional, sino un profundo anhelo interior. Kundera, al hablar de Tomás, recrea una anécdota en la que Beethoven transforma las palabras “*ess muss sein*” –“tiene que ser”– expresadas en un contexto ligero, cómico, en una tesis metafísica. ¡Tiene que

ser, *ess muss sein!* Así lo dicta el destino.

–Y sin embargo, Tomás acaba de conductor de un camión... –recordé.

–Primero de limpiacristales y posteriormente de conductor de camión –me corrigió–. Así es, Tomás se enfrenta a la noción de que deba haber un imperativo metafísico en su vida. Opta por la levedad.

–Y muere conduciendo el camión...

Kundera sonrió divertido.

–Exacto, se pega un castañazo con su mujer y mueren los dos –concedió–. Pero ese no es el punto, o más bien, ese es otro punto, el de que el azar todo lo puede, por encima de cualquiera de nuestras elecciones. Pero lo que quería resaltar en este caso es que, después de haber considerado durante décadas que su “cometido” en esta vida era ejercer de cirujano, Tomás encuentra una felicidad mucho mayor siendo un simple limpiacristales o conductor. Las cosas que hace en su trabajo ya no le importan nada y sin embargo está encantado. Comprende la sencilla felicidad de las gentes que no se ven acuciadas por ningún “*ess muss sein*” interior.

Asentí pensativo.

–Azurmendi, asumir que uno tiene que cumplir por fuerza una determinada misión en este mundo no es más que una opción más, y es una opción muy pesada. Hay mucha vida más allá del “*ess muss sein*”, y posiblemente más feliz.

Asentí de nuevo, pero poco convencido. Tal vez pudiera entender racionalmente el absurdo de verse atrapado por una trampa de destino autoinflingida, pero esa era mi naturaleza y no creía que pudiera combatirla; en realidad, no creía querer combatirla. Kundera debió intuir mis pensamientos.

–De todas formas –dijo–, hay numerosos empleos en los que uno puede ejercer un ministerio con la gente: por ejemplo en la enseñanza, o en el trabajo de cooperante...

Nos levantamos entonces y reemprendimos el camino de vuelta hacia el hostel, yo meditabundo y Kundera recogiendo conchas y piedras raras en la orilla. Al llegar encontramos a Chipatori sentado en la terraza del chamizo principal, que servía de sala de estar y comedor del local. Nos sentamos con él y pensé que era un buen momento para iniciar las investigaciones. Sin embargo, Kundera se me adelantó.

–Y dígame –inquirió–, ¿cómo es que la playa está sembrada de cadáveres de lobos marinos?

Chipatori meneó la cabeza a la vez que señalaba al mar.

–Putá compadre, son los pescadores –dijo–, los matan porque rompen las redes y les arranchan la pesca.

–¿Y la carne de lobo marino no se come? –pregunté.

Chipatori me miró extrañado.

–Está prohibido, compadre –contestó.

–¿Y los percebes? –inquirió Kundera.

Chipatori nos miró de nuevo sorprendido.

–Esos no están prohibidos, pero dan asquito pues.

Kundera intentó persuadir a nuestro anfitrión de que los percebes eran un manjar exquisito, pero el viejo no se dejó convencer. Dejamos entonces el asunto culinario y tras realizar diversas alabanzas de la playa me dispuse a comenzar a indagar. Chipatori me inspiraba confianza, y pensé que siendo nosotros sus únicos huéspedes estaría inclinado a ayudarnos.

–Aquí en Máncora vive ahora un joven de nuestra tierra –dije–. Se llama Jon, ¿usted le conoce por un casual?

Chipatori repitió el nombre un par de veces para sí mismo con el rictus pensativo, pero al cabo negó con la cabeza. Probé entonces con Patricia.

–Es el novio de Patricia, una chica de Máncora que ha vivido un par de años en el País Vasco.

Chipatori adoptó de nuevo un gesto reflexivo, haciendo memoria, pero no parecía saber de la pareja.

–Una chica muy guapa, morena y de ojos verdes –añadí.

El viejo se quedó pensativo unos segundos más, y entonces cayó. Giró la cabeza hacia mí en un brusco movimiento nervioso, a la vez que un ligero temblor recorría su rostro. La mirada se le turbó. Cuando recobró la compostura nos habló muy serio.

–Yo no quiero nada con esa flaca –dijo levantándose–, y ustedes tampoco.



Hicimos un par de intentos de continuar la conversación pero Chipatori se negó a hablar más del asunto, reiterándonos tan solo que nos anduviéramos con cuidado. Cuando se retiró hacia la cocina debatimos entre los dos el significado de aquella reacción; dedujimos que Patricia debía ser temida en el pueblo, posiblemente debido a practicar el vudú, o tal vez por algo peor. En cualquier caso, si mentar su nombre tenía tal efecto íbamos a tener que realizar nuestras pesquisas con mayor sutileza.

Eran todavía las once y media y decidimos hacer tiempo antes de ir al pueblo acercándonos a alguna roca a coger percebes. De camino, mi amigo me explicó que de joven había ejercido esporádicamente de *lanpernari* – pescador de percebes– en los acantilados entre Arminza y Bakio, algo habitual entre los chavales de la época hasta que se esquilmaron las costas y se establecieron prohibiciones. Añadió que el asunto tenía su riesgo, ya que se trataba de cogerlos allí donde la ola bate fuerte contra la roca, preferentemente en la parte baja de la línea de mareas, donde el sol apenas llega. Encontramos un arrecife que le pareció adecuado y observé cómo se afanaba en su parte exterior, agarrándose a la roca cuando venía la ola o escapando con una agilidad impensable en aquel corpachón, a saltos por el arrecife cuando el mar arremetía con fuerza. Yo me dediqué a los percebes más cercanos, protegido por el arrecife; “pésima calidad”, musitó Kundera cuando vio el pequeño montón que había logrado reunir. Pero con lo suyo debíamos tener cerca de dos kilos. De vuelta en el hostel, Chipatori nos los guardó en la nevera y nos preparamos para ir al pueblo. El viejo, todavía con un ademán serio, el rictus preocupado, o quizás más bien enojado, llamó a Marnofler para que viniera a recogerlos. Al montar en el motocarro nos miró a los ojos; “olvídense de la Gata”, dijo, “su amigo no tiene ya remedio”.

“La Gata”. Así debían llamarla, lo que explicaba que el viejo hubiera

tardado en caer. Ya había podido observar que en Perú todo el mundo tiene un mote; y este casaba bien con aquellos ojos indescifrables y tenebrosos, ojos de bruja. Marnofler nos dejó en el punto de la Panamericana más cercano a la playa de Máncora, que según dijo era la zona del pueblo donde se concentraban bares, restaurantes y hoteles. Deambulamos un rato por las callejas, donde se combinaban locales de aspecto ruinoso con restaurantes modernizados, con pretensiones, presumiblemente para turistas. Comenzaba la temporada baja –eran finales de verano en Perú– y el pueblo se había comenzado a teñir de ese aspecto triston y melancólico que adquieren los lugares vacacionales fuera de temporada. Pero todavía se observaba un buen número de extranjeros dando vueltas por allí. Se dividían básicamente en dos tipos: los surferos, atraídos hasta allí por las magníficas olas izquierdas de la zona, y los mochileros, que deambulan por todo Perú con unos pocos soles en el bolsillo. Algunos debían de ser a un tiempo mochileros y surferos, pero en general las economías y las estéticas estaban bien diferenciadas. Pululaban también numerosos locales, que caminaban o charlaban a su aire; pero me pareció observar que las miradas esporádicas que dedicaban a los extranjeros no eran particularmente amistosas, sino más bien rencorosas. El linde de la playa estaba plagado de bares, de nuevo diferenciados entre tugurios para mancoreños y terrazas con cierto estilo para atraer a los turistas. Sobre la arena tomaban el sol cuarenta o cincuenta personas, en su mayoría extranjeras y, aunque no había mucha mar, una docena de surfistas intentaban coger olas. Me pareció que el pueblo destilaba esa amargura propia de los lugares donde dos civilizaciones en momentos históricos muy diferentes se encuentran repentinamente, y establecen sus relaciones sobre una base transaccional, envenenada por sobreentendidos de superioridad, servicio y rencor.

Nos alejamos entonces de la playa para dirigirnos a la cevichería que nos había recomendado Chipatori. Atravesamos de nuevo la Panamericana, para adentrarnos esta vez en la parte interior del pueblo, una serie de calles sin asfaltar que se agolpaban bajo unos pequeños cerros arenosos que marcaban el linde del desierto costero del Perú. Aquí las casas eran casi todas de una sola planta, la mayoría de ladrillo con tejado de uralita, y algunas, más pobres, de caña, maderos o chapa. Niños y perros jugueteaban sobre la tierra blanca y reseca. Tras inquirir direcciones un par de veces logramos dar con el restaurante: la cevichería de Edi era una construcción algo más amplia que las circundantes, con una terraza de buen tamaño en su entrada. Nos sentamos en una de las mesas en la sombra de la terraza y el propio Edi –un hombre de

rasgos selváticos, con edad indefinida y un ojo estrábico muy disparado— no tardó en ofrecernos cerveza Pilsen helada. Pedimos para comer ceviche mixto de pescado y camarones. Una pareja de mediana edad degustaba silenciosamente un arroz en el otro extremo. Mientras Kundera se deleitaba con el ceviche yo me dediqué a observar al propietario, que se afanaba en el interior. Mi mente estaba centrada en comenzar la investigación, y tal vez Edi estuviera dispuesto a darnos indicaciones sobre la Gata. Me preguntaba también cuál sería nuestro siguiente paso una vez supiéramos de su paradero. No tenía una idea clara, me guiaba únicamente por la táctica marcada en su día por el Negro: agitar el cascabel, indagar para hacer que los sospechosos se pusieran nerviosos. Pero era consciente de que aquella era una estrategia simplona e inocente, y que además podía resultar peligrosa. En un momento dado Kundera debió intuir los motivos de mi gesto intranquilo, y decidió, muy a su estilo, agarrar al toro por los cuernos.

—Edi, vengase para acá —llamó repentinamente. La pareja levantó la cabeza del arroz. Cuando Edi se acercó aparentaron seguir a lo suyo.

—Verá —le interpeló Kundera—, queríamos saludar a un buen amigo de nuestro pueblo que anda ahora por estas tierras. Quizás usted nos pueda decir de él... es pareja de la Gata... —añadió, con una especie de tonillo misterioso totalmente inadecuado.

Miré a Kundera escandalizado, habíamos acordado realizar la investigación con “gran cuidado y sutileza”. Le lancé una mirada de reproche. Sin embargo, Edi no se alteró como lo había hecho Chipatori.

—Ya, la Gata —dijo—, conozco bien a su amigo, es Jon, ¿no? Andan ahora con otro compatriota de ustedes, Gorka, me parece ¿no? Jon es un buen huevón, y el otro, que cojudoes ese Gorka, ¿no? Buenos patas. Vienen a menudo por acá con la Gata.

Kundera me lanzó una mirada satisfecha. Yo seguía convencido de que había sido un imprudente, pero decidí lanzarme también al ruedo, ya no había vuelta atrás.

—¿Y usted puede decirnos dónde viven, Edi? —pregunté.

—Ah, pues no sé, compadre, no tengo idea de dónde viven; pero yo les paso la voz, no se apuren...

—En realidad solo queremos hablar con Jon —le interrumpí alarmado—, es decir, solo le conocemos a él; dígame que un paisano, el párroco de la iglesia de Berango, quiere tomar un café.

Edi me miró con sorna.

–Es usted sacerdote, ya me decía yo... no se preocupe, yo le doy el aviso a Jon.

El tono y la insinuación me dejaron algo perplejo, pero lo pasé por alto y le agradecí a Edi su gestión. Nos preguntó entonces dónde nos alojábamos. Tras asegurarnos que nos habíamos ido demasiado lejos del pueblo se animó repentinamente, en un arrebató de buen anfitrión, a relatarnos la historia de la zona. Tuvimos que intensificar la atención, ya que Edi hablaba en un tono muy bajo, casi susurrante. Me vi forzado a fijar mi mirada en sus labios, intentando obviar la desasosegante sensación que producía su ojo estrábico. Nos informó de que en Lobitos, un pueblecito cercano, había en los años cincuenta un enorme casino al que venían a jugar los grandes personajes norteamericanos; y que primero la *Lobitos Oilfield Company* y después la *International Petroleum Company* habían tenido allí un campamento enorme, que incluía una planta desalinizadora y el primer cine de toda Sudamérica; y que después se había instalado allí, en la guerra con Ecuador, la primera brigada de caballería del ejército peruano; que por otra parte, aquella zona del Pacífico había sido el mejor lugar del mundo para pescar merlines y peces espada y que en Cabo Blanco, a solo unos kilómetros de Máncora, se había batido el récord mundial de pesca de merlín negro, al parecer vigente todavía en la actualidad. Como colofón aseguró que la película basada en la novela *El viejo y el Mar* se había rodado en aquellas aguas, y que el propio Ernest Hemingway, autor de la novela, había pasado una larga temporada en el *Cabo Blanco Fishing Club*, cimentando el relato en sus experiencias de pesca en la zona.

Le miramos con incredulidad, sorprendidos también de su manejo de los vocablos ingleses.

–Así es, señores, –dijo con aire satisfecho, disparando aún más si cabe el ojo– esto es el *Merlin's Boulevard*. –Tras lo cual tuvo que atender a la pareja de la esquina que deseaba pagar su cuenta.

Abandonamos el local un rato después y nos montamos en el primer mototaxi que encontramos para volver al hostal. Kundera canturreaba satisfecho con la comida y con los avances de la investigación, mientras que yo me preguntaba si habríamos cometido una imprudencia y en qué iba a resultar todo aquello. Al llegar a Casa de Playa, Chipatori nos rió por no haber vuelto con Marnofler.



Pasamos la tarde charlando y sesteando. Nuestra relación, muy cercana en un determinado ámbito, digamos de un carácter intelectual, quizás también espiritual tras quince años de conversaciones semanales, iba adquiriendo ahora una índole más carnal, de humanidad compartida en pequeños espacios. Aquella convivencia que había deparado nuestro viaje a Perú resultaba en una intensa cercanía, que nos acercaba en un plano instintivo, de animales que se arriman para darse calor en el frío de la noche. Hablábamos ahora no solo de las “grandes cuestiones”, nuestra temática habitual, sino también, aún esquiva y tímidamente, de las sombras que todos vamos acumulando a lo largo de la vida y que arrastramos en nuestro deambular.

Fue en uno de estos intercambios cuando Kundera me desveló algunas claves de su personalidad. Contó que en su infancia, al igual que me había sucedido a mí, había quedado muy pronto huérfano de madre. Pero él, además, había sufrido a partir de entonces el castigo físico y psicológico de un padre autoritario y amargado, agravado por los maltratos que ejercían sus tres hermanos mayores, a los que tildó directamente de desalmados. Esa etapa le había dejado marcado para siempre; hacía tiempo que su padre había muerto, pero con sus hermanos, que seguían viviendo en Berango, no mantenía hoy en día ningún tipo de relación. Aquellos años habían moldeado su carácter y su forma de encarar la vida: estaba convencido de que su paso por este mundo hubiera sido muy diferente de no haber segregado como respuesta un rechazo absoluto a todo lo que significara una imposición. Se había pasado la vida rebelándose; primero, de niño, en silencio, pero más tarde, cuando por fin explotó, con esporádicas reacciones violentas –con diecisiete años había tumbado de un certero golpe a su hermano mayor–. Posteriormente se había rebelado, en formas ya más sutiles, contra las convenciones sociales, y finalmente contra la misma vida en sociedad: había acabado por crearse un

personaje, o por amoldarse a una figura conocida del imaginario colectivo, la del bufón, el chiflado-lúcido del pueblo. Suficientemente despejado para ganarse la vida de secretario del ayuntamiento, y a la vez suficientemente trastornado para no tener que atenerse a los rituales y convenciones de una pequeña comunidad. Un personaje irrisorio y desdeñado, pero independiente y libre. Yo tenía claro desde hacía muchos años que Kundera era una mente brillante que exageraba intencionadamente sus extravagancias para causar un determinado impacto en sus vecinos, pero me sorprendió la crudeza y premeditación de su maniobra. Pensé que tenía que haber sufrido mucho para adoptar tal resolución.

—Ya sé lo que estarás pensando —había añadido Kundera finalmente—, que de ahí proviene también mi rechazo a todo peso y mi querencia por la levedad. Pero te equivocas, esa es una posición largamente meditada y razonada...

Yo había asentido a la vez que miraba con cariño a mi amigo, que no tardó en adoptar de nuevo su habitual viso socarrón.

Más tarde, a eso de las seis, nos encontrábamos en la terraza del chamizo principal compartiendo con Chipatori la inevitable *chela* cuando llegó Marnofler con un mensaje para nosotros.

—Se me ha acercado a conversar ese rubio compatriota de ustedes —dijo—, que de acuerdo tomarse un café con el sacerdote. Dice que les espera en donde Edi a las ocho y media.

—¿Jon? —pregunté exaltadamente.

—Eso es pues, Jon —corroboró Marnofler.

Intercambié una mirada con Kundera y después mis ojos se fijaron en Chipatori, que negaba con la cabeza.

—No vayan ustedes, ya les avisé que se alejen de la Gata —dijo descorazonado.

—¿Por el vudú? —pregunté.

Chipatori me miró desconcertado un instante y acto seguido exhibió una mueca extraña.

—Tal vez ella no vaya —dije entonces—. ¿Qué te ha dicho Jon? ¿Va a ir solo? Marnofler realizó una ligera elevación de sus hombros.

—Ah, pues no se —dijo—, yo me entendí que se iba a venir él solito.

—¿Lo ve? —intenté tranquilizar a nuestro anfitrión, y a mí mismo—, una conversación pacífica entre compatriotas.

Chipatori se alzó de la mesa, como al parecer hacía siempre que algo le contrariaba, y se dirigió hacia la cocina gesticulando. Le pedí a Marnofler que

nos viniera a recoger a las ocho para llegar con tiempo a nuestra cita. Kundera por su parte contemplaba tranquilamente el mar, al parecer enteramente despreocupado. Pero yo pasé las siguientes dos horas inquieto y temeroso ¿Aparecería la Gata? O peor, ¿Vendría también la Comadreja? De todas formas, era un restaurante, un lugar público, no podían hacernos nada en un sitio así, por mucho que estuviéramos alejados de la civilización. Hacia las siete y media reapareció Chipatori y sentándose de nuevo con nosotros posó una mano sobre mi brazo.

–Oiga, escuche –dijo–, yo no digo nada, pero no es bueno para el hostel que les pase algo a ustedes.

–No nos va a pasar nada, Chipatori –dije, intentando de nuevo tranquilizarnos a los dos–. Dígame, ¿a esa hora habrá gente en la cevichería?

–Seguro, unos cuantos –afirmó. Yo recibí aquella aserción con un gran alivio. Pero Chipatori negó con la cabeza.

–Ustedes no entienden –dijo, mirándonos alternativamente a Kundera y a mí, para finalmente fijar sus ojos sobre los míos–. Esto es Máncora, Perú. Aquí todo se compra por un poco de plata, también la vida. Ustedes tienen algo con la Gata, y eso es muy peligroso. Yo no digo nada, pero acá ahora hay pandilleros, droga, balaceras continuas. Los hermanos de la Gata... su familia... son mala gente. Ella tuvo que escapar al país de ustedes hace un par de años, y su vuelta ahora no augura nada bueno. Pero yo no digo nada.

–¿Y la Policía? –pregunté.

Chipatori exhibió una breve sonrisa desalentada y negó de nuevo con la cabeza, como exasperado por nuestra ignorancia y torpeza.

–La Policía también se compra pues –afirmó lacónico.

Aquella aclaración acabó por intranquilizarme del todo. Observé un instante a nuestro anfitrión; parecía una persona honesta, me sorprendió recordar que lo habíamos conocido aquella misma mañana, se me hacía ya un amigo. Reflexioné que tal vez debíamos seguir sus consejos. Sin embargo, me golpeó entonces el recuerdo del Negro en su celda. De mi expulsión de la parroquia. De la frialdad de Ane. Me embargó una intensa sensación de vacío. Entendí que solo cabía seguir adelante, que aquella misión era lo único que me quedaba. Y también suponía, era consciente de ello, una forma de reivindicarme. Entonces me giré hacia Kundera con el rostro temeroso pero determinado, con la intención de decirle que él no tenía por qué correr aquel riesgo; mi amigo, como de alguna manera lograba hacer siempre, intuyó de inmediato mi intención, y en la intensidad de su mirada entendí que no había

nada que hacer, que Kundera me iba a acompañar hasta el final dijera yo lo que dijera.

A las ocho y cinco nos montamos en el motocarro de Marnofler para dirigirnos a la cevichería. Chipatori no quiso vernos partir, pero unos minutos antes me había entregado un papel con el número de la Policía de Máncora y el nombre de uno de sus miembros. “Tal vez se pueda uno fiar de este pata”, me había dicho.



Al llegar al pueblo le pedí a Marnofler que nos dejara en la misma Panamericana, con la intención de acercarnos a pie hasta la cevichería. Nada más bajarnos observé el entorno: la carretera polvorienta por donde se movían un par de mototaxis, las callejas de tierra que partían de la misma, las casas pobres y tristes, los cerros desolados un poco más allá, marcando con aire siniestro, en la última luz del día, el abrupto final del pueblo. Y después el desierto; los cientos de kilómetros de erial en rededor nuestro. El refugio en Casa de Playa, a tan solo diez minutos, se me antojó un lugar de otro mundo. Me puse en movimiento con paso ligero, deseoso de enfrentarme cuanto antes con lo que tuviera que ocurrir. Recordé sin fatiga dónde torcer a la izquierda y dónde a derecha, a pesar de que las calles eran apenas distinguibles unas de las otras. Kundera me seguía unos metros por detrás. A aquella hora numerosas mujeres estaban sentadas en el exterior, charlando entre vecinas, mientras la prole jugaba sobre la tierra. En pocos minutos nos encontramos delante de la cevichería; me sobresalté al comprobar que la terraza estaba vacía. Acercándome pude vislumbrar que en el interior había un par de mesas ocupadas enteramente por hombres que jugaban a las cartas. Kundera y yo nos sentamos en el exterior, en la misma mesa que al mediodía, y un sonriente Edi se acercó a los pocos segundos con una Pilsen y dos vasos en sus manos.

—¿Les llegó el mensaje pues? —saludó—. Ya me dijo el rubio que se vendría por acá esta noche.

Me reconfortó que solo mencionara a Jon, avivando mi esperanza de que este viniera solo.

—Pero me dice que no le conoce al señor sacerdote —añadió Edi—, tal vez usted se haya confundido de persona...

—No, es decir, le conozco de referencias —titubeé—, de familiares suyos que me han pedido que lo salude.

–Ah, bueno pues. Ahorita vendrá. Querrán cenar algo...

Kundera, que se había mostrado circunspecto, despertó en ese momento.

–Sí, desde luego –dijo–, tomaremos un ceviche igualito al de esta mañana.

–Ah, bueno pues –asintió satisfecho Edi.

–Pero espere a que llegue Jon, por favor –intervine.

Edi nos aseguró que no tardaría y se fue para adentro. Tomamos un vaso de cerveza. Me encontraba algo más relajado, al parecer se confirmaba que Jon vendría solo. Lo comenté con Kundera, pero me devolvió una cara de circunstancias. No llegó a decirlo, pero adiviné lo que pasaba por su mente, una lacónica frase a la que tenía una gran querencia: “nada es seguro salvo la muerte”. Recordé entonces nuestra conversación de la mañana sobre el “*ess muss sein*”; pensé que era una noción tranquilizadora, “tiene que ser”, así está escrito, por Dios o por la causalidad cósmica, pero en cualquier caso no hay nada que podamos hacer para evitarlo: lo que tenga que ser, será. Me entretenía con estas reflexiones cuando una voz suave y cálida, un poco infantil, nos saludó.

–Buenas tardes, ¿el cura de Berango?

Me giré hacia la voz y reconocí al momento el rostro afable de Jon. Estaba mucho más moreno que cuando lo vimos en el Sunset jugando al billar. Lucía ahora una melena que le llegaba a la base del cuello, de un rubio dorado. Su gesto era serio pero franco, y sonreía con timidez. Portaba una camiseta de surf bajo la que sus músculos se mostraban más poderosos y marcados de lo que yo recordaba. En conjunto tenía la típica pinta del chico encantador, ese al que todos aprecian y quieren tener cerca. Me pareció sin embargo que una lejanísima melancolía velaba el brillo de su mirada.

–Soy yo, Ander Azurmendi –dije levantándome y avanzando mi mano. La estreché algo receloso. Saludó seguidamente a Kundera y le pedí que se sentara con nosotros. Siguió un momento incómodo; era evidente que el joven no entendía por qué aquellos dos personajes, uno cura y el otro con pinta y nombre extravagantes, podían querer verle, por mucho que fueran de Berango. Sin duda mi amigo y yo debíamos parecerle una pareja muy extraña. Avancé la única coartada que se me había ocurrido.

–Estamos viajando por Perú –dijo–, y un amigo tuyo, Chechu, nos pidió que te saludáramos si pasábamos por Máncora.

–¿Chechu? –repitió sin caer.

–El camarero del Indian –aclaré–. Parece que te tiene mucho cariño.

Él asintió algo perplejo, pero después distendió su rostro y sonrió.

–Es un buen tipo, nosotros vamos mucho por el Indian –dijo.

Tras el titubeo inicial, Jon pareció aceptar aquella aclaración como verosímil y se relajó. Charlamos un rato sobre “nuestro plan” de viajar por todo Perú, lo diferente que era aquello de nuestra tierra, los contrastes inauditos del país, su gastronomía –Kundera y el joven debatieron si cabría exportar percebes– y demás temas habituales que tratan los compatriotas cuando se encuentran en tierras extranjeras. Edi trajo el ceviche y comimos mientras seguíamos conversando. Jon nos contó que Máncora era un auténtico paraíso para los amantes del surf, y entendimos que su única ocupación consistía en coger las magníficas olas de la zona. La terraza se fue llenando de ruidosos comensales mientras los tres continuamos charlando distendidamente. Yo no sentía ya ninguna intranquilidad. Comenzaba a convencerme de que si la Gata había perpetrado el asesinato debía haberlo hecho sin la ayuda de su novio. Jon era demasiado buena persona. Estábamos por terminar el ceviche cuando pensé que era hora de intentar averiguar algo.

–¿Cómo decidiste venir a vivir a Máncora? –pregunté.

–Mi novia es de aquí –respondió Jon. Sus ojos se iluminaron extrañamente al mencionarla. Resolví que tenía que ir al grano.

–Lo sé, Chechu nos habló de Patricia, y nos dijo que vivíais en Algorta hasta hace poco, pero que de repente decidisteis veniros a Máncora...

El joven se sobresaltó.

–No fue tan de repente –protestó–, lo habíamos contemplado más de una vez.

Yo asentí, y estaba pensando en una frase que quitase hierro al asunto de su partida, con el ánimo de tranquilizarle de nuevo, cuando Kundera decidió intervenir.

–A Chechu se le hizo muy extraño –dijo–, de hecho nos comentó que la *ertzaintza* se había pasado por el Indian preguntado por vuestra repentina partida del país...

Jon se puso muy serio y yo miré perplejo a mi compañero de investigación, decididamente un dechado en lo concerniente a la sutileza. El joven nos observó a ambos con aire precavido antes de hablar.

–Esos cabrones nos lo han hecho pasar muy mal sin ningún motivo, solo porque Patricia es peruana –dijo entonces con ademán airado. Después nos escudriñó con recelo redoblado.

Entonces Kundera le devolvió una mirada llena de comprensión y simpatía.

–No puedo estar más de acuerdo –dijo–, esos metomentodo deberían dejar tranquila a la pobre gente.

Sus palabras estaban cargadas de una camaradería tan convincente y sincera que consiguieron tranquilizar considerablemente el ánimo de nuestro interlocutor.

–Ni siquiera aquí nos han dejado en paz –dijo, todavía receloso.

Mi amigo respondió con un gesto de enfado. Dijo algo sobre las autoridades que no dejaban vivir su vida a los jóvenes. Su mirada mostraba una completa solidaridad con la pareja.

–¡No hay derecho! –acabó proclamando. Jon le miró agradecido, sorprendido por el fervor de aquel inesperado apoyo.

Edi interrumpió entonces aquella extraña conversación, que a mí me tenía desconcertado. Se acercó hasta la mesa portando cuatro vasos en una bandeja.

–Seguro que todavía no han probado el pisco sour –dijo, según nos repartía las bebidas–. Nuestra bebida nacional, una delicia, ya verán. Vamos a brindar por su estancia en Máncora. ¡Por el gusto! –exclamó entonces, elevando su copa. Brindamos y dimos un trago del coctel, refrescante pero algo amargo, de un sabor difícil de definir. Tras preguntarnos por el ceviche, Edi nos hizo beber de nuevo y después se retiró.

Jon nos observó entonces con una mirada más calmada, pero entreverada todavía con un residuo de prevención.

–¿Entonces vosotros no tenéis nada que ver con la Policía? –preguntó, en un tono que pretendió ser firme y despreocupado, pero que no pudo evitar una vacilación temblorosa. Kundera prorrumpió en una sonora carcajada, que yo acompañé más tibiamente.

–¿Nosotros con la Policía? Absurdo. ¡Siempre me encontrarás frente a los cuerpos represores! –exclamó mi amigo, con el tono melodramático que utilizaba en numerosas ocasiones, de una ambigüedad difícil de discernir. En cualquier caso el golpe de efecto funcionó y Jon pareció relajarse definitivamente.

Nos trajeron entonces los cafés y aproveché para cambiar de tema. Pasamos a hablar de Sopelana, de Cuzco, de Machu Picchu y del Athletic. Pero en ningún momento dejó mi cabeza de maquinarse sobre cómo avanzar en la investigación. Una idea se había hecho fuerte en mis pensamientos y no cesaba de retornar a ella: “alguien que se toma el trabajo de cortar el falo a un moribundo con la intención de llevárselo no lo abandona después tan fácilmente”. Lo había dicho el Negro y lo había reiterado Ane. Tenía sentido,

en especial a sabiendas de que Patricia era una sacerdotisa de vudú y que su altar doméstico en Algorta “rezumaba maldad”, a decir de *ertzainas* curtidos en todo tipo de atrocidades. Y si ella conservaba el pene, debía de utilizarlo de alguna manera en sus ceremonias. Se acercaba ya la hora en que tendríamos que dar por terminada nuestra fraternal cena entre compatriotas y no habíamos logrado ningún avance significativo. La terraza se había quedado prácticamente vacía. Decidí entonces arriesgarme a sacar el tema del vudú y ver si por ahí se podía abrir una ventana.

–Hemos oído que en Perú está muy extendida la práctica del vudú –avancé, en un tono distendido–. Ese es un tema que me interesa mucho. De hecho en el pasado he asistido a alguna ceremonia, en países como la República Dominicana, y querría contactar con algún practicante también aquí.

Jon me observó un instante tratando de enjuiciar mi comentario.

–Puede resultar extraño –añadí entonces–, pero a muchos sacerdotes católicos nos interesa estar al día de otra prácticas religiosas, incluso de ritos mágicos pseudo-religiosos. –Según terminaba la frase volví a pensar que me había convertido en un mentiroso profesional. ¡Si ya ni siquiera era sacerdote! Tuve que hacer acopio de fuerzas para proseguir con aquella patraña–. ¿No habrás oído de algún practicante local? –pregunté intentando aparentar ingenuidad.

El chico me miró un instante. Parecía ser del tipo de personas que siempre buscan agradar. Además, con la conversación habíamos logrado que se distendiera ya por completo: era evidente que se sentía a gusto entre gente de su tierra. El caso es que no receló de mi pregunta, muy al contrario, abrió la puerta de par en par. Bajó la voz y acercó su rostro hacia nosotros, pero nos habló con naturalidad, como lo haría alguien para quien el vudú no es más que una ingenua práctica folclórica local, que se tiñe de misterio y secretismo tan solo para hacerla más interesante.

–Pues habéis tenido suerte –dijo–, Patricia está muy metida. Tiene un grupo de culto formado por familiares y amigos cercanos que se reúnen un par de veces por semana. Entre ellos es una tradición desde hace generaciones. A mí no me entra todo ese rollo mágico, la verdad es que me pone bastante nervioso, y además ella me tiene prohibido que asista a sus ceremonias. Dice que sus reglas no permiten la presencia conjunta de enamorados –al pronunciar esta palabra se ruborizó–. Pero puedo pedirle que os invite a vosotros y que os hagan una demostración o algo parecido...

Kundera me miró extrañado. Con toda probabilidad no entendía qué era lo

que yo pretendía. Aparté la mirada y me dirigí a Jon.

–Eso sería magnífico –observé agradecido, bajando yo también la voz.

Seguidamente sonreí con candor fingido y le pregunté dónde se solían celebrar las ceremonias.

El chico se volvió en su silla y señaló hacia el exterior de la terraza. Apuntó un instante a la zona donde unas horas antes habíamos observado los cerros que servían de linde del pueblo, ahora apenas delineados en la oscuridad de la noche.

–Por ahí arriba –dijo entonces en un susurro–. En la choza de Perro.



Nos despedimos del joven tras haber acordado vernos en algún momento del día siguiente. Él tomó el camino hacia los cerros mientras nosotros nos dirigíamos hacia la Panamericana con la intención de encontrar un mototaxi y retornar a nuestro refugio en el hostel. Kundera no tardó en preguntarme que pretendía con aquella extraña conversación sobre el vudú. A su juicio no era muy sensato asistir a una sesión con una sacerdotisa sospechosa de asesinato y castración. Le descubrí entonces mi intención: si la Gata era la asesina y había conservado el pene de la víctima, este debía de encontrarse allá donde ella realizara sus ceremonias, en el altar de vudú. Le anuncié que nuestro objetivo para el día siguiente iba a ser encontrar la choza de Perro e intentar introducirnos en ella. Era consciente de que se trataba de una opción quimérica, pero la posibilidad de encontrar aquella prueba irrefutable, por remota que fuera, merecía la pena. Mi amigo arguyó que no era sensato suponer que la Gata lo hubiera mantenido consigo, que aquello tendría que estar putrefacto a estas alturas, y que además ni siquiera teníamos la menor idea de dónde se encontraba la choza del tal Perro. Pero al ver que sus dudas producían el efecto de abatirme cambié de tono y reconocí que aquel plan era mejor que no tener ninguno, y que no debía ser tan difícil dar con la choza.

Al llegar a la plazoleta vimos que Marnofler se encontraba allí departiendo con otros compañeros. Le pedimos que nos llevara de vuelta y apenas montamos le hice la pregunta: ¿podía llevarnos al día siguiente a la choza de Perro, el que vivía cerca de los cerros? Nuestro conductor afloró un gesto de sorpresa.

–¿Quieren visitar a Perro? –preguntó extrañado.

–¿Sabes dónde vive? –respondí.

Él rezongó que por supuesto, que todo el mundo sabía dónde vivía Perro. Kundera y yo nos cruzamos una mirada de inteligencia; Marnofler por su parte

nos observó con aire preocupado, mientras ponía en marcha el mototaxi.

La mañana siguiente me desperté agitado con la tarea que teníamos por delante, y la inquietud no había de dejarme ya en todo el día. Desayunando en la terraza del chamizo intercambiamos impresiones sobre nuestra conversación con Jon. Ambos estábamos de acuerdo en que no lo lográbamos verlo como un asesino, por mucho que Patricia lo tuviera obnubilado o embrujado. Comentamos entonces la posibilidad de que la Gata hubiera cometido el asesinato por sí sola. Al fin y al cabo no era del todo descartable: podía haber tomado a Fidel por sorpresa, haberlo golpeado con algún objeto contundente y procedido después a la amputación. Cuadraba con la amenaza que había proferido, “te juro por mi sangre que esto lo vas a pagar con la tuya”, y con la frase que tanto había impresionado a Chechu, “ya has visto lo que le ha ocurrido al último que lo intentó”. Parecían sentencias muy personales, propias de alguien decidido a cometer o que ha cometido ya una acción con sus propias manos, más que las de una mera conspiradora. La diferencia de fuerzas nos había llevado a presuponer que Patricia debía haber utilizado la ayuda de un hombre, pero esta nueva hipótesis me parecía ahora mucho más verosímil. Elucubrábamos en voz baja sobre cómo habría podido llevar a cabo el asesinato cuando se nos acercó Chipatori. Lo vimos aparecer de repente, ensimismados como estábamos en nuestra conversación. Apoyó una mano sobre una silla y se dirigió a nosotros con el gesto airado que ya conocíamos de ocasiones anteriores.

—¿Quieren saber de lo que es capaz la Gata? —preguntó—. Yo les voy a contar quién es Patricia Huamán. Tal vez así se decidan ustedes a volverse para su país.

Nos miró con gravedad, una mirada inteligente y profunda de esas que imponen un respeto inmediato. Aguardamos expectantes. Por fin íbamos a enterarnos de cuál era la razón por la que el viejo le tenía tanto miedo a la Gata.

—Sepan que en este pueblo los Huamán son gente rocosa y rebelde desde hace generaciones —avanzó—. Y que son también gente con muy mala sangre.

Se sentó con nosotros y durante la siguiente hora relató la historia de la Gata y su familia. El rumor de las olas, que batían tenuemente, como cansadas después de un largo viaje, proporcionaba un lúgubre acompañamiento a sus palabras. Los primeros Huamán de los que se tenía memoria en Máncora habían sido traficantes de carbón de madera de algarrobo, que obtenían por medios ilícitos en los bosques de la quebrada al norte del poblado. Con el

tiempo habían adquirido tierras en la zona, a decir de Chipatori siempre mediante amenazas y extorsión. Expertos en quedarse con lo del vecino a través de métodos irregulares, se habían sofisticado con el avance de los tiempos, doctorándose en materia de tráfico de influencias, estafas y corrupción. Chipatori nos enumeró una retahíla de abusos administrativos, de los cuales un número significativo estaban también bañados en sangre. Conocidos y parientes de nuestro anfitrión lo habían sufrido en sus propias carnes. El clan Huamán había sido una familia odiada y temida durante casi cien años, pero al agotarse los escasos recursos madereros de la quebrada su fuerza había comenzado a declinar. Por desgracia, con la llegada del tráfico de droga a la zona, quince años atrás, una nueva generación había retomado la posición de poderío. La afinidad congénita de la familia con los métodos depravados y violentos había encontrado su sitio en el nuevo ecosistema de pandilleros. Eran los nuevos amos de Máncora, jóvenes de gatillo fácil que habían subvertido el orden social. Y la más perversa de entre todos ellos había resultado ser la menor del clan de los Huamán, la Gata Patricia.

–La recuerdo todavía de chibolita, con esa mirada suya de persona adulta –rememoró Chipatori–, de persona trasteada ya por la vida, llena de rencor.

Sus ojos inverosímiles le habían ganado el mote de Gata apenas comenzó a deambular por las calles del pueblo. Y su fama maldita se la había ganado muy pronto también, al llegar a la adolescencia, no tanto por sus actos, si no por cómo le obedecían los otros jóvenes del clan, capaces por su parte de atemorizar al más pintado. Había muchos rumores, muchas historias se contaban sobre el ensañamiento y la crueldad de la Gata, sobre su voracidad sexual, sobre su falta de humanidad. Chipatori nos relató algunas de ellas; quizás no todo fuera verdad, dijo, la exageración y la leyenda son parte del carácter peruano. Pero de lo que no había duda es de que ella lideraba al pequeño grupo de *Huamanes* que se había hecho con la distribución de droga en el pueblo, una manada salvaje que aterrorizaba a sus gentes ciertas noches de borrachera y balaceras. Chipatori creía que era sin duda la más inteligente del clan, y posiblemente también la más despiadada.

Nuestro anfitrión hizo entonces un alto en su relato y observó nuestros rostros impresionados. La que habíamos tomado por una especie de maga negra era en realidad, o era además, el capo de la pequeña mafia local. Por lo visto nuestra misión era mucho más peligrosa de lo que habíamos supuesto hasta entonces.

Reflexioné entonces que había algo que no me cuadraba: si el clan de la

familia Huamán seguía controlando el pueblo, ¿por qué había escapado Patricia al País Vasco? Chipatori me aclaró que por aquella época, dos años atrás, habían cambiado al jefe de la Policía de Máncora. Un joven oficial de nuevo cuño había llegado con la intención de poner orden y la Gata se había visto obligada a desaparecer por una temporada. Durante un tiempo el tráfico en manos de los Huamán había languidecido; proseguía, pero más humilde y soterrado. Por desgracia al oficial lo habían ascendido recientemente y estaba ya en Lima. Máncora había vuelto a ser “territorio comanche”, un poblacho alejado de todo donde jóvenes imberbes portaban armas en el pantalón que disparaban alegremente los sábados por la noche.

–Entenderán ahora que lo que sea que tengan con la Gata es mejor dejarlo correr –dijo entonces Chipatori–. Su vida en este pueblo no vale nada. Supongo yo que la Gata les habrá robado, o habrá maltratado a sus seres queridos, o vaya usted a saber. Pero aquí no tienen nada que hacer contra ella.

Asentí despacio a sus palabras. Medité entonces que nuestra conversación con Jon había sido una temeridad. El chico parecía estar actuando de buena fe, pero ¿cómo podía ser, dadas las actividades criminales de su novia? Al fin y al cabo ellos se habían conocido allí, en Máncora, su centro de operaciones. ¿Podía ser tan ingenuo de no haberse enterado de que su chica era el jefe pandillero de la pequeña comunidad? Recordé su mención a las reuniones secretas de un grupo de “familiares y amigos cercanos”. Lo que él tomaba como sesiones de vudú debían de ser más bien reuniones para organizar el tráfico de droga local. Llegué a la conclusión de que en efecto nuestro paisano estaba en la inopia. En cualquier caso lo que estaba claro es que la Gata iba a sospechar de nosotros apenas Jon le pusiera al corriente de nuestra conversación. Dada la relación de dependencia que tenía no era probable que hubiera venido a cenar con nosotros sin comentarlo con ella. Es más, posiblemente la Gata lo habría dejado venir con el objeto de averiguar qué hacían por allí aquellos dos tipos de Sopelana.

Miré a Kundera con aprensión. Por una vez mi amigo parecía también asustado. Pensé que teníamos que escapar de aquel pueblo cuanto antes. Con voz apremiante le pedí a Chipatori que consultara cuándo salía el primer autobús para Lima. Nuestro anfitrión asintió con gravedad. Según se levantaba afloró una media sonrisa triste y resignada.

–Así es este pueblo –dijo–, aquí no ha llegado todavía la civilización. Las apariencias pueden confundir, pero el interior de muchos sigue anclado en una oscuridad de tiempos remotos.

Observé la cara enigmática del viejo. Aquella mención a una primitiva oscuridad me hizo volver a pensar en la otra faceta tenebrosa de la Gata. Hice un gesto para retener a Chipatori.

–Dígame, ¿Patricia Huamán es también una sacerdotisa de magia negra? – pregunté con voz nerviosa.

La cara del viejo se turbó un instante y acto seguido, para nuestra sorpresa, se santiguó.

–De eso es mejor no hablar –dijo entre dientes. Seguidamente se retiró a consultar el horario de autobuses.



Nos quedamos un rato en silencio, anonadados con lo que Chipatori nos había relatado. El sol fue alumbrando la terraza con intensidad creciente y algunos paseantes se dejaron ver por la playa. Yo tenía esa sensación de perplejidad que nos aflora tras haber sufrido un suceso atroz o al despertar de una horrible pesadilla, al comprobar que la vida sigue, pese a todo, caminando impasible. Otro precioso día en las playas mancoreñas. Pero en mi mente solo resonaban los desmanes del clan Huamán y la situación de peligro en la que nos encontrábamos. Esta vez sí que se podía decir que nos habíamos metido en la guarida del lobo.

Debatimos entonces el punto de la situación a la luz de lo que ahora sabíamos. No cabía ya duda de que Patricia podía perfectamente haber asesinado a Fidel. Era algo habitual en su profesión. Y la amputación del pene la hacía más sospechosa si cabe, ya que casaba con otras atrocidades que Chipatori nos había relatado. Al menos, pensé, yo había acertado al proclamar inocente al Negro; de esto ya no me cabía la menor duda. Sin embargo no teníamos forma de probarlo, y estaba claro que la Policía local poco iba a hacer por esclarecer un crimen cometido al otro lado del Atlántico, cuando en la misma Máncora delitos de igual o mayor gravedad se dejaban pudrir con la connivencia de las fuerzas de seguridad. Concordamos que la única opción que nos quedaba era volver a casa e intentar convencer a Barrutia de dar un nuevo impulso a la investigación, quizás a través de Edison Bermejo, el oficial de la Policía peruana que durante un tiempo había establecido algo de orden en Máncora. El conocía perfectamente la actividad mafiosa del clan Huamán, y sin duda debía también saber de la personalidad criminal de Patricia. Y por lo que nos había contado nuestro anfitrión, yo tenía la esperanza de que estuviera dispuesto a ayudarnos.

Chipatori volvió al cabo de un rato para informarnos de que nos había

cogido plaza en el primer autobús a Lima, que pasaba por Máncora a las tres de la madrugada. Teníamos por lo tanto todo un día por delante antes de poder huir.

–Parece increíble que se sepa que esta gente son criminales y que no se haga nada –recapacité dirigiéndome al viejo, que se había sentado de nuevo con nosotros.

–Ya le digo, aquí estamos perdidos de la mano de Dios –contestó con resignación–, poco pueden importar en Lima los manejos de un pequeño clan criminal a mil kilómetros de distancia. Tienen asuntos más graves de que preocuparse.

–¿Y el oficial Bermejo?

Chipatori me miró y sonrió con una mezcla de ironía y condescendencia. Era evidente que mis comentarios y preguntas se le hacían tan ingenuos como los de un niño. Y la verdad es que a mí también comenzaban a parecerme, pero costaba interiorizar que la lógica a la que estábamos habituados no rigiera allí.

–Bermejo ya hizo lo que pudo –dijo–, dejemos pues que ese buen peruano persiga ahora a criminales más importantes.

Poco después nos indicó que estaban preparando *chanchito* asado en la cocina para festejar nuestra partida y la buena amistad que habíamos hecho. No había motivo para que no disfrutáramos de nuestras últimas horas en Máncora, dijo, y si lo había, pues ahogáramos las penas de la mejor manera posible. A lo largo de la mañana fueron apareciendo una serie de familiares y amigos que no habíamos conocido hasta entonces y que nuestro anfitrión había invitado “para celebrar y pasarla de puta madre”. El convite se desarrolló en términos similares a las comidas que hacemos en nuestra tierra en los días muy señalados, pero que al parecer en Perú se montan en cualquier momento y con cualquier buena excusa. Cada vez que llegaba un nuevo invitado había brindis con *chela* helada y parabienes. Vinieron un hermano de Chipatori y su esposa, una mujer de rasgos muy orientales, risueña y con mucha gracia. Resultaron ser los padres de Marnofler (descubrimos que en realidad se llamaba José). Vino una joven mulata de treinta y tantos años, todo dulzura, que, para nuestra sorpresa, resultó ser la pareja de Chipatori. Vinieron unos vecinos, un matrimonio que trajo bandejas con verduras para acompañar al *chanchito*. Y finalmente apareció Marnofler con su novia –una chiquita monísima de ojos inmensos– y otra pareja de amigos: un australiano que había venido a hacer surf unos años atrás y se había casado con una joven local. No dejamos de

beber cerveza y cuando llegó la comida estábamos todos achispados o medio borrachos. Como aperitivo antes del *chanchó* se sirvieron los percebes, que Kundera había cocido y que todos a excepción de nosotros dos y el amigo australiano miraron con repulsión y no se atrevieron a probar.

La sobremesa duró más o menos hasta las siete, cuando los invitados se fueron retirando, a excepción de los más jóvenes. El propio Chipatori se dirigió entonces a su cabaña a echarse una siesta. Observé con afecto a aquel buen hombre, que nos había tratado como a verdaderos amigos sin conocernos de nada, y que incluso había corrido el riesgo de alertarnos de las actividades de los Huamán. Era evidente que le había costado contarnos todo aquello, sabía sin duda que lo más sensato en materia de pandilleros es permanecer callado. Pero a pesar de ello se había arriesgado por nosotros. Pensé en retirarme yo también a descansar un rato, pero entonces me atrajo la animada conversación que Kundera mantenía con Marnofler y su chica, Liliana. Habían resultado ser dos jóvenes avisados y con chispa. Estuvimos departiendo un rato sobre las alegrías y tristezas de la juventud, sobre sus esperanzas de abandonar el pueblo e irse a Lima, y de la posibilidad por otro lado de que Máncora se convirtiera en un atractivo centro turístico. Fue en ese momento cuando Marnofler hizo una mención que iba a trastocar por completo las que debían ser nuestras últimas horas en aquel recóndito pueblo.

—Pero antes de que podamos prosperar tendrán que desaparecer los tipos como Perro —reflexionó, observando el vaso que tenía entre las manos. Después levantó la cabeza y nos miró—. Qué bueno que por fin no fueran a su choza —dijo—, se hacen cosas extrañas ahí dentro, ritos macabros, ¡tienen calaveras pe!

Le miré con interés.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté—. ¿La gente habla de ello?

—La gente habla sí, pero yo lo he visto con mis propios ojos pues.

Mi interés pasó entonces a ser auténtica intriga. Escudriñé a Marnofler con una mirada interrogadora.

—Lo que te digo compadre, mucho mejor que no hayan ido —repitió—. No hace mucho que me tocó llevar a Perro choborra perdido y meterlo en la casa y lo vi todo... guarda hasta la pija de un tipo en un tarro. Ese Perro está coca cola.

El corazón me dio un vuelco al escuchar aquellas palabras. Di literalmente un brinco en mi silla y le pedí exaltado que repitiera lo que había dicho referente al tarro.

–Eso es –confirmó–, ese loco tiene un pincho en un tarro de cristal, y no es de ningún animal, es verga de hombre.

Me quedé mudo, mientras un torbellino de sensaciones me invadía: la excitación por la confirmación de aquello que llevaba tanto tiempo barruntando, la esperanza de que todavía estuviera a nuestro alcance probar la inocencia del Negro, y, seguidamente, el miedo. Un terror paralizante que se apoderó de mí cuando mi mente constató que yo iba a hacer todo lo posible por entrar en la choza de Perro y llevarme aquel tarro. Y que aunque aquel cometido supusiera correr un enorme riesgo, no había forma de sustraerse de él.



Esperamos a que oscureciera antes de adentrarnos por el camino que llevaba hacia los cerros. Habíamos dejado el mototaxi unas cuadras más abajo y caminábamos en silencio. Marnofler iba delante; se había ofrecido a acompañarnos e indicarnos cuál era la choza de Perro. Nos tranquilizó asegurándonos que el susodicho estaría a esa hora de ronda en el pueblo y que resultaría sencillo introducirnos por la parte de atrás sin que nadie nos viera. Alineados en fila india y cautelosos como tales fuimos pasando callejas que a medida que nos alejábamos de la Panamericana se iban tornando más sucias y miserables. Por fin nos detuvimos frente a una última hilera de chabolas, situada directamente bajo los cerros, cuya figura se vislumbraba a la luz de una luna casi entera. Tan solo dos tenues farolas alumbraban la calle en sus extremos. El camino que habíamos seguido hasta allí se estrechaba y subía por la pendiente de uno de los cerros. A una señal de Marnofler lo abandonamos y nos reagrupamos al amparo de la pared lateral de la choza más cercana.

–En mitad de esta hilera se encuentra la casa de Perro –susurró–. La reconocerán sin problema, es la más grande, tiene el doble de tamaño de las demás.

Después vaciló un instante. Me pareció que dudaba entre acompañarnos o escapar de allí. El alcohol de la celebración nos había mantenido hasta entonces animosos, incluso extrañamente excitados, pero según nos acercábamos a los cerros su efecto, al menos en lo que me concernía, se había diluido en una corriente de temor. Kundera sin embargo mantenía el rostro distendido y los gestos serenos.

–Espéranos en el motocarro –dijo mi amigo–, nosotros nos encargamos del resto.

Cuando Marnofler se perdió en la penumbra salimos del resguardo de la choza y avanzamos tratando de permanecer pegados a la hilera de casas,

buscando la protección de sus sombras. Al llegar a mitad de calle reconocimos sin problema la choza de Perro. No solo era la más grande sino que estaba, además, construida con materiales recientes y de mayor calidad. Observamos atentamente unos minutos. Un perro escuálido atravesó la calle, se paró a olfatear algo en el suelo y continuó su camino. El sonido de una radio salía de una chabola un poco más a la izquierda, y una tenue luz se filtraba desde el interior de algunas otras. Por lo demás el silencio era absoluto.

–Espérame aquí, voy a acercarme –susurró entonces Kundera. Le detuve agarrándole del brazo.

–Jaime, quédate aquí a vigilar –exigí–, esto me corresponde a mí. Si ves que hay peligro avísame.

Pareció ir a mostrar su desacuerdo, pero esta vez fui yo quien mediante un gesto grave y resuelto le hice entender que no había discusión. Atravesé con pasos rápidos la callejuela y me deslicé entre la choza de Perro y la que estaba a su derecha. La parte de atrás de la casa estaba encajada contra la pendiente del cerro. Eché un vistazo a ambos lados; nada se movía. Me encaramé entonces sobre la tierra reseca y endurecida y observé la choza. Estaba construida con maderos recios y un tejado de chapa. Una única ventana daba a la parte de atrás. Marnofler me había indicado que daba a la cocina y que tendría que forzarla para entrar. Me acerqué con sigilo y empujé enérgicamente la ventana con las dos manos, sin lograr que cediera. Comencé entonces a trajinar con un destornillador que me había traído a tal efecto. Pero al cabo de unos minutos me di cuenta de que aquello era más difícil de lo que había imaginado, el pestillo no parecía dispuesto a ceder. La impaciencia y el temor a que Perro retornara de su ronda me llevaron a cambiar de método: cogí del suelo una roca puntiaguda y de buen tamaño y golpeé la ventana. El cristal tembló pero apenas registró un par de marcas. Continué golpeando cada vez un poco más fuerte, hasta que por fin logré quebrarlo con lo que a mí se me antojó como un gran estrépito. Me acurruqué junto a la pared y esperé unos segundos. Todo parecía seguir tranquilo. Pasado un tiempo prudencial, me incorporé e introduje mi mano a través del agujero en el cristal; el pestillo cedió sin dificultad y con un empujón la ventana se abrió de par en par. Asomé la mirada: me sorprendió contemplar electrodomésticos modernos y armarios de buena apariencia. Pensé que debía ser el dinero de la droga.

Estaba ya encaramándome sobre el marco de la ventana cuando escuché un silbido. Me recorrió un escalofrío. Permanecí paralizado unos instantes y

entonces se repitió el silbido. No había duda, Kundera me estaba alertando de algún peligro. Cerré como pude la ventana y me dirigí al lateral; desde allí podía ver que mi amigo seguía instalado en el mismo sitio, pero dirigía miradas alternas y nerviosas hacia la casa de Perro y hacia el extremo de la calle por el que habíamos llegado. En ese momento silbó de nuevo. Me deslicé apresuradamente por la apertura y oteé: desde el camino a los cerros se acercaban tres figuras. Chisté entonces muy bajito para captar la atención de Kundera. Me hizo una señal de que me quedara quieto. Las tres figuras estaban ya a cincuenta metros; se trataba de dos hombres, uno larguirucho y el otro más bajo, y una mujer menuda. Unos pasos después, Kundera salió repentinamente a su encuentro.

—¡Jon, qué casualidad! —le oí saludar. El terror me agarró con fuerza las tripas. Aquellos no podían ser otros que Jon, la Gata y la Comadreja.

—Mi amigo sacerdote y yo estamos de paseo. Se ha parado a orinar — escuché que decía Kundera.

Sin pensarlo más me precipité al camino desde mi escondite y me dirigí hacia ellos con pasos veloces. Cuando me hallaba a unos diez metros saludé animosamente, con simulada jovialidad. Por fortuna, aunque podía discernir ya las terribles figuras de la Gata y la Comadreja, la penumbra ocultaba todavía sus rasgos y su gesto. De lo contrario creo que no hubiera sido capaz de fingir.

—¡Vaya suerte! —exclamé—. Teníamos la esperanza de encontraros, como ayer vimos que Jon se venía para esta parte...

Acabé de recorrer los pasos que me separaban del grupo y al llegar estreché manos de forma mecánica, a la vez que intercambiábamos saludos. Intenté aparentar naturalidad pero debía ser notorio que escondía la mirada. La sorpresa y la frialdad de los recién llegados era también patente. Por suerte, Jon enseguida cambió de ánimo y recordó que en efecto habíamos acordado vernos en algún momento. De la mirada que cruzó con la Gata deduje que el chico debía haber abogado por nosotros y que nuestra inesperada aparición junto a la choza de Perro ponía en un brete su alegato. Patricia nos observaba atentamente. Pasados unos segundos angustiosos que se me hicieron eternos, sonrió. Para mi sorpresa, una sonrisa amistosa se fue ensanchando en su rostro. Su gesto se había distendido de manera ostensible.

—Qué cojudos que son ustedes los vascos —dijo entonces repentinamente risueña, enfatizando con un tono ambiguo la palabra “vascos”—. Mientras los demás putos gringos se pasean por la playa ustedes eligen venirse a los cerros. Siempre lo repetía el *aita* de Jon, la cabra y el vasco tiran al monte.

Los cuatro vascos le reímos la gracia. Pero en el caso de la Comadreja no pasó de una breve carcajada cargada de ironía y de sospecha –mantenía una persistente mueca desagradable en el rostro–, mientras que en cuanto a lo que a mí concierne no pasó de sonrisa forzada.

La Gata nos escudriñó entonces a los cuatro. Seguidamente se acercó y con un ágil movimiento nos cogió a Kundera y a mí del brazo.

–Huevones, nos vamos a donde Edi a celebrarlo –ordenó.

Tomamos el camino de vuelta de los cerros. Jon y la Comadreja nos seguían a pocos pasos. La Gata caminaba a buen ritmo pero se paraba a cada poco a enfatizar alguna de sus observaciones. Hablaba sin parar, profiriéndonos preguntas genéricas que la mayoría de las ocasiones se encargaba de responder ella misma. Mezclaba la guasa, la ironía y la coquetería con agudas reflexiones. Constaté que en efecto Patricia era una mujer inteligente e ingeniosa, además de un torrente de energía: su cuerpo menudo exudaba intensidad y misterio. Y, de alguna manera que no alcanzaba a concretar, también lascivia. Nos tenía cogidos estrechamente y yo podía sentir el roce de su seno con mi brazo, y a través de su seno toda la fuerza y el vigor de aquel ser inquieto. A medio camino Kundera metió baza y entabló conversación. Nuestro paseo hasta la cevichería se convirtió entonces en un chispeante combate entre dos sagaces burlones. Al constatar que Kundera estaba disfrutando de aquella conversación, me pregunté si habría sido capaz de olvidar tan rápido que la Gata era una criminal sanguinaria. Yo por mi parte lo tenía muy presente en el centro de mi estómago.

Edi nos saludó ufano y una vez sentados en la terraza no tardó en traernos *chela* helada. Yo seguía con las tripas encogidas, pero al divisar las luces de la cevichería me había tranquilizado algo. Pensaba que no podían hacernos nada en público, y la terraza estaba atestada de comensales. Además la Gata parecía realmente amistosa. Tal vez al comprobar nuestra apariencia inofensiva había entendido que no podíamos tener nada que ver con la Policía. Este pensamiento mejoró mi estado de ánimo; lo más probable era que la Gata no viera ninguna amenaza en nosotros y decidiera dar por buena nuestra coartada: dos paisanos de su novio de viaje por Perú. O tal vez me estuviese engañando a mí mismo. Kundera y ella seguían con el intercambio socarrón cuando en una pausa desvió su atención hacia mí. Me miró con intensidad y una sonrisa extraña, diferente a las anteriores.

–No esté tan serio, Padre, en Perú nos gusta que los invitados la gocen con nosotros. –dijo. Yo hice un esfuerzo por sonreír. Era la primera vez que me

llamaba “Padre”, y su forma de decirlo me provocó un estremecimiento—. ¿No será que le aburrimos?

Balbuocé que en absoluto, que lo que ocurría era que me encontraba algo cansado. Ella siguió mirándome sin decir nada. Después acercó su rostro hacia mí.

—Ya sé lo que le puede interesar al sacerdote —dijo bajando la voz—, una buena ceremonia.

—¿Ceremonia?

Ella trazó entonces un símbolo en el aire con su mano izquierda, que no entendí.

—Yo también soy sacerdote, ¿sabe? —dijo con una repentina solemnidad que no parecía fingida—... Podemos celebrar los ritos esta misma noche.

El corazón me dio un vuelco. La perspectiva de subir de nuevo a la choza de Perro, esta vez acompañados por la Gata y la Comadreja —que había permanecido en todo momento en silencio, pero sin abandonar en ningún momento aquel gesto desagradable y suspicaz—, me helaba la sangre. Farfullé que lo dejáramos para otro día, que me encontraba muy cansado. Pensé entonces en la ventana rota y la oleada de pánico se intensificó. Me disculpé lo mejor que pude por no aceptar la invitación aquella misma noche, repitiendo que se me hacía imposible. Intenté con todas mis fuerzas que el terror que sentía no me desenmascarara. Mientras tanto, Kundera conversaba con Jon ajeno a mi agonía. Para mi inmenso alivio, tras intentar incitarme un par de veces, la Gata pareció aceptar mis excusas.

—Está bien —dijo— dejémoslo entonces para mañana, no hay problema. Pero antes de acostarse tienen que probar ustedes nuestra bebida nacional, el pisco sour —añadió, haciendo una señal a Edi—. Ya verán qué delicia.

Acepté agradecido aquel mal menor sin ni siquiera aclarar que el pisco sour ya lo habíamos probado. Edi apenas tardó un par de minutos en aparecer con las bebidas, que distribuyó a cada uno de los presentes. Después todos brindamos repetidas veces. La Gata comenzó entonces a relatarnos divertidas historias de cuando vivían en Algorta, que giraban alrededor de las típicas confusiones entre las costumbres peruanas y las nuestras. Reímos un rato las anécdotas —la Gata tampoco carecía de chispa—, y yo me preparaba ya para anunciar que nos retirábamos cuando comencé a sentirme extraño. Noté primero una intensa sequedad en la boca, y al mirar en rededor comprobé que la visión de los objetos cercanos se me hacía borrosa. Pensé que había bebido demasiado y aparté hacia una esquina el vaso de pisco sour, al que

consideraba culpable de mi estado. A partir de entonces mis recuerdos se vuelven muy esquemáticos y discontinuos, tan solo breves imágenes, como secuencias de un film entresacadas a cada rato. En un momento dado de la conversación Patricia y la Comadreja nos miraban y reían; Edi se muestra también, sonriente y con el ojo disparado, en alguno de los fotogramas. Yo me sentía cada vez más somnoliento, pero me encontraba muy tranquilo. Me parece discernir que más tarde Jon se puso serio y que discutió con su novia, pero no sabría decir acerca de qué, y tampoco me preocupó lo más mínimo. También tengo un ligero recuerdo de cuando nos levantamos y salimos del local, y de que en aquel momento algo se me hizo extraño e incomprensible y busqué a Kundera con la mirada; su semblante se mostraba risueño y confiado, mientras caminaba del brazo de Gorka. La última imagen es de dentro de un coche, mi amigo y yo entre dos tipos desconocidos, de aspecto siniestro, con la Comadreja al volante y la Gata a su derecha. Ya no estaba Jon.



Desperté en la penumbra de un cuarto desconocido, con el cuerpo dolorido sobre el suelo de tierra y las manos atadas a la espalda. Apoyado en la pared de enfrente, Kundera dormía todavía, recostado sobre sí mismo, roncando suavemente. Me percaté entonces de que tenía un dolor de cabeza muy punzante y la boca pastosa y reseca. Exploré con la mirada las cuatro paredes que nos circundaban; pensé inicialmente que aquella debía ser la choza de Perro, pero entendí que más que de una habitación se trataba de una de esas casetas que se utilizan para guardar los aperos de labranza. Olía a boñiga y a pis de gato, y también a algo acre que no pude identificar. Para ser una caseta de este tipo tenía un buen tamaño, construida con caña y algún refuerzo de madera. Una luz débil y blanquecina se filtraba por numerosas rendijas. En una esquina había palas y azadones de diferentes dimensiones, mientras que a la derecha de Kundera, apoyado sobre la pared, descansaba un viejo *rotabator*, oxidado y con pinta de no haber sido utilizado en años –aquel trasto era el primer objeto que había llamado mi atención al despertar, pero tardé en entender de qué se trataba–. Sobre el suelo había un conjunto caótico de objetos que incluía ropajes, cuerdas y unas libretas con anotaciones numéricas, desvencijadas y llenas de tierra. Incluso una tabla de surf, partida por la mitad. El único elemento que daba algún orden a aquel espacio era una vieja mesa de madera con cuatro taburetes, situada cerca de la puerta de entrada. Había una botella y unos vasos sobre ella. Intenté entonces llamar a Kundera, sin que las palabras logaran salir de mi boca. Me arrastré hacia su posición, pero cuando me encontraba a dos metros de él me di cuenta de que tenía un pie encadenado y no podía avanzar más. Traté de llamarle de nuevo pero mis palabras morían en la garganta, que tan solo lograba producir ásperos sonidos guturales, apenas audibles. Me arrastré de vuelta a mi posición original para poder apoyarme en la pared. Cerré los ojos y apreté mi

frente contra una de las cañas de bambú. El dolor de cabeza era insoportable. Quise descansar un instante y volví a caer dormido.

Cuando desperté de nuevo hacía mucho calor y la claridad penetraba con fuerza por las rendijas. Aparté el rostro de una franja de luz que me deslumbraba. Al alzar la vista me encontré con la mirada de Kundera, apacible dadas las circunstancias.

—Nos han cazado como a ratas, Azurmendi —me saludó. Su voz estaba ronca y debilitada, pero no mostraba nerviosismo. Observé que tenía la cara amarotada y sangre seca en el mentón—. Con burundanga, o algo del estilo —añadió.

—¿Burundanga? —pregunté muy bajito. Me tranquilizó que las palabras lograran por fin salir de mi garganta. El dolor de cabeza había remitido también.

—Escopolamina. Te la echan en la bebida y anula la voluntad.

Lo pensé unos segundos. Tenía sentido, nos habían drogado y eso explicaba los extraños síntomas, no achacables a una simple resaca. Al tratar de recordar lo sucedido me topaba con un enorme agujero en mi memoria, algo que no me había sucedido jamás con el alcohol. Además, tampoco habíamos bebido demasiado.

—El maldito pisco sour... —me lamenté.

—Así es, el maldito pisco sour del amigo Edi —asintió mi amigo.

—Parece que estamos en el campo —dije entonces con desánimo, fijando mi atención en los utensilios agrícolas—. ¿Pero qué demonios pueden cultivar aquí?

Kundera explicó que en el viaje desde Lima había observado cómo cada muchos kilómetros una cañada bajaba desde las montañas, con vegetación relativamente abundante. Imaginaba que alguno de esos valles debía llegar también hasta las cercanías de Máncora.

—De todas formas, esta cabaña tiene pinta de no haber sido utilizada para fines agrícolas desde hace mucho tiempo —opinó—. Tal vez esté situada en una zona que se secó definitivamente y ha sido engullida por el desierto...

Asentí con un movimiento desalentado de la cabeza.

—No tengo ningún recuerdo concreto del camino que tomamos para llegar hasta aquí —prosiguió Kundera—, ni de cuánto tardamos, tan solo imágenes difusas, como las de un sueño; nosotros dos en el interior de un coche, apretujados entre dos hombres desconocidos. Pero estoy convencido de que estaba despierto.

—Yo tengo la misma imagen borrosa en la cabeza —convine—, debe ser por el efecto de la droga. Tampoco tengo la menor idea de cuánto tiempo pudimos pasar en ese coche. —Observé de nuevo el rostro maltratado de Kundera—. Debieron golpearte, tienes la cara llena de magulladuras...

Me observó a su vez un instante y sonrió.

—No te has visto, Azurmendi, estás hecho un cromó.

Era lógico, nos habían dado a los dos una buena tunda. Tenía tan dolorido todo el cuerpo que no había prestado demasiada atención a la cara, pero entonces sentí que me dolían el labio, la nariz y el entorno del ojo izquierdo. Entonces caí en la cuenta de que nos debían de haber interrogado; me sacudió un aguijonazo de temor.

—Con esa droga, la burundanga, imagino que, dado que pierdes la voluntad, también debes contestar sin mentir a todo lo que te pregunten...

Kundera asintió con la cabeza, escueto pero tajante. Mi temor se intensificó y me invadió una profunda desazón. Estábamos metidos en la boca del lobo, esta vez sí que sí, y no era razonable pensar que pudiéramos salir de allí con vida. Recordé las historias de Chipatori sobre los Huamán y me estremecí; luego intenté convencerme de que lo mejor era comenzar a aceptarlo: éramos hombres muertos, y ahí se acababa la cuestión. O tal vez no, tal vez la cuestión fuese cuánto nos iban a hacer sufrir antes de matarnos. Me acordé entonces de mi querida Ane; una ola de angustia me sumergió por completo en la amargura y no pude evitar un breve sollozo, apenas audible. La voz de Kundera me devolvió a la realidad.

—Amigo mío, tenemos que encontrar una manera de salir de aquí —razonó—. Esta gente tiene muy malas intenciones.

Esta vez ni la serenidad ni el optimismo de Kundera lograron mejorar mi ánimo. Había comprobado ya, dando fuertes tirones tanto con las muñecas como con la pierna encadenada, que estábamos bien amarrados. Impulsado por la desesperación, elucubré unos segundos qué podíamos hacer. La única opción que vino a mi mente fue gritar.

—Ayuda, ¿hay alguien?, ayuda... —mi llamada se alzó débil en el silencio de la caseta. Kundera elevó la cabeza y se unió a mis esfuerzos—. Policía, por favor, ayuda, ¿nos escucha alguien? —Intercalamos nuestras patéticas peticiones de auxilio y luego atendimos. El silencio era absoluto: ni pasos, ni voces, ni pájaros, ni insectos, nada. Ni siquiera el viento.

Volví a contemplar de nuevo el interior de la caseta, en una búsqueda instintiva y desesperada de alguna señal favorable. Tras vagar mi mirada sin

objeto concreto me concentré en seguir un rayo de luz que partiendo por encima de la cabeza de Kundera viajaba hasta la esquina más alejada de nuestra posición. Allí alumbraba diversos objetos heterogéneos colocados con orden sobre una pequeña tarima. Enfoqué mi mirada: se trataba de figuras africanas, figuritas de santos y de animales, grandes flores secas, collares de cuentas... el recuerdo de mi conversación con Josune y Asier, en la placidez de la sacristía de Berango, hacía una eternidad, vino súbito a mi memoria. Aquello era sin duda un altar de vudú. El rayo de luz se intensificó en aquel momento alumbrando un par de objetos más alejados: una calavera humana, y a su derecha, un tarro de cristal, cuyo contenido tardé un rato en discernir. Me pareció que se trataba de un bote de pepinillos de buen tamaño.



Dedujimos el atardecer de la pérdida de intensidad en las franjas de luz y del remitir de la temperatura. Para entonces la sed había hecho que nos olvidáramos del resto de nuestros males, físicos o espirituales. Me adormecí un rato, para despertarme sobresaltado; en sueños lamía un charco de líquido putrefacto, con el cuerpo extendido sobre el suelo de una carretera desierta. Observé como hipnotizado el lúgubre interior de nuestra celda. Nada recordaba en aquel cuarto que oprimía el corazón las cosas bellas de la vida.

–Se llamaba Mónica –dijo entonces Kundera, con una voz que parecía estar saliendo de su propio sueño. Redirigí mi atención hacia él. Tenía los ojos fijos sobre el suelo de tierra, y una expresión que no le había visto nunca anteriormente: su mirada combinaba una melancolía y una soledad extremas con el brillo mesiánico del que ha tenido un momento de revelación. Del que ha “visto la cara de Dios”, hubieran dicho en aquel lejano tiempo del Seminario. Me mantuve en silencio sin dejar de contemplarle, a la espera de que, a su debido tiempo, mi amigo me aclarara quién había sido Mónica. Él levantó la cabeza y me miró; entendí entonces qué era lo que me llamaba la atención en su expresión: nunca como en aquel momento se me había mostrado tan exenta de ironía, tan verdadera.

–Mónica –repitió sin dejar de mirarme–. Tú me lo preguntaste, ¿no?

Le dije que no sabía a qué se refería.

–Mis amoríos –aclaró–. Después volvió a mirar al piso, y con voz queda me relató la crónica de su primer y único amor. No había en la historia nada de extraordinario: ni la feroz negativa del padre de la pretendida, ni un traslado que por circunstancias de la vida la alejara para siempre, ni tampoco eventos dramáticos como la enfermedad o la muerte prematura de la amada. Simplemente, al cumplir los veinte, su chica desde la adolescencia se había enamorado de otro y le había hecho trizas el corazón, originando así su última

rebeldía, la que le había llevado a refugiarse definitivamente en la ironía, el escepticismo y la levedad. A cerrar las puertas de su ser de tal manera que nadie pudiera nunca hacerle tanto daño de nuevo. Al terminar el relato creo que intentó recuperar su socarronería, hasta entonces un arma infalible para sobrevolar las miserias humanas, pero por una vez no pudo. Su voz seguía cargada de sinceridad cuando remató la confesión.

–Yo tenía tan solo veintidós años –dijo–, pero la vida, al menos en su sentido pleno, se acabó para mí. Había acumulado ya demasiados reveses para lo que mi corazón débil y cobarde era capaz de soportar... He estado pensando en ello: me he pasado la vida intentando convencerme de que no me perdía nada, de que mi visión de espectador era más amplia que la de los actores, y sin embargo, ahora me doy cuenta de que, en realidad, en el fondo de mi ser, lamento no haber sido capaz de soportar el peso que debe acompañar a la levedad.

Miré a mi amigo sin decir nada, sobaban las palabras. Me estremecí ligeramente –mi cuerpo no tenía ya fuerzas para mucho más– al pensar que la sinceridad de Kundera entraba dentro del capítulo de últimas confesiones. Nos encontrábamos a las puertas de la muerte y hablábamos de lo que pudo ser y no fue. Según mi ánimo se ensombrecía, mi amigo pareció recuperar algo el suyo.

–Por otra parte, creo que sigo enamorado de Mónica –dijo, ya con su tono habitual–, a veces voy a espiarla en el paseo; se fue a vivir a Plentzia cuando se casó. ¡Qué mujer! Tal vez solo haya sido un gran romántico.

Imaginé la escena y me hizo gracia: Kundera escondiendo su corpachón detrás de los matorrales, espiando a su novia de hace cuarenta años, una señora sin duda ya mayorcita a estas alturas. Pensé entonces que si había llegado el momento de nuestras últimas confesiones más valía no tomárselo a la tremenda.

–Sin embargo, bien que coqueteas con el sexo femenino –rebatí con tono socarrón–; y por otro lado, en el pueblo están convencidos de que eres de la otra acera. Te confieso que yo también lo he pensado alguna vez...

–Homosexual, ¿yo? –Rio débilmente.

Siguió un silencio algo embarazoso, pero Kundera y yo intercambiamos una mirada afectuosa y sincera. Entonces aquel oscuro recuerdo vino a mi cabeza con fuerza –por alguna razón la confesión de Kundera había vuelto a traerlo a mi memoria–. Por un momento estuve a punto de sincerarme y contárselo. Pero incluso a la vista de la muerte, ese episodio de mi vida me

generaba excesivo pudor y dolor, era incapaz de compartirlo con nadie. Mi primera, involuntaria, forzada experiencia sexual, con tan solo doce años. La mueca lasciva del prefecto. Todos tenemos nuestras sombras, pero en aquel momento me pareció que algunas son tan oscuras que deben morir con nosotros, sin llegar nunca a ver la luz. Evité por tanto esa confesión (que sin embargo he decidido hacer ahora), y en su lugar dedicamos la última hora antes de que oscureciera a charlar sobre la muerte, aceptando los dos que aquel trance era ya lo único que nos quedaba por vivir. Kundera lo hizo con aparente ligereza; logró recuperar el tono habitual de nuestras conversaciones, pretendidamente docto pero teñido en lo posible de ironía, respecto a nuestras palabras y sobre todo respecto a nosotros mismos. Arguyó, predeciblemente, por armarse de una combinación de resignación y humorismo para afrontar el paso que estábamos a punto de vernos obligados a dar. ¿Qué se perdía al fin y al cabo? Desde un punto de vista objetivo, nuestro deambular por el mundo carecía de importancia alguna, y visto desde nuestra subjetividad, tal vez nos perdiéramos algunas alegrías, pero sin duda también un número igual o mayor de amarguras. Todo el drama se reducía en realidad a la fuerza de nuestro instinto de supervivencia; y a que nuestra razón, razonablemente, detestaba y temía su fin. Después, acordándose del inevitable Sócrates, miró a la botella posada sobre la mesa y exigió con ademán pomposo que le trajeran cuanto antes su cicuta. Yo por mi parte intenté mantener el tipo, asentir a sus divagaciones, y sonreír ante su comedia. Creo que nada válido puede decirse sobre la propia muerte que la haga más aceptable; tan solo la enfermedad extrema, la desaparición de los seres más queridos, y tal vez la sensación de haber vivido ya suficiente que viene a veces con la ancianidad pueden hacerla soportable –o en ocasiones incluso deseable–. También la firme creencia en la vida en el más allá, pero desgraciadamente ese me parecía un cuento insostenible. Yo solo pensaba en Ane, y en que quería seguir vivo para vivir junto a ella.

Después nos quedamos un rato callados, contemplando cómo se apagaba el último resquicio de luz. Cuando la oscuridad se hizo plena, Kundera preguntó con pretendido humor macabro qué parte del cuerpo pensarían cortarnos a nosotros. Pero su voz perdió la ironía a mitad de frase y se quebró. La sed tardó en permitir que nos abandonáramos al sueño.



Debía ser ya noche cerrada cuando me despertó el ruido de un motor. Inmediatamente se apagó y oí puertas que se cerraban y voces. Un tenue resplandor penetraba en la caseta iluminando recodos de su interior; recordé que la luna estaba ya cercana a su plenitud. Las voces se demoraron en el exterior, parecían no tener prisa por entrar en la caseta. Llamé a Kundera en un susurro; me pidió silencio, él también estaba escuchando. Las voces subían y bajaban, se escuchaban más claramente las carcajadas, más estridentes. “Están borrachos”, susurró mi amigo. Una de las voces se acercó entonces y orinó al lado de la pared de la caseta. “Putá, díganle a Locotín que eso es una huevada”, dijo la voz según meaba. Una voz femenina respondió algo. Pensé que debía ser Patricia. Terminó de orinar, escupió, y se alejó de nuevo. Seguramente uno de los hombres que nos habían escoltado hasta allí. Intenté sin éxito discernir a Jon entre las voces. Entonces comenzó a escucharse música. Debía provenir de la radio del coche. La música tapó las voces, tan solo las carcajadas esporádicas subían por encima de los ritmos peruanos.

La juega de nuestros captores debió durar cerca de una hora, correspondiendo en el interior de la caseta a una angustiada espera que se me hizo interminable; sin embargo, al dejar de escuchar la música el corazón me dio un vuelco aún mayor. Transcurrieron unos segundos en silencio, que rompió el trajinar en la cerradura. La puerta se abrió de un golpe y una figura accionó interruptores. Se escuchó entonces el ruido de un generador que comenzaba a funcionar, y una bombilla se encendió sobre nuestras cabezas. Seguidamente fueron haciéndose visibles: en primer lugar la Gata, después los dos tipos del coche, finalmente la Comadreja. Ni rastro de Jon, al que yo había imaginado como nuestra única esperanza. Nos observamos. Los peruanos portaban botellas consigo y mostraban rostros tranquilos. No parecían estar demasiado ebrios. La Comadreja sí que tenía la mirada extraviada, y una

mueca satisfecha y fea dibujada en su cara. Patricia se acercó entonces hacia nosotros, bella, sinuosa y sonriente. Sus ojos felinos exhibían poder, un control pleno de la situación. Fue a decir algo, pero Kundera se le adelantó.

–Buenas noches, Gata –saludó con aparente cortesía–, antes de nada quería decirle lo bella que es usted.

La Gata ensanchó su sonrisa, y después miró un instante hacia sus compañeros. Uno de los peruanos se acercó raudamente sin soltar la botella que sostenía en la mano y le propinó a mi amigo un fuerte puntapié en la sien. Kundera cayó hacia atrás y quedó inmóvil, con la cabeza oculta detrás de su cuerpo, aparentemente inconsciente.

–¡Bestia! –grité–. Me miró y dio dos pasos hacia mí, pero la Gata le indicó que se retirara.

–Sabe, Padre, su amigo nos ha dado muchos problemas –dijo ella–. No se entiende bien cuándo habla en serio. Pero usted ya nos lo ha aclarado todo muy bien. Todito.

–Mátennos de una vez y déjennos en paz –respondí, con todo el desprecio del que fui capaz.

La Gata rio con una mezcla de coquetería y sadismo.

–Uy no, Padre, esto no funciona así –Volvió a mirar a sus compañeros, que se habían sentado en los taburetes y bebían–. Primero nos divertimos, y después les matamos. Locotín y Perro tienen una cantidad de ideas divertidas. ¿Verdad que sí, *brothers*?

Locotín y el famoso Perro alzaron sus botellas y bebieron entre risas. La Comadreja estaba más bien de comparsa. Daba la sensación de ser un aficionado entre profesionales. Patricia se agachó entonces, acercando su rostro al mío.

–Se ha metido donde no le llamaban –susurró en mi oído, impregnándose de su aroma de mujer. Entonces se apartó un poco y contemplé un instante su belleza extraordinaria, salvaje; sus ojos, a una vez fulgurantes e hipnóticos–. ¿Lo sabe, verdad, Padre?

Agaché la cabeza. Sentí, por primera vez en aquella andanza quiijotesca, que me había comportado como un perfecto imbécil pretendiendo hacer de héroe. Observé un instante el cuerpo de Kundera, que yacía inerte enfrente de mí. Por culpa de mi estupidez y cabezonería.

–Quiero enseñarle algo que usted ha estado buscando –dijo entonces–. Se irguió y se dirigió hacia la esquina del altar. Volvió con algo entre las manos; al agacharse de nuevo frente a mí me lo mostró. Se trataba del tarro de cristal.

Lo agitó levemente frente a mis ojos y de inmediato percibí que algo diferente se movía junto a los pepinillos. Sabía de sobra de qué se trataba. Allí, oscurecido y revenido pero todavía perfectamente distinguible, ondulaba un miembro masculino: en aquel tarro flotaba el falo de Fidel.

Patricia, que me observaba atentamente, captó que yo había comprendido y soltó una ruidosa carcajada. Después me miró a los ojos y me habló de nuevo.

—¿Qué le parece, Padre? Quité el líquido y así lo pasé por la aduana, entre pepinillos apretujados. Buenaso, ¿verdad? Ahora lo tengo en formol, para que me dure, pero he dejado unos pepinillos como recuerdo.

La miré con repugnancia. Pero entonces un pensamiento feliz atravesó mi mente: al menos había acertado en proclamar al Negro inocente, y quizás nuestras muertes llevaran a que el caso se removiera de nuevo y la verdad saliera a flote. Tal vez muerto pudiera finalmente ayudar al chico. Patricia asomó entonces una sonrisa extraña, mientras mantenía sobre mí una mirada intensa.

—Sé lo que está pensando —dijo—. Usted piensa en el Negro, ¿acierto?

No pude evitar que mi rostro reflejara sorpresa. El Negro nunca me había dicho que conociera a Patricia. Ella rio de nuevo con ganas.

—Sí, Padrecito, yo conozco al Negro muy bien —me aclaró—, y hasta le había visto a usted alguna vez, estando con él.

Intenté mostrar indiferencia pero la sorpresa debía seguir marcando mi rostro. Entonces ella le pidió al que se llamaba Locotín que le acercara un taburete y se sentó a un paso de mí. Después adoptó una expresión pretendidamente seria.

—Ahora que tengo su atención le voy a contar una historia muy linda y divertida —dijo—. Yo conocí al Negro poco después de que él saliera de la cárcel, en el Indian, ¿sí? Veo que me sigue. Y me lo caché a ese cojudo. Me lo follé, como dicen ustedes. Sabe, es lindo el Negro. Ya sabes pues, a nosotras los blanquitos nos gustan. Después me caché a otros y también me caché a Fidel. Pero el negrito era muy muy celoso y andaba espantándome a los churros. Y para mí el Negro era un agarre no más. Lógico ¿sí? Usted sabe que yo ya tengo a mi Jon. Ahora, con Fidel, el Negro se encontró con la horma de su zapato, que dicen ustedes. Y la horma estuvo a punto de llevárselo al cementerio. Fidel se enteró de quién era el Negro y de cuáles eran sus pretensiones hacia mi persona, y una noche que estaba bebido lo persiguió para aniquilarlo. Pero le juro Padrecito que esto yo no lo sabía. El Negro es un poco pesado, pero un amor. Después yo me harté de Fidel, porque me

pegaba duro, ¿sabe? Y un poco gusta, pero ese cojudo era un mal nacido que me trataba mal. Entonces le pedí al Negrito y como es un caballero se prestó a quitárnoslo de en medio a ese hijo de puta; y me trajo esto de regalo –agitó el tarro–. ¿Qué lindo el Negro, verdad? El miembro viril tiene un gran poder mágico, ¿sabe? En fin, parece que luego en la cárcel mi churro se acojonó y me lo lanzó a usted... ya ve, ustedes no tienen valores. Y usted Padrecito se tragó toda la milonga.

Me quedé totalmente perplejo. Pensé que todo aquello tenía que ser una patraña, no podía ser cierto. Pero, ¿cómo podía Patricia conocer tantos detalles? Tal vez hubiera elaborado aquella historia con la información que me habían sonsacado estando bajo los efectos de la droga. Pero, ¿para qué? ¿Con qué fin, si en cualquier caso iban a asesinarnos? ¿Podía el Negro haberme engañado hasta tal punto? Ella me observaba con una mirada inteligente y divertida.

–Siga pensándolo, Padre –dijo–, pero apúrese, que ya no le va quedando demasiado tiempo. Ahora voy a hablar con mis *brothers*, y quizás quieran divertirse un poco antes de ir para el cementerio. –Se levantó del taburete–. ¿Sabe que es usted bastante churro? –añadió con un guiño antes de irse hacia la mesa.

Pasaron un rato bebiendo, fumando y charlando los cuatro mientras yo debatía conmigo mismo si la historia de aquella bruja podía ser verídica. Mi congoja había llegado en las últimas treinta horas a niveles que yo no consideraba superables; y sin embargo, la sospecha de que todo aquello ni siquiera hubiera sido por una buena causa me hacía conocer nuevos territorios de amargura. Tuve que aceptar que resultaba extraño que el Negro me hubiera dirigido con tal tino e insistencia hacia Patricia, tal que tuviera algún conocimiento de su involucración. Nuestras conversaciones –aquella intuición suya de que la peruana se había guardado el falo de Fidel– adquirieron en mi mente una nueva luz, que me desgarraba por dentro. Entonces Perro se acercó a Kundera y con un par de cachetes y un zarandeo lo despertó. Le dio de beber de una botella y mi amigo tosió y se incorporó un poco. Recordé por un instante la sed; cuando Perro se acercó hacia mí miré la botella. Él sonrió con una mueca mezquina. Tenía los ojos saltones, de besugo pero llenos de peligro; la nariz achatada y la barbilla prominente, con una larga cicatriz marcando la parte inferior de su mentón. Olía a licor, a mugre y a tabaco.

–A usted no le voy a dar –dijo señalando la botella–, con usted tengo otro negocio. Y no quería que su compadre se lo perdiera.

Se sentó en el taburete y sacó una navaja de un bolsillo trasero de su pantalón. Observó un instante el filo y tanteó la punta con el índice.

–Usted tiene dos problemas –dijo entonces–. El primero es que ha querido saber demasiado. Pero el más grave es que me ha llamado bestia.

Intenté mantener un resquicio de dignidad, pero noté que mi cuerpo temblaba sin control, y al sentir calor en los muslos supe también que me había orinado encima. En un acto reflejo busqué a Kundera, que me contemplaba abotargado, con la mirada turbia y apagada. Patricia se acercó entonces y se colocó detrás de Perro. Me di cuenta de que tenían un lejano parecido, a pesar del enorme contraste. Recordé las palabras de Chipatori sobre la familia de la Gata y pensé que aquel debía ser un hermano o un primo. Entonces Perro acercó la navaja a mi oreja izquierda y sentí cómo me la clavaba. Grité. Noté cómo el filo iba cortando el cartilago y un hilo de sangre me corría por el cuello. Antes de perder el sentido, Perro me sostuvo la cabeza y pude contemplar cómo tiraba al suelo una masa gelatinosa y sanguinolenta, y cómo la Gata la aplastaba con el tacón de su zapato.



Cuando desperté tenía apoyada mi cabeza sobre el hombro de Kundera. Intenté moverla pero la mano derecha de mi amigo me retuvo firme en el sitio. Me di cuenta de que presionaba un trapo sobre la cavidad donde anteriormente se alojaba mi oreja. Alcé la cabeza con cuidado y posé mi mano sobre la de Kundera; él retiró despacio la suya para que yo mantuviera el paño presionado. Nos encontrábamos dentro de un coche, en las mismas posiciones que en nuestro viaje de ida. Giré la cabeza para poder ver el rostro de mi amigo. Había recuperado el color y el brillo de la mirada. Me sonrió con cariño, y yo le devolví un gesto resignado pero bastante entero. Me giré hacia el otro lado para mirar por la ventanilla. Bajábamos un cerro reseco a la luz de la luna. El coche cogió entonces un bache profundo y el trapo cayó de mi mano.

—Tápenle ese agujero, que me da grima pues —ordenó la Gata girándose con una mueca de repugnancia. Locotín recogió el paño de mi regazo y me rodeó la cabeza con él. “Putá, así parece usted *Van Gogh* no más”, dijo. Tenía una cara y una forma de decir las cosas indudablemente graciosas. Parecía otro lúcido trastornado, a la manera de Kundera, pero en sanguinario. En todo caso, se le veía muy diferente de Perro y Patricia; más que maldad o ambición irreductibles se le atisbaba un simple dejarse llevar. Pensé un instante en lo mucho que dependía de dónde naciera uno.

Seguimos dando tumbos por collados y vaguadas de tierra arenosa hasta llegar al borde de la cañada. Allí giramos a la derecha y bordeamos una planicie sorprendentemente boscosa durante un par de kilómetros. Desembocamos en una carretera que no podía ser otra que la Panamericana y torcimos a la izquierda. Enseguida comenzaron a surgir casas destartadas y entendí que nos dirigíamos hacia el pueblo. La Gata se giró entonces hacia mí.

—Tenga, Padre —dijo—, esta nota es de usted. —Contemplé el papel que me

había dado Chipatori dos días atrás, con el número de un policía amigo. Patricia sonrió malévolamente—. No se preocupe, ya tendremos nosotros una buena *conversation* con el viejo Chipatori.

Avanzamos por la Panamericana desierta. Las edificaciones se fueron haciendo más numerosas y cuando teníamos ya a la vista la concentración de casas del pueblo la Gata volvió a girarse hacia atrás.

—Linda, Máncora, ¿verdad? —dijo—. Ya saben lo que se dice, “pueblo chico, infierno grande”.

Gorka lanzó entonces una ruidosa carcajada, gangosa, y los tres locales le miraron con condescendencia y cierto desprecio. No parecía ser un miembro de pleno derecho de aquella banda. Patricia se percató de mi mirada. Apoyó una mano sobre el hombro de la Comadreja.

—Gorkita nos echó una mano con Fidel —dijo—, es un buen pata nuestro, un poco calichín no más—. Él sonrió tímido y agradecido.

Sin llegar a entrar en el pueblo torcimos a la izquierda, saliendo de la Panamericana, y a cien metros de camino de tierra nos topamos con un recinto cercado por un muro de piedra. Lo rodeamos hasta llegar a la entrada; de las cruces que sobresalían comprendí que se trataba del cementerio de Máncora. La Comadreja paró el coche junto al muro.

—Ya ven que aquí no somos unos conchudos —dijo entonces Locotín—, todo ordenadito: los muertos los hacemos en el cementerio pues.

Los otros tres rieron. Nos sacaron del coche y nos dirigieron hacia la entrada. Al pasar por la puerta, sobre una plancha de madera, leí el comienzo de una inscripción admonitoria que yo conocía bien. La recité en mi cabeza según nos adentrábamos entre los nichos del cementerio.

*Hermanos;
lo que sois ahora vosotros,
antes lo éramos nosotros,
lo que somos ahora,
vosotros lo seréis pronto,
porque son cortos,
angustiosos y contados,
nuestros días en la tierra.*

En aquel momento final, aquellas palabras sobre la ineluctabilidad de nuestra muerte me otorgaron una extraña calma. Agarré entonces la mano de Kundera, que caminaba a mi lado. Este me la apretó con fuerza y luego se paró

y me abrazó.

–*Ess muss sein*, Azurmendi –me susurró al oído–. “*Ess muss sein*, Jaime”, le contesté, abrazándolo estrechamente, justo antes de que Perro nos propinara un fuerte empujón para que avanzáramos.

Llegamos hasta un corredor con nichos a ambos lados. Se pararon.

–Señores, aquí tienen el famoso corredor de la muerte –anunció Locotín, entre las risas apagadas de Perro y la Comadreja.

–Este es el nuestro –se avino a aclararnos la Gata–, los muertos que aparecen aquí, los que tienen que saber ya saben de quién son. –Hizo un gesto con la cabeza y entre Perro y Locotín nos colocaron frente a una de las paredes. Este último sacó un arma de la parte trasera del pantalón y se la entregó a Patricia.

–Adiós, Padre –dijo apuntándome, sin más prolegómenos–. Y sepa usted una cosa, cuando yo mato lo hago por gusto o por necesidad, no por vudú. Eso hay que respetarlo –volvió a repetir con su brazo izquierdo aquel símbolo que yo no entendía–. A Fidel lo mandé matar por gusto –añadió–, y en su caso, Padrecito, lo mato por necesidad.

Pensé en Ane y cerré los ojos. Intenté concentrarme únicamente en aquella imagen, a la espera de la muerte. Pero entonces se oyó una fuerte voz que retumbó entre los nichos. Extrañamente, se me hizo conocida. Seguidamente sonaron dos disparos, posiblemente disparados al aire, y la voz exigió que soltaran las armas si no querían ser acribillados. Abrí los ojos sorprendido; la Gata dio un paso atrás, indecisa, pero entonces volvió a apuntarme y disparó. Según volvía a cerrar los ojos percibí que algo se interponía delante de mí, y al abrirlos de nuevo vi que Kundera yacía a mis pies. Se oyeron entonces otros dos disparos seguidos y al levantar la mirada contemplé cómo Patricia soltaba su arma y caía hacia atrás. Sus tres compinches alzaron entonces las manos y pidieron que no les dispararan: la Comadreja balbuceó aterrada, mientras que Perro y Locotín se comportaban más gallardamente. La voz les ordenó con tono firme y autoritario que se tendieran sobre el suelo y ellos obedecieron.

Me agaché y tomé a Kundera entre mis brazos; estaba inconsciente y sangraba del pecho. Prorrumpí en amargos sollozos, llenos de angustia y ternura por mi amigo, sin comprender entonces por qué había querido salvar mi vida a cambio de la suya. Escuché que unos pasos se acercaban cautelosos desde un extremo del corredor. Entonces oí la voz de Patricia, que me llamaba débilmente “Padrecito”; dejando un momento a mi amigo sobre el suelo me acerqué hasta donde yacía ella. La Gata estaba en sus últimos estertores,

sangraba copiosamente a la altura de su estómago y balbuceaba con una palidez mortal. Entendí que me estaba pidiendo que la absolviera de sus pecados. Recité la fórmula, el rito en el que mi incoherencia y mi traición siempre me habían producido mayor dolor y desazón, pero que también era el que menos podía negar, a un moribundo. Los pasos llegaron hasta mí.

–¿Está bien, Azurmendi? –preguntó la voz. Asentí con la cabeza, para después levantar una mirada desconcertada hacia el subcomisario Barrutia, que apuntaba con su pistola a los tres hombres tendidos sobre el suelo del corredor.



Escribo estas líneas finales de mi relato en el mismo lugar donde lo comencé, hace ya cinco semanas, la Gran Biblioteca Pública de Lima, en la Avenida Abancay. En todo este tiempo que llevamos en la capital no he dejado de venir ni un solo día, a salvo de los domingos. Necesitaba ordenar los tormentosos sucesos que en estos últimos meses han dado un vuelco completo a mi vida. No sé si el ejercicio habrá servido como terapia, pero desde luego algunas cosas he clarificado, y diría que incluso he logrado comprender algo mejor determinados sentimientos –aunque tal vez haya sido a costa de entreverar el relato de reflexiones y memorias ajenas al mismo, de lo que quiero disculparme ante el lector que las haya encontrado innecesarias o incluso extemporáneas–. En cualquier caso, es hermoso caminar cada mañana muy temprano hasta aquí, tomar el Jirón Miró Quesada desde el de la Unión, y subirlo hasta Abancay; o a veces, cuando me levanto más soñador, acercarme primero hasta la Plaza de Armas, y ya coger el Jirón Huallaga. Y es hermoso pasar las horas recordando y meditando –a pesar de que a veces sea también doloroso–, a sabiendas de que Ane pasea por esta misma ciudad o lee un libro en nuestra habitación del Inka Path, y de que a la hora de comer nos encontraremos en alguna esquina del centro histórico o incluso nos aventuraremos en el tumultuoso Barrio Chino. Es hermoso, estar vivo no más.

Antes de venir para acá pasamos una semana muy dura en el hospital de Talara, debido a que no nos sentíamos a salvo tan cerca de Máncora, pero sobre todo porque Kundera se debatió aquellos días entre la vida y la muerte. Ahora está ingresado aquí cerca, en el Hospital Nacional Guillermo Almenara, y las cosas iban bien hasta que surgió una complicación y lo van a tener que operar de nuevo, una operación delicada. Según escribo esto la mano me tiembla y los ojos se me humedecen, pero mi amigo es un bravo percherón y confío plenamente en que saldrá adelante. Los médicos son

cautos, pero yo intuyo que ellos también confían. Lo visitamos todas las tardes y sigue tan cáustico como siempre. Se ríe hasta de su sombra y ahora me toma mucho el pelo con el “buen ojo” que tuve con mi protegido, pero lo hace por quitar hierro porque sabe que he sufrido mucho con esa decepción. Creo que quise ser para el Negro el padre que le faltó –que nos faltó a los dos–, y eso me ofuscó. Y aunque a veces me sigo preguntando qué argucia, natural o artificial, pudo utilizar la Gata para convencerle de cometer un asesinato tan atroz, he comenzado a aceptar que quizás no hubiera tal argucia y bastaran los celos, la rabia, el desespero, la ira de un temperamento maltratado y desquiciado. Barrutia me ha dicho que tendré que testificar en su juicio, y ese será un momento muy difícil.

El subcomisario ha tenido un montón de problemas por mi culpa, pero afortunadamente las cosas acabaron arreglándose con la Policía y el Ministerio del Interior del país. Lo arriesgó todo por nosotros; él dice que por “dignidad profesional”, y dice también que, a pesar de que soy bastante burro, me aprecia. Fue Ane la que le puso al corriente de nuestra “misión” apenas marchamos, al darse cuenta de que aquel viaje era una locura descabellada. Siguiendo sus indicaciones, Barrutia interrogó a Chechu y a Ibon, el único miembro de la banda que no había huido, y entendió que corríamos un grave peligro. Al no lograr contactar con nosotros cogió el primer vuelo a Perú que pudo, y llegó a Máncora justo a tiempo, la misma tarde del día que pasamos en la caseta esperando nuestro final. Logró dar con Chipatori, y fue este el que le alertó de la posibilidad del cementerio. También consiguió encontrar a Jon, pero el chico no sabía nada. Se ve que la Gata lo dejaba enteramente ajeno a sus actividades oscuras y criminales, tal vez porque necesitaba preservar en su vida algo puro entre tanta vileza. En estos días he pensado mucho en Patricia, en cómo un ser humano puede convertirse en una bestia indómita y despiadada. Tal vez ella se viera impelida a superar a todos en perfidia como única vía de descollar en el mundo en el que había nacido. Una mera cuestión de supervivencia. O tal vez naciera ya malvada. O las dos cosas, un carácter violento y unas circunstancias salvajes. ¿Dónde reside la culpa? Pero no quiero desviarme con divagaciones sobre el origen del mal. En cualquier caso y a pesar de todo, Jon lloró con amargura la muerte de su chica, a la que amaba incondicionalmente. Tampoco en su caso llego a comprender qué puede explicar tal ceguera ante las infidelidades y desmanes de la Gata, pero tiendo a pensar, como el Padre Mitxel, que el poder de la química del amor es capaz de llevarnos a territorios insospechados. Lo importante es que Jon está ya de

vuelta en Sopelana, y espero que pueda rehacer su vida, libre de la influencia de esa mujer inaudita.

Cuando partimos hacia Perú, Ane también comprendió, lo escribo lleno de júbilo y rubor, que me amaba. Disipó sus dudas existenciales, perdonó mi vanidad y mi amargura, y decidió que estaba dispuesta a soportar las cargas – el peso– de una vida junto a mí. Estoy infinitamente agradecido por ello. ¿A quién? Supongo que a la vida, a quién si no. No dudó en venirse para aquí, y estas semanas han sido, a pesar de la preocupación por Kundera, a pesar del Negro, a pesar de la oreja perdida, maravillosas. Lima es una ciudad llena de vida y magia que recomiendo pasear, en la tibieza de sus noches, a toda pareja enamorada.

En cuanto a los “patas” que tuvimos el gusto o el disgusto de conocer en Máncora, decir que Locotín y Perro –junto a la infeliz Comadreja– esperan su juicio en la cárcel. A Edi por ahora le han cerrado la cevichería, y tal vez ese acabe siendo el menor de sus problemas. La intervención del oficial Bermejo, a instancias de Barrutia, está siendo fundamental en la investigación, y parece que en Lima han decidido poner más atención a los desórdenes de la lejana Máncora. Espero que ello ayude a garantizar la seguridad de Chipatori, pero el temor a posibles represalias me aflige constantemente. He hablado con el viejo un par de veces y por el momento las cosas están tranquilas: él sigue con el hostel y Marnofler con el mototaxi. A ambos tenemos mucho que agradecerles. Tal vez volvamos a visitarles algún día, en ese singular enclave del *lejano oeste* peruano, y logremos disfrutar de sus encantos evitando sus pesadillas –pero ya se sabe: pueblo chico, infierno grande.

Hace unos días, Ane y yo respirábamos la noche sobre el “puente de los suspiros” cuando ella me hizo notar que en todo este tiempo no había mencionado el santoral. Ahora me ha vuelto a la cabeza, tal vez porque sea la señal que mejor simbolice que ya no soy el que era antes. Me he visto forzado, y doy gracias por ello, a desenmascarar las falsedades que manchaban mi existencia, y enumerar santos me produce ahora un rechazo instintivo. Creo que tal vez en ese ejercicio de memoria se escondiera mi anhelo por ser capaz de creer en Él tal como ellos –santos y beatos– lo hicieron, sin fisuras y hasta las últimas consecuencias. Y reflexiono que es hora ya de aceptar mi visión de este mundo, errónea o acertada, sin sentirme culpable; y también de comprender que mis verdaderos santos son de carne y hueso y están en la tierra: se llaman San Kundera, San Barrutia, Santa Ane... y Santa Josune, que al parecer en las últimas semanas ha logrado que su enfermedad se estabilice y

está muy esperanzada.

Cierro así este relato. Me pregunto ahora si me atreveré a compartirlo con Kundera, exponiéndome a su descarnada mordacidad, y me digo sin dudar que sí que lo haré. Lo cierto es que últimamente me tomo las cosas mucho más a la ligera, e incluso intento disfrutar de cada momento, en lugar de “inventarme” grandes misiones. Y por otro lado, aunque Kundera siga igual de ácido, yo sé de muy buena tinta que hay mucha más profundidad y compromiso en nuestra relación de la que él pretende aparentar. Y es que con todo lo ocurrido creo que mi amigo ha sentido el influjo del peso, a la par que yo me acercaba un poco hacia su ideal de levedad.